

Mi ruta sin ti



Yolanda Mariscal

Mi ruta sin ti

Yolanda Mariscal

Derechos de autor © 2024 Yolanda Mariscal

Copyright © 2024 Yolanda Mariscal
Todos los derechos reservados

Imagen de la cubierta: Vecteezy.com
Diseño cubierta: Yolanda Mariscal
Maquetación: Yolanda Mariscal
maquetacion@yolandamariscal.com
yolandamariscal.com

Los personajes y eventos que aquí se presentan son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

*A esos dos que me miran desde arriba:
papá y Justin*

La vida comienza al final de tu zona de confort

NEALE DONALD WALSCH

1

Keira

La rabia me consume. ¿Cómo ha podido? Ahí está, sin ningún atisbo de remordimiento en su rostro y besándose en la cafetería con otra chica. Mis ojos no dan crédito a lo que ven porque hoy he venido andando a casa desde la clase de yoga de casualidad, por ese angelito bueno de mi cabeza que, de repente, me dijo que caminara un poco y que no cogiera el autobús como de costumbre. Y ella va y se planta en la mesa del gran ventanal que tiene este local a tomarse un café con una rubia de pelo rizado y cara de boba. Se besan, se cogen de la mano y Carol, mi novia, actúa como si yo no existiera en su vida. Se me ha quitado de golpe toda la relajación que llevaba por el savasana, ahora lo que siento es una fuerte opresión en el pecho mientras estoy escondida detrás de un gran camión blanco que hay aparcado. Me siento un poco ridícula, pero de esta manera ellas no me ven y yo sí, vaya si las veo. Debería dejar de mirar y no seguir torturándome porque lo que menos me esperaba en este momento es que mi pareja me engañara. Justo ahora.

Nuestra relación no pasa por el mejor de los momentos últimamente, lo reconozco, sé que el hecho de que yo haya tenido tantos disgustos en mi vida seguidos le ha superado. ¿Pero para qué está una compañera de vida? ¿Solo para lo bueno? Parece que ella sí, aunque no pensé que pudiera ser tan mentirosa y tan... «Para, Keira, para» me digo a mí misma cuando me doy cuenta del bucle mental en el que estoy entrando en medio de esta calle.

Una paloma blanca se detiene delante de mí, me mira, picotea unas migas del suelo y levanta el vuelo. Es hora de volar yo también, eso debería de hacer, volar de este lugar, lejos de todo. Salgo de mi escondite, echo una última mirada, como si con todo el rato que llevo aquí no me hubiera bastado para romperme en dos, y continuo el camino hasta casa.

Ando deprisa, como si estuviera en un maratón de marcha. Noto correr el sudor en mi frente. Cuatro manzanas después, y sin aliento, subo por las escaleras tan rápido que parece que haya un incendio que apagar y lo primero que hago es quitarme la chaqueta vaquera que llevo, dejar las llaves en un pequeño cuenco de la entrada e ir corriendo a la habitación para encender el ordenador y rastrear sus redes sociales en busca de pistas.

Una, dos, tres, cuatro... y una infinidad de fotos en las que esa rubia, cuyo nombre veo que es Olivia, aparece junto a ella y sus amigas en cada salida nocturna a la que yo no podía ir porque los horarios de mi trabajo como diseñadora gráfica me lo impedían.

Me tumbo abrumada por la situación y con el estómago encogido por la cuchillada que acabo de sentir. Esto es como si me arrancaran una pierna, porque llevo doce años con ella y ya no sé cómo se camina sin tenerla al lado.

Me despierto con el sonido de la llave abriendo la puerta. Me he quedado dormida atravesada en la cama y con un cojín encima de la cara. Lo de dormirme de cualquier forma me pasa mucho y en este momento lo agradezco porque ha sido la única manera de que mi cabeza descanse. Un descanso que no dura demasiado porque la idea de que Carol haya llegado y tener que

enfrentarme a la situación me supera. Me levanto y cuando salgo de la habitación la encuentro colgando el bolso que le regalé hace una semana en el perchero de la entrada. Me encanta que se lleve mis regalos para sus citas con la amante.

—¿A qué viene esa cara? Parece que hubieras visto un fantasma —dice sonriendo.

—Algo parecido...

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunta mientras me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y se inclina para besarme.

—No pretendas besarme después de haber estado con otra —contesto mientras me retiro hacia atrás para evitar el beso de Judas.

—¿Cómo? —pregunta sorprendida—. ¿Tú no estabas en yoga?

—Carol, déjate de gilipolleces. Vine andando a casa y te vi con esa tía, con... Olivia. Por cierto, nunca te gustaron las rubias. ¿Cuánto tiempo llevas con ella? Porque he podido comprobar que mientras yo dormía para poder madrugar e ir a la oficina tú has disfrutado a lo grande.

—Escucha, yo... —titubea.

—¿Tenías que destrozarme ahora? ¿Precisamente ahora? No pensaba que tuvieras tan poco corazón —le grito con toda la ira que me guardaba.

—Lo siento, llevo un tiempo sintiéndome sola, me presentaron a Olivia y conectamos y luego...

—Cállate —la corto para que no siga haciéndome daño.

—Si quieres me voy, no quiero que lo pases mal, no era mi intención hacer esto así.

—No hace falta, esta casa está a tu nombre. La que se va soy yo.

Agarro una maleta grande y roja que guardo en uno de los armarios y la lleno de ropa que cojo de los cajones. Todo lo tiro arrugado y sin ningún cuidado, solo hago un ovillo desordenado de cosas que en algún momento intentaré ordenar. Como mi vida.

Camino por las calles de Gijón, mi ciudad, y llego hasta la playa de San Lorenzo. Estamos en septiembre y son los últimos coletazos del verano. Hace ese tiempo en el que no sabes si ponerte manga corta, larga, o un poco de todo, pero aún hay algún veraneante y continúan las casetas con rayas multicolores que siempre me han parecido preciosas. Me paro a contemplar el mar, un Cantábrico lleno de vida que me sirve de refugio en los malos momentos. Respiro, saco el teléfono móvil del bolsillo del pantalón, lo apago y sigo mi camino con la decepción en el cuerpo, pero la seguridad de lo que pienso hacer.

Llego a la casa de mis padres, saco las llaves del garaje y al abrirlo una nube de polvo mezclada entre la luz de los rayos del sol inunda la estancia. Cierro los ojos dejando que me llene el olor a mi hogar y la miro de frente. Es una furgoneta clásica preciosa. Toco su chapa y suspiro. Una paloma blanca, de nuevo, entra en la estancia, me mira, picotea y al asustarse sale volando. ¿Sería la misma de antes? Demasiada casualidad. Abro la puerta de la furgoneta y me siento. Toco el volante en círculos de forma suave y observo cada detalle del salpicadero. Una campanita colgada del espejo retrovisor tintinea cuando la golpeo con la mano sin querer y se me saltan las lágrimas que llevo conteniendo desde hace mucho rato.

—Pequeña, tú y yo vamos a darnos un gran viaje —le digo al vehículo dándole la vida que hace tiempo quería.

2

Diario de Keira I

Hay muchas cosas que no te he dicho porque preferí salir de aquella casa antes de que te atrevieras a darme mil excusas con la intención de que te perdonara. Cosas que ya no te diré a la cara porque no quiero verte, pero que me he decido a plasmar en este diario para sacar la rabia y que ese espacio lo ocupen solo las cosas positivas.

Te odio. Sí. Te odio. Y la culpable no soy yo ni las circunstancias que lamentablemente la vida tenía preparadas para mí, la culpable eres tú misma.

¿Por qué no me contaste lo que te pasaba?

¿Por qué no me dijiste que te estabas ilusionando con otra persona? Con... Olivia.

¿Cómo puedes tener tanta cara de decirme que te sentías sola? Eras tú la que salía cada noche y yo la que daba tumbos entre el trabajo y los cuidados a mi padre hasta caer rendida.

Nunca te pusiste en mi lugar.

Eres egoísta y mala persona.

En estos momentos solo siento asco y se me repite la imagen de esa chica contigo.

¿Te has acostado con Olivia en casa?

¿Nuestras amigas lo sabían? Claro que lo sabían, que estúpida pregunta. Tú has salido con ellas y todas eran tus cómplices. A mí no me decían nada. Tampoco me han llamado. Está claro que la casa es tuya y las amigas también. He bloqueado tu teléfono para que no te pongas en contacto conmigo. Ahora mismo no quiero saber nada de ti y espero acabar pronto este proyecto para recorrer en solitario muchas carreteras donde me hubiera gustado tenerte a ti en el asiento de al lado.

No, a ti no te iba «ese rollo de la furgoneta»

Te abro la puerta, así que ve saliendo de mí, Carolina.

3

Keira

Ya he limpiado la furgoneta por fuera con todo el mimo del mundo. Una esponja negra en el cubo lleno de agua turbia me recuerda que lo tendría que haber hecho hace tiempo, pero la impaciencia por tenerla lista cuanto antes me hizo empezar por el interior, lo más importante.

Miro ilusionada lo que he conseguido yo sola, con ayuda de tutoriales y vídeos sacados de Internet. La disposición me encanta y tengo justo lo necesario: una cama fija, dos asientos con una mesa extraíble, fregadero, una nevera pequeña, cocina portátil, una ducha, agua caliente y calefacción. Las paredes están totalmente aisladas con buenos materiales para mantener la temperatura y, además, han quedado preciosas con el recubrimiento de friso blanco que contrasta con la madera de los muebles dando la sensación de un espacio muy acogedor, como si estuviera en una casa. En un lado he colgado mi guitarra con unas cintas, mi fiel compañera de momentos solitarios, y, en el otro, he pegado varias láminas que yo misma pinté con acuarelas hace tiempo. Un atardecer, una chica de espaldas con su tabla de surf en la mano y otro dibujo en el que simplemente mezclé colores según me pedía el cuerpo. Un poco oscuro, no estaba bien, pero me sirve para recordar que a partir de ahora todo irá a mejor.

Compruebo una vez más los cajones para estar segura de que está todo. Vajilla de bambú y utensilios para cocinar en el primer estante; latas de conserva, leche de avena y zumo en el segundo; jabón ecológico y demás productos de aseo en el siguiente. Tendré que ir ordenando de nuevo las cosas sobre la marcha, según vea cómo me resulta más cómodo, pero lo importante lo tengo. Abro la puerta del maletero y me cercioro de haber metido en un lado mis láminas de dibujo, acuarelas, pinceles de varios tamaños y un pequeño caballete que me regalaron mis padres cuando era pequeña y que aún utilizo.

«Tú puedes, Keira», me repito a mí misma ante los miedos que de forma breve se amontonan en mi cabeza. El miedo lógico de quien se decide a dejar todo atrás. Me miro en un espejo que hay en el garaje y sonrío por el bonito desastre que veo. Tengo el pelo alborotado por haber estado todo el día trabajando en este proyecto y las arrugas de los ojos marcadas por el cansancio. La camiseta sucia, los vaqueros rotos, las manos frías, pero las ilusiones empezando a florecer porque donde antes solo veía dolor ahora tengo oportunidades y un mundo a descubrir.

Quiero vivir emociones de las buenas, pero para ello tengo que salir yo a buscarlas y es lo que voy a hacer.

Tras la pérdida de mis padres, que me despidieran del trabajo y la ruptura con mi novia hace cinco meses, llega la hora de pensar en mí. Esta vieja Mercedes Benz T1 210D de 1990, que he desempolvado y preparado yo misma, va a ser mi compañera.

4

Keira

Me siento en un viejo taburete a observar la furgoneta. Es de un tono rojo tirando a naranja. Mi padre, un buen hombre asturiano de raíces irlandesas, la pintó de ese color al jubilarse para quitarle los logotipos de su negocio, una pequeña empresa de venta de productos de jardinería. Poco después, ocurrió el fatídico accidente donde mi madre perdió la vida mientras viajaba en un taxi de camino a casa. Un hombre que triplicaba la tasa de alcohol permitida se saltó un *stop* y el conductor del taxi dio un volantazo chocando contra otro coche que venía por el carril contrario. El taxista y mi madre murieron en el acto y, con ello, murieron las ganas de vivir de mi padre, que cayó en una depresión profunda.

Papá dejó esta furgoneta llenándose de polvo en el garaje porque no tenía ganas de nada. Fueron dos años de lucha constante contra su tristeza donde yo era la única que seguía a su lado e, incluso, aunque vivía con Carol me pasaba aquí casi todas las noches para hacerle compañía. Estaba muy solo y desgraciadamente nadie entendió que una persona tan alegre y vigorosa no pudiera recobrar su luz y, poco a poco, los allegados se fueron alejando de él y de mí. Mi novia no lo llevaba bien y yo intentaba hacer lo posible para compaginarlo todo, fue difícil.

Recuerdo cuando papá y yo paseábamos por el campo. Él iba a regañadientes y yo bromeando a cada paso para sacarle como fuera su preciosa sonrisa de buen hombre. Mi padre me quería mucho. Con él sí sé que lo hice bien.

Mi mayor alegría fue que, cuando nadie lo esperaba, empezó a mejorar. Cada día que yo dormía aquí se levantaba conmigo para hacer yoga y, aunque me esforzaba por enseñarle ejercicios nuevos, nos reíamos mucho cuando perdía su concentración, el equilibrio, o las dos cosas. No se le daba bien, pero me encantaba volver a verlo sonreír.

Un 23 de julio me dijo: «Hija, quiero volver a coger la furgo. He visto en la tele que hay gente que se construye una cama, mesa y cocina y parece una casita. Como una autocaravana, pero con más posibilidades para meterte por muchos caminos. ¿Te imaginas?». Me pareció una idea estupenda. Lo que él no sabía es que la vida le jugaría otra mala pasada y se lo llevaría cuando mejor estaba. Jodida vida.

Tras una semana enseñándome fotos, planos y vídeos de lo que él decía que sería su gran proyecto, yo empecé a tomarme más en serio lo de que mi padre se había vuelto un viejo *hippie* viajero dispuesto a pegar unas pegatinas de flores en la furgoneta y a pasar cada noche en un sitio distinto. Me daba igual, él estaba ilusionado con algo y yo con él. Sin embargo, al final no tuvo la oportunidad porque, justo cuando me dijo que al siguiente día iba por fin a abrir el garaje y a ponerse a ello, le sorprendió un infarto mientras dormía.

Él no sufrió, yo sí.

Cuando estaba con el inevitable y horrible trámite que conlleva el tener que incinerar a un ser querido, vi su cartera encima de la mesilla y la abrí. Entre tarjetas, fotos mías, servilletas con números de teléfono medio borrados y billetes de autobús encontré un papelito donde distinguí

mi propia letra en una anotación que decía: «Lunes 23, 8:30h». A día de hoy aún no recuerdo a qué me refería, quizá era una cita médica que él me hizo apuntar o incluso algo de mi propio trabajo. Lo importante de ese papel es que papá lo había usado para anotar una frase debajo: «No es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita». ¿Por qué escribió eso y cuándo lo hizo? Siempre me quedará con esa duda, pero entre las hipótesis que barajé contemplé la posibilidad de que, cuando regresó de su tristeza profunda y empezó a ver la luz, quiso de verdad dejarlo todo y vivir una vida mucho más minimalista. Él vio en la televisión a alguien que recorría el mundo en su furgoneta y se propuso hacer lo mismo. Era simple. Chocante, pero simple.

Mi padre tenía todas las comodidades posibles en esta casa, demasiado grande para él solo, y no le faltaba el dinero que se había ganado durante años de trabajo, pero se planteó que la felicidad estaba en tener menos y empezar a disfrutar más.

Fue todo muy duro, pero a los diez días tuve la fuerza de abrir la puerta de este garaje y pensé en acabar con la mala racha intentando perseguir sus sueños, que ahora también son los míos. Su idea, en realidad, siempre me pareció fabulosa porque yo soy una chica aventurera, de alma libre y a la que la monotonía de la vida que todos consideran «lo normal» le ahoga. Por entonces, yo estaba con Carol y ella no compartía la idea. Alejarse de sus amigos, de su familia, dejar su trabajo y olvidarse de la rutina de la ciudad lo veía como algo de gente que no está bien de la cabeza, de vagabundos o de consumidores de cannabis que no tienen otra cosa que hacer en la vida. Nunca me apoyó y yo la quería demasiado. Demasiado como para no perseguir mis propios sueños y dejarla, así que dejé de soñar.

Vuelvo de mis pensamientos, sacudo mi cabeza y miro el reloj: las doce de la noche. Se me ha hecho tarde y mañana es lunes, aunque a mí me es indiferente. Doy un suspiro de alivio.

¿Casa, trabajo y ver a la familia los domingos? Sinceramente, la vida tiene otros planes para mí.

5

Keira

Me despierta el sonido del ruidoso camión de la basura. Abro los ojos y la fuerte luz artificial del techo me provoca que me lleve las manos a la cara. ¿Me he quedado dormida en el suelo? Sí, Keira, te has dormido en un trozo de plástico en el húmedo y sucio suelo de este sitio en vez de haberte ido a la cama, o a la furgoneta. Tengo frío. Demonios.

Me estiro y escucho crujidos en cada uno de mis huesos de treinta y tres años. Cojo una esterilla que guardo en el maletero del vehículo y me voy a la parte de atrás de la casa, donde hay un pequeño jardín, para empezar mi rutina de ejercicios. Despierto los sentidos, saludo al sol y me conecto conmigo misma. Después, desayuno y me caliento con mi café americano con dos tostadas de pan integral y mermelada casera de fresa, mi favorita, hecha por mí misma con el dulzor justo.

Mientras planeo mentalmente lo que tengo que hacer me doy cuenta de que en realidad hace seis meses que «lo que tengo que hacer» es prácticamente lo que quiera. No tengo trabajo.

Después de estar un rato sentada en el porche pensando en mis cosas, me pongo un viejo pantalón de chándal, una camiseta sucia y medio rota que uso para limpiar y voy al garaje. Ayer estuve pensando que debería de comprobar de nuevo que las dos claraboyas que instalé en el techo no tengan ningún tipo de filtración de agua, así que cojo la manguera y abro el grifo con la esperanza de que todo vaya bien. Fue una buena idea, ya que me dan luz y crean una ventilación suficiente para que circule el aire y no pase demasiado calor en verano; además, desde la cama puedo ver las estrellas. Respiro aliviada: están perfectamente selladas. Hago lo mismo con las ventanas correderas que puse a cada lado de la furgoneta. Esto, junto con el montaje de la placa solar y la instalación eléctrica, es lo que más miedo me daba cuando empecé toda esta locura, pero una vez más me doy cuenta de que si me propongo algo lo consigo.

Arranco el vehículo y lo saco al jardín para poder ver a la luz unos arañazos de la chapa que quiero tapar con una masilla: en la tienda me han dicho que es milagrosa. Es increíble que yo sola haya podido hacer todo esto. Solo necesité la ayuda de mi vecino, Leo, para poder colgar unos armarios altos que yo misma construí con maderas recicladas de viejos palés.

A mi novia, mejor dicho, a mi ex novia, siempre le parecía que no iba a poder con mis ambiciosos proyectos o que tenía demasiada fantasía en la cabeza. «No se puede» me decía a menudo, pero yo, cabezona, siempre acababa haciéndolo ante su mirada de «que sí, lo que tú digas». En fin, se ve que era una relación abocada al fracaso, aunque yo siempre luché por nosotras porque estaba muy enamorada y ella... ella estaba claro que no, pero no lo vi.

Después de frotar con la pasta «milagrosa» me siento en el húmedo césped y pienso en lo mal que lo pasé cuando después de la muerte de mi padre me echaron del trabajo, pero de todo hay que sacar el lado bueno y esta situación me ayudó a tener más tiempo para dedicarme a la construcción de mi propia casita rodante. Tenía un buen puesto en una importante empresa de diseño gráfico, aunque cada vez me daban más trabajo y me llegué a sentir agobiada, sobre todo

cuando mi padre enfermó y yo empecé a no cumplir mis tiempos de entrega con los clientes. En la oficina tenía la cabeza puesta en qué podía hacer para que mi padre mejorara y no me apetecía dibujar. Era como si mi cerebro saliera de mi cuerpo para darse un paseo entre miles de pensamientos. Es así como los dibujos de logotipos de marcas, portadas de libros de grandes editoriales o libretos de discos de importantes artistas nacionales e internacionales se me fueron acumulando hasta el punto de traerme el trabajo a casa. Cuando cada vez pasaba más tiempo con papá, y menos en mi propio apartamento con Carol, fui incapaz de sacar todo ese trabajo y los clientes a los que fallé dejaron de confiar en nosotros. Mi jefa, Tania, una joven chica emprendedora, me llamó a las dos semanas de fallecer mi padre y me dijo que mi rendimiento había bajado tanto que le había perjudicado mucho en su negocio y no podía seguir contando conmigo. Mis ánimos, que ya estaban por los suelos, bajaron un poco más. Un mes después, cuando Carol me engañó, toqué fondo del todo y, lejos de querer acabar en una depresión como la que había visto, me refugié en la idea que tuvo mi padre y me creé una nueva ilusión.

Su ilusión.

Mi ilusión.

Ya han pasado quince minutos. Retiro la pasta con un trapo mojado y compruebo que los arañazos se han disimulado mucho, incluso algunos ni se ven. Ya podría haber una crema así para las personas, que tapase las heridas que la vida nos va haciendo cada vez que nos tropezamos. De repente, se me viene una idea a la cabeza. Entro en la casa y me dirijo a la habitación, donde aún descansa su cartera dentro del cajón de la mesilla de noche, y cojo la nota que escribió: «No es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita». Descuelgo un bonito marco de la pared que tiene uno de mis dibujos y lo dejo vacío para enmarcar la nota de mi padre. Voy a ponerlo en la furgoneta, justo al lado de la guitarra. Quedará genial, es el último detalle que me falta. Al colgarlo, se me ocurre que tengo que bautizar a este vehículo. Es tan bonito que se merece un buen nombre. ¿Cari? ¿Baby? ¿Pequeña? ¿Sol? ¿Sunset? Sí, sí. Me gusta ese: Sunset

Mi pequeña casita.

6

Keira

El salón de esta casa es grande, los muebles son de estilo moderno contrastando tonos blancos con marrones, seguro que por eso he decorado inconscientemente la furgoneta con las mismas tonalidades. Es un chalet en el que cualquiera querría vivir: con su porche, su jardín bien cuidado y su gran garaje con espacio suficiente para varios coches. Me va a costar desprenderme de ella, pero así lo he decidido. No tendría sentido irme a descubrir el mundo y tener que seguir pagando todos los gastos que conlleva. Al principio me planteé alquilarla, pero vivir aquí sola durante un tiempo me ha llevado a darme cuenta de que estas paredes me crean nostalgia, pena y un cierto grado de miedo al verla tan vacía. Lo mejor es ponerla a la venta.

La semana pasada hablé con una inmobiliaria y tras pactar una suculenta comisión contraté sus servicios para que me gestionen absolutamente todo de la venta. La única condición que les puse es que no me llamen para nada, solo cuando esté vendida. Necesito descansar de todo. No pusieron pegas porque se llevarán una buena cantidad de dinero al finalizar la transacción.

Hoy es mi último día aquí y estoy terminando de meter en cajas las pertenencias que no quiero, que prácticamente es todo ya que en la furgoneta me llevo lo justo y necesario para vivir haciendo un ejercicio de minimalismo como nunca antes pensé que podría hacer. Lo que se puede aprovechar lo he apilado en una pared del garaje y lo que no vale para nada va directamente al contenedor. El desapego no es fácil en principio, pero me he concienciado de que los objetos, la ropa e incluso las cosas que me recuerdan a épocas pasadas ya han cumplido su función para mí. Puedo vivir sin muchas cosas y otras quedarán en mi memoria, no necesito llevarlas encima siempre, como las mil fotografías, las cartas o los recuerdos de mis comienzos con Carol. Quiero conectar con la vida y para eso no se necesita tanto; así que, haciendo un ejercicio de orden a lo Marie Kondo, he colocado toda mi ropa y las cosas más importantes para el día a día aprovechando al máximo cada hueco de los casi seis metros de furgoneta. En un par de horas se lo llevará todo una organización que se dedica a hacer mercadillos para conseguir dinero y ayudar a la gente sin hogar. Los conocí a través de un cartel donde pedían donaciones. Ese día yo estaba corriendo y, al pararme en un semáforo, por alguna razón mi vista se fue a ese papel pegado en la farola donde resumían brevemente su labor. Al llegar a casa busqué más información sobre ellos y encontré que hacen un trabajo social muy importante en el plano psicológico para las personas que más lo necesitan, así que decidí que ellos le darían el mejor de los usos a lo que a mí ya no me hace falta.

Son las siete de la tarde. Ya no tengo nada y me siento como si lo tuviera todo. Esto empieza bien.

7

Keira

Estoy muy emocionada por salir por fin con la furgoneta de esta casa, sin rumbo fijo. Al tocar la carretera con las ruedas echo un último vistazo por el retrovisor al que ha sido el hogar de mi familia y que dentro de poco pertenecerá a otra persona deseosa de perseguir sus propios sueños. Es curioso como el deshacerte de algo permite crear nuevas ilusiones en otros.

Digo adiós con la mano a mi vecino, Leo, al que veo asomado en la ventana, y pongo la radio. Esta furgoneta es demasiado antigua como para escuchar un CD o conectar un móvil, así que sintonizo una emisora donde suenan canciones de los ochenta. Me apetece salir de España, tengo en mente ir a Baja California, en México, pero antes de hacer un viaje tan largo quiero que Sunset y yo nos acostumbremos la una a la otra viajando despacio por la península, sin prisas. Su volante es grande, su motor es menos potente de lo que estoy acostumbrada al conducir y su palanca de cambios es enorme. Antes, cuando lo necesitaba, usaba el coche de Carol: un deportivo descapotable. Yo no tengo coche propio porque siempre he preferido el transporte público: sí, soy un poco rara. Esta furgoneta es totalmente distinta a cualquier vehículo que haya usado antes, suena como un tractor y, además, noto en la parte de atrás el tintineo de los platos y los cubiertos al moverse. Los debería de haber sujetado mejor, pero Sunset es adorable hasta en sus pequeños ruiditos por todos los lados.

Llego a la gasolinera más cercana para llenar el depósito hasta arriba y antes de apagar el motor escucho a una pareja a mi lado hablando de lo que les falta para llegar a Oviedo. Eso me da una idea. ¿Por qué no? Podría ir a Oviedo y pasar allí la noche; total, yo elijo mi propia ruta.

8

Diario de Keira II

Hola, Carol, esta noche he llorado cuando tu recuerdo me venía con fuerza, como una tormenta descontrolada en la que no sirven ni los paraguas. Te echaba de menos tanto que abracé a uno de los cojines para sentir algo de calor.

¿Estarás ahora con Olivia en esa casa donde aún hoy seguirán muchas de mis pertenencias? ¿O las habrás tirado? ¿Pasaste las navidades con ella junto a nuestro árbol artificial y nuestras figuritas absurdas y bolas de colores imposibles?

De todas formas, cuando empiezo el lagrimeo acordándome de nuestras cosas bonitas, mi subconsciente se crea una barrera donde el único recuerdo que deja pasar es el malo, el feo. Es entonces cuando resurge mi rabia, mi odio y mi peor parte. Y ahí sigo. A ratos bien, a ratos mal.

Tú me sacas todo esto.

Sigo en el proceso.

Tienes que dejar mi cabeza.

9

Keira

No quiero conducir demasiado el primer día, tan solo unos pocos kilómetros para comprobar que todo va bien y acostumbrarme a las dimensiones del vehículo. Es cómoda de llevar, pero a la hora de los giros y de aparcar tengo que tener cuidado.

Esta noche no voy a quedarme en ningún sitio demasiado solitario para no tener miedo. Lo máximo que he hecho parecido a esto en mi vida ha sido acampar cuando tenía dieciséis años con una chica que por entonces me gustaba. Me acuerdo de estar contando historias de terror entre las dos, aunque creo que todo aquello fue para acabar abrazadas entre las mantas con la excusa de inventarnos mil y un ruidos en el exterior de la tienda. De todas formas, espero que mi facilidad de coger el sueño en cualquier sitio no me falle hoy.

Llego a Oviedo y, tras varias vueltas, paro en un área de autocaravanas muy cercano al centro de la ciudad. Es gratuito y en este momento hay cinco vehículos más aparcados. Me da seguridad. Al parar el motor me fijo en que el sitio es bastante poco pintoresco, más bien feo. Bienvenida a la *van life*. Supongo que la primera noche no podía ser tan idílica como muestran las fotos de gente viajando en furgoneta que se publican en Internet. Tengo edificios delante y detrás y justo a mi lado hay una pareja bajándose de su autocaravana y sacando varias sillas. Como no hagan una fogata van a pasar frío. Mis tripas rugen, abro un armario y saco una lata de atún que vuelco en un plato y acompaño con un tomate troceado. Aceite, vinagre y sal y ya tengo mi primera cena en la furgoneta. Enciendo la calefacción, todo un lujo ya que funciona con la misma gasolina del vehículo, y me acomodo.

Entra la luz por la claraboya. Mierda, anoche no puse el oscurecedor porque me dormí mirando las estrellas. La desagradable voz de pito de una mujer me despierta. ¿Qué pasa?

—Sí, sí. Ahora mismo voy al despacho del hotel y nos reunimos para tratar el asunto —oigo decir a la mujer que debe de estar pegada en mi puerta—. ¿Cómo? De verdad, solo me dais problemas. O sea, Arturo, no me jodas, ¿no puedes ocuparte tú? Estupendo. Adiós. ¡Maldita sea! El muy gilipollas se va a enterar —continúa diciendo. Esta chica tiene carácter.

Me pongo una sudadera gris, un pantalón ancho y negro y me miro al espejo antes de salir a la calle dispuesta a dar una lección de educación a esa persona. ¿No se da cuenta de que esto es una furgoneta camper y está en un área de autocaravanas? Bueno, eso y que son las siete y media de la mañana. Demonios.

—Disculpa —digo con los ojos pegados.

—¿Es a mí?

Parpadeo un par de veces y logro enfocar a una mujer morena, delgada, con el pelo recogido en un moño, gafas de pasta negra y traje de chaqueta en color *beige*. Usa guantes y en la mano luce un gran bolso donde tira el móvil de forma brusca. Tiene cara de pocos amigos y rezuma vaho por la boca.

—Sí. Es que me has despertado. Estás en un área de autocaravanas, aquí duerme gente.

Puedes, por favor, hablar en otro sitio o...

—¿O qué? —me interrumpe borde—. Esto es la calle, ¿por qué demonios no vais a un hotel? O sea, ¿de verdad os gusta dormir así?

Uf qué genio. Resoplo en su cara y cojo mi esterilla del maletero. La estiro cuidadosamente en el suelo, ante la atenta mirada de esta mujer que no se va, hago un par de respiraciones profundas y empiezo mis ejercicios de yoga mañaneros.

—Deberías probar. Tus nervios te lo agradecerán —le digo cuando me doy cuenta de que sigue sin marcharse.

—Estupendo. ¿Qué haces? ¿En serio esto te relaja?

—Saludo al sol y ahora seguiré con el resto de mis ejercicios de yoga, si no te parece mal, claro —digo y continúo con la postura de la vela.

—Malditos perroflautas —le oigo decir.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada. Se da la vuelta y sus tacones resuenan hasta que sale del aparcamiento.

Ya por la tarde, paseo un rato por el casco antiguo y contemplo con cierta nostalgia las calles, monumentos y sidrerías que tiempo antes habría recorrido con Carol. Me voy hasta el Campo de San Francisco, un parque urbano precioso que no conocía. En uno de los bancos veo una estatua de Mafalda, sentada como si contemplara las palomas que picotean migas delante de ella. Me siento a su lado y le toco los lazos de la cabeza.

—Bueno, Mafalda. Se puede decir que ya soy toda una aventurera en furgoneta. He superado mi primera noche. El recuerdo de mi padre sigue presente, pero ese... ese recuerdo es bonito ¿sabes? Ya no me duele. Sé que con él lo hice bien. El de Carol a veces me viene en forma de rabia, pero al final se irá.

Lógicamente la muñeca no me responde, pero me resulta muy tierna. Saco mi teléfono móvil, lo enciendo después de mucho tiempo apagado y me hago un *selfie* con Mafalda para el recuerdo.

Cuando el teléfono coge cobertura empiezan a sonar sin cesar pitidos de mensajes y llamadas perdidas de gente que ni conozco, seguramente vendedores. El móvil es una esclavitud, qué descanso cuando lo apago. Es increíble todo el tiempo que me ahorro en tener que prestar atención a cosas que no me importan o en responder a gente cuando no me apetece. Entre todo lo que aparece en la pantalla veo un correo electrónico de ella. Se me olvidó bloquear también su *email*.

De: Carolina Moreno.

Para: Keira.

A estas alturas seguramente hayas salido ya en tu furgoneta como querías.

Ha pasado el tiempo, pero aún hoy siento el daño que te hice, o que nos hicimos.

Cuídate mucho.

Un abrazo.

Apago el móvil.

10

Diario de Keira III

¿El daño que nos hicimos? ¿Perdona? Yo no te hice ningún daño. Al menos ninguno que fuera a propósito, como tú.

Sí, tú me clavaste un puñal por la espalda y de los que más duelen: afilado, sin darme cuenta hasta que estaba tan profundo que me lo encontré de golpe.

¿Te has olvidado de que me llevabas engañando un tiempo y de que yo, mientras, estaba pasando la peor de mis épocas?

¿Te has olvidado de cuando llegabas a casa después de besarte con esa tía, o a saber qué más, y luego te metías conmigo en la cama?

Yo aún no lo he podido sacar de mi cabeza. A día de hoy sigo caminando un poco coja, porque todo lo hacía contigo y ahora estoy acostumbrándome a seguir sin ti; pero, tranquila, que puedo.

Por cierto, me encanta la furgoneta. Y levantarme descalza y salir así a la calle a practicar yoga. Y tener solo dos sudaderas para elegir. Y tirar mi propia mierda en una bolsa con arena y llevarla al contenedor. Y no generar más residuos de los necesarios.

Me encanta la vida nómada.

O la vida de «tirada piojosa», como dirías tú.

Ya sé que esto no lo vas a leer nunca, solo es un diario que hago para intentar curarme, pero jódete y no me escribas más.

11

Keira

Mi segunda noche la he pasado bien, por suerte nadie ha hecho ruidos en la calle. Después de desayunar, lleno el tanque de aguas limpias de la furgoneta y vacío el de las aguas sucias por primera vez. Pensé que sería más complicado, pero no he tenido ningún problema. Cada vez me siento más segura en esto de la *van life*.

Decido seguir un poco más la Ruta 66 española, es decir la autovía de la Ruta de la Plata, y me dirijo hacia León. Pongo la radio y canto a todo trapo cada canción que me sé, desde Bon Jovi hasta los Hombres G o Queen. Al llegar al destino no le hago caso al GPS y continúo una media hora más hasta acabar en un pueblo de las afueras. Aparco al final de un camino, enfrente de un molino abandonado. No se oye nada, solo el crujir de las ramas de los árboles con el viento y los pájaros cruzando el despejado cielo. Es la hora del atardecer. Me siento en la cama, abro las puertas traseras de la furgoneta y agarro la guitarra. Me invento un ritmo con varios acordes y tarareo sin letra mientras observo cómo el sol se va escondiendo. Los colores del cielo me enseñan la magia que hay dentro de la vida y mis manos acarician las cuerdas a su antojo. Tengo que ponerle letra a esta melodía antes de que se me olvide. Estoy relajada y consigo por un momento conectar conmigo misma. De repente, oigo un gemido y paro de tocar. Me incorporo y salgo fuera. No veo nada, pero sigo escuchando un ruido junto con ligeras pisadas que no sé de dónde proceden. Me acerco un poco al molino y veo a un animal escondido detrás de un matorral. Es pequeño y parece asustadizo.

—Hola chiquitín, no te asustes —digo mientras me acerco despacio.

Me cruzo con sus ojos pequeños y de color miel. Es un cachorrito de perro con pelaje negro, aunque muy sucio. Está bastante delgado y tiembla de frío. Me parte el alma.

—¿Quién ha podido dejarte aquí? —pregunto como si me fuera a responder.

Es indignante que cosas así puedan pasar. El perro tendrá apenas dos meses y es la cosa más adorable que he visto nunca. Tiene una manchita blanca en el morro y otra en una oreja. Consigo cogerlo en brazos y lo llevo a la furgoneta. Le ofrezco un plato con agua que devora en pocos segundos y luego le mezclo migas de pan con leche de avena caliente. No duda en comérselo mientras me mira con miedo y esconde el rabo. Tiene unas patas bastante grandes para lo pequeño que es, así que deduzco que de mayor va a ser de tamaño similar a un mastín. Camina con la torpeza de los cachorros y cada vez que acerco mi mano a su morro me da un zarpazo perdiendo el equilibrio.

—Vaya, amigo, has tenido suerte cruzándote conmigo porque vas a ser mi compañero de aventuras. ¿Te apetece?

El animal me mira, parece más confiado. Lo cojo en brazos y con el grifo extensible de la cocina le doy un baño de agua calentita que parece que no le gusta mucho.

—Vale, sé que esto no te gusta, pero tengo que lavarte y comprobar que estás bien. Eres muy bonito, ¿lo sabías? —le digo mientras lo seco con una toalla y, cuando acerco mi mano a su

cara, vuelve a darme un pequeño manotazo—. Te voy a llamar Zarpas, ¿vale? Es un nombre muy simpático, como tú.

Zarpas me mira. Noto su respiración. No puedo evitarlo y lo llevo a mi cama para que descanse a gusto. Es una estampa tan bonita que cojo una de mis láminas, las acuarelas y lo pinto mientras duerme.

—Zoe, ven, es aquí en este terreno. La zona tiene muchas posibilidades para el turismo rural —oigo decir a un hombre después de apagar el motor de un coche y dar un portazo.

Es un poco raro que alguien haya llegado hasta aquí porque es una zona aislada. Maldita sea, van a despertar a Zarpas. Salgo de la furgoneta y veo a dos hombres y a una mujer. Ella me suena. ¿Será posible? Otra vez me la encuentro.

12

Zoe

Dios, que estrés de trabajo. Lo de ser la dueña de una cadena hotelera a mí me va a matar.

—O sea, Mario, ¿me estás diciendo que este es el terreno que habías pensado para la ubicación del nuevo hotel rural que te dije?

—Sí, señora. Me pareció una buena oportunidad porque no hay nada parecido por aquí y...

—¿Estás *crazy*? No hay nada porque esto es horroroso. Da miedo —contesto a Mario, el encargado de buscar nuevas zonas para ampliar mi oferta hotelera.

Me toco el puente de la nariz para aliviar el dolor de cabeza que tengo y vuelvo al coche para no perder más el tiempo. Veo que hay una furgoneta aparcada, me suena de haberla visto antes en algún sitio. Cuando sale la chica de dentro me fijo mejor en ella. Increíble, es «la posturitas» del yoga que el otro día estaba en el aparcamiento de autocaravanas en Oviedo. Está pintando, tiene una guitarra al lado y varias láminas por el suelo que me llaman la atención. En realidad, hay algo que me llama la atención de esta vagabunda desde que la vi.

—¡Hola! —me grita desde lejos alzando la voz cuando mi mirada se cruza con la suya.

Voy a acercarme y así veo mejor sus dibujos. Son fenomenales.

—Hola, veo que te acuerdas de mí. O sea, yo de ti también. ¿Necesitas algo? —contesto

—¿Lo dices porque vivo en una furgoneta y según tú soy una perroflauta que necesita limosna?

—Sí. ¡No! Lo siento, es que no entiendo este modo de vida, pero supongo que no estás así porque quieras, bonita. Solo pretendía ser amable. —Parece que estoy siendo de todo menos amable.

—Pues sí, vivo aquí porque quiero, no me falta de nada. En realidad, creo que a ti te faltan más cosas que a mí —me dice la superyogui.

—¿Que a mí me faltan cosas? ¿Qué cosas me faltan, guapa?

—Te falta paz.

Un pinchazo me recorre el pecho porque ante eso no puedo rebatirla. Sí, me falta demasiada paz. No sé cómo a estas alturas no me ha dado un superinfarto todavía.

—Me gusta lo que dibujas —le digo para cambiar de tema—. ¿Los vendes?

Hace un par de meses decoré las *suites* de uno de mis hoteles con dibujos que se parecen mucho a los de ella. Con líneas suaves y colores pastel. Una monada. En una de las láminas hay un perro acostado entre sábanas y los trazos son maravillosos. Parece que la perroflauta tiene talento.

—No los vendo, solo lo hago porque me relaja.

—Pues deberías. Te doy veinte euros por ese de ahí —le digo señalando a la pintura del perro durmiendo.

—Bueno... no sé. Supongo que sí te la podría vender. Trato hecho.

Le entrego el dinero y me da la pintura. Miro los trazos de cerca y me parece aún más bonita.

—Gracias. Bueno, guapa, me voy ya que me están esperando en el coche.

—Me llamo Keira —me dice dándome la mano.

—Encantada, yo soy Zoe —le rozo la mano por cortesía, pero me retiro rápidamente y me limpio con un pañuelo.

—No te preocupes, que yo me lavo y esas cosas. No sé ya cómo hacer que entiendas que vivo aquí porque quiero, no porque esté en la ruina —contesta molesta.

—Lo siento. O sea, no es que me limpie por ti es que soy un poco maniática y...

—Déjalo. No importa —me interrumpe.

—Me sigue pareciendo curiosa tu forma de vida, aunque tu furgoneta tiene un aire *vintage* muy *top*. —Keira, Kiara o como se llame me mira como si estuviera viendo a un extraterrestre —. Hasta luego —sentencio y me doy la vuelta para terminar con este incómodo momento.

Saco mis gafas de sol de Chanel y me voy con la rara sensación de querer volver a encontrarme pronto con esta chica.

Mi dolor de cabeza vuelve.

13

Keira

Menuda pija. Me recuerda un poco a Carol, aunque a lo bestia. Mi ex no es tan señorita, aunque sí que tiene en común con ella ciertos pensamientos sobre este tipo de vida. Me compadezco de ella porque su nivel de nerviosismo no es bueno para nadie.

—¿Tú qué opinas, Zarpas? —le digo al cachorro despertándolo de su siesta—. ¿Te gusta Zoe? Es demasiado fina para nosotros, pero no parece mala chica.

Zarpas me mira y se levanta queriéndose bajar de la cama, pero al estar demasiado alta lo bajo yo y nos vamos a la calle para intentar que haga sus necesidades fuera de la furgoneta. Sus ojos color miel me tienen hipnotizada. No me extraña que esa mujer haya querido comprarme su dibujo nada más acabarlo porque es un perro precioso. Quizá podría ganarme un dinero extra con eso durante el camino. Podría vender mis pinturas y sacarles partido porque, de todas formas, en la furgoneta no puedo ir almacenando todo lo que dibujo.

Mientras juego fuera con el cachorro veo algo brillante en el suelo. Vaya, es un pendiente con una piedrecita que parece cara. Quizá sea de Zoe, se tocaba mucho el pelo por pura ansiedad y seguro que se le ha caído.

Ojalá me la encuentre de nuevo para dárselo y, ya de paso, convencerla de practicar un poco de meditación conmigo y que salga por un momento de ese bucle de nervios que lleva. Soy un poco masoquista de querer volver a ver a esta persona que me llama de todo por vivir como quiero, pero hay algo en ella que quiero descubrir. Además, es muy atractiva y yo... bueno, hace mucho que no estoy con nadie.

Diario de Keira IV

Hola, Carol, quería contarte que hoy he pensado en otra chica. Es una mujer en la que de primeras no me fijaría por el aura que desprende y por lo clasista que parece. Odia las furgonetas, como tú. También es muy sexi, como tú.

Puede que esté empezando a sacar tu aroma de mi cuerpo y haya un huequito por donde otra persona se pueda acercar a mí. No sé, hace mucho que no tengo sexo con nadie, seguro que tú sigues con Olivia y folláis en los baños de todas las cafeterías que visitáis. Tú ya no me querías, jugabas con ventaja. Yo sí te quería y me está costando quitarme esta rabia de dentro, como quien se quiere quitar despacito una tirita muy pegada al vello de la piel. Duele, cada día duele. Ojalá lo hiciera de un tirón. Como los valientes.

Poco a poco, Carol, poco a poco.

Te sigo odiando.

15

Keira

Me despierta lo que parece ser un pastor llamando a su rebaño. Zarpas se revuelve nervioso en la cama y comienza a llorar. Lo cojo en brazos y me da con la pata en la nariz haciéndome un pequeño arañazo. No tiene remedio, voy a acabar poniéndole unos guantes para que no me haga daño. Abro las puertas traseras y me encuentro con un montón de ovejas pasando por el camino donde justo he aparcado. Respiro el aire puro y me estiro. Cada vez me siento más cómoda.

Me preparo un café y unas tostadas. La cocina portátil que me compré es muy cómoda porque, si quiero, puedo sacarla a la calle para hacerme la comida en el exterior. En días tan bonitos como hoy se agradece. Aunque el frío de febrero siga presente, es un lujo calentarse con el sol del mediodía.

Medito durante media hora y después hago unos estiramientos de espalda para despertar el cuerpo. En la encimera de la furgoneta destaca el brillo del pendiente que ayer encontré y que puede que sea de Zoe, esa mujer a la que vi por primera vez en Oviedo. Quizá sea una locura, pero estoy pensando en volver allí para ver si la encuentro y así poder dárselo. Seguro que está buscándolo como una loca, con esos nervios desquiciados que tiene todo el día. Compruebo en el GPS que si cojo la autopista de peaje llego en hora y media.

—Zarpas, ¿nos vamos a verla? Ella no te conoce todavía, solo tiene un dibujo tuyo.

No contesta, pero en su mirada intuyo un «sí».

16

Keira

Llego al mismo aparcamiento donde vi por primera vez a Zoe. No puede ser casualidad que ella estuviera aquí ese día, quizá su trabajo esté cerca. Me quedo durante una hora y, mientras, limpio la furgoneta por dentro. Es un espacio tan pequeño que me he dado cuenta de que tengo que ser mucho más escrupulosa con el orden, sino acaba siendo una auténtica locura, un dormitorio de monos.

Zarpas juega fuera con una botella de plástico vacía. Ya confiamos más el uno en el otro y tengo la seguridad de que no va a irse lejos de mí, conmigo no le volverá a faltar nunca cariño, comida y cobijo. Cuando estoy haciendo la cama oigo su ladrido y me sorprende, tiene un vozarrón fuerte para lo pequeño que es. Me asomo y un coche aparca al lado nuestro. Dentro hay un hombre al que creo reconocer. Entorno los ojos para enfocar más e intentar recordar de qué me suena su cara. ¡Ya caigo! Es la persona que iba con Zoe ayer.

—¡Perdone! —le grito más alto de lo que esperaba para llamar su atención.

—¿Puedo ayudarla? —me dice con gesto de sorpresa.

—Ayer lo vi. Iba con la chica que habló conmigo. Con Zoe. Necesito verla. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Ahora está reunida en el Hotel ZH Plata. El que hay detrás de aquella calle —contesta señalando la dirección—. Aunque no sé si ella podrá recibirla.

—Gracias —le contesto mientras cojo a Zarpas y lo meto en la furgoneta.

Paso toda la mañana pensativa. Dudo si es oportuno acercarme o no. Lo asumo, esto va más allá de devolverle un pendiente con una piedra preciosa. No me hubiera vuelto atrás en el camino solo por eso. Venga, Keira, si no lo haces te arrepentirás.

Conduzco hasta el hotel, son solo unos pocos metros, y estaciono en el aparcamiento que hay en la misma puerta. Prefiero esperar a que salga antes de abordarla dentro con una joya en la mano que me encontré en el suelo. Qué estúpida soy, ¿y si no es de ella? Como no sé si la espera va a ser larga, saco mis utensilios de pintura y me entretengo pintando unas láminas.

—¿Las vendes? Me interesaría esa que tienes ahí del atardecer. Es para tener un recuerdo de mis vacaciones.

—¿Cómo? —respondo levantando la cabeza.

Estoy tan metida en mis cosas que no me he dado cuenta de que un grupo de turistas me han rodeado mirando los dibujos. Los he ido poniendo para que se secan alrededor de la furgoneta y la verdad que esto parece un rastrillo. En un par de horas he conseguido terminar cuatro pinturas y no me han quedado mal. La señora que me habla se interesa por una lámina en la que he dibujado el sol escondiéndose tras un viejo molino, el mismo en el que encontré a Zarpas, el mismo en el que vi a Zoe la última vez.

—Sí, claro. Son veinte euros —le respondo dándole el mismo precio que la pija refinada

me ofreció por el dibujo que se llevó.

Y así, sin buscarlo, voy vendiendo lámina tras lámina todas las que tengo expuestas. La puerta del hotel se convierte en un corrillo de gente que se acerca constantemente para curiosar cuál es el motivo de que otras personas estén mirando. Si esto fuera así siempre podría ganar el dinero suficiente como para vivir día a día sin tener que tirar de ahorros. Entre toda la gente se acerca una mujer de pelo recogido en un moño, gafas de pasta negra y traje de persona con cargo importante.

Imposible no reconocerla.

17

Zoe

Por Dios, ¿qué pasa ahí que hay tanto revuelo? Llevo tanto tiempo en la sala de reuniones del hotel que ya no sé ni qué hora es. Fenomenal... creo que es una vendedora ambulante en mi aparcamiento. Saco mi *smartphone* del bolsillo para llamar a la policía cuando me doy cuenta de que es la chica de la furgoneta, la de las pinturas bonitas. Sus ojos se cruzan con los míos y un escalofrío recorre mi cuerpo. Recuerdo que esta noche soñé con ella: estábamos en la habitación más lujosa del Hotel ZH Plata de Sevilla. Suspiro y me tapo con las enormes gafas de sol para que no note el rubor de mis mejillas. Me desabrocho un botón de la blusa de seda. Siento calor. Aborto la idea de llamar a la autoridad.

—Namasté. ¿Qué tal, Zoe? —me dice la *yogui*. Su voz suena más dulce que nunca.

—Hola. Esto...

—Keira. Supongo que no te acordarás, es un nombre raro —contesta riendo—. Se usa mucho en Irlanda y significa «persona de ojos y pelo oscuro».

—Estupendo. ¿Irlandesa?

—No, española, pero de raíces irlandesas. —Agacha la cabeza y cambia el tono—. Intuyo que vienes a echarme de aquí. Lo siento, yo estaba pintando tranquilamente y toda esta gente vino sin pretenderlo.

—No, no. O sea, sí, pero he visto que eras tú y he dado un suspiro de alivio porque lo que menos me apetece ahora mismo es tener más problemas en el día de hoy. Estoy *out*.

Me aprieto el puente de la nariz mientras noto como Keira sonrío. Ella y yo no tenemos nada que ver, pero últimamente no paramos de encontrarnos.

—Bueno, la verdad es que vine aposta para darte algo. Creo que es tuyo porque lo encontré donde nos vimos la última vez y por allí no he visto pasar a otra persona con tanta clase —me dice mientras saca algo del bolsillo.

Tiende su mano y en ella me muestra un pendiente que, efectivamente, estaba buscando.

—¡Oh *my God*, pensé que lo había perdido! Mil gracias. Te lo juro, me haces muy feliz ahora mismo. ¿Cómo puedo agradecértelo? Te invito a una noche de hotel, o puedes pasar a ducharte o a estar un rato en una de las *suites*, hay un *jacuzzi* maravilloso en el que caben cuatro personas.

Keira me mira como si fuera un bicho raro, aunque sonrío. No me responde y se pone a recoger sus láminas. Unas pinturas en acuarela dignas de cualquier galería de arte. Esta chica tiene un talento maravilloso.

—No necesito nada de eso —contesta al fin con la mirada perdida entre sus pinceles.

Me fijo en lo maravilloso que tiene el cutis, incluso viviendo en semejantes condiciones. Para mí esto roza la indignancia, pero ella hace tanto hincapié en que vive así porque le gusta que ya no le insisto más. Su *outfit* es... pues eso, de perroflauta, pero reconozco que ese peto vaquero con la camiseta blanca le queda bien. Es un rollo *casual* que últimamente está de moda, aunque

dudo que ella siga modas.

Dios, ¿qué me pasa con esta chica?

18

Keira

—¿Te vienes en mi furgo? —le digo sin pensar en nada. Su alterada aura comienza a contagiarme y quiero estar con Zoe en algún sitio tranquilo.

Se quita las gafas de sol, las limpia con un paño que saca de su enorme bolso y me doy cuenta de que sus ojeras, aunque tapadas por maquillaje, son bastante prominentes, como de alguien que necesita parar en su vida. Se las coloca de nuevo y se aprieta el puente de la nariz en un gesto de dolor. La miro esperando una respuesta.

—Uf, es que sabes que yo no soy de... ¿De verdad que no quieres entrar? Hay calefacción en el hotel y puedo pedir que nos sirvan un aperitivo —me dice sofocada.

—En la furgoneta se está calentito. Tengo café, té y cosas para picar. Te vendría bien despejarte un poco. ¿Siempre estás en hoteles?

—Soy la dueña de ZH Hoteles. Así que sí, siempre estoy en ellos. Tengo unos cuantos por la Vía de la Plata y estoy en la búsqueda de terrenos para construir más. No es fácil, ¿sabes? O sea, tiene su recompensa porque no me falta de nada, pero a veces es estresante —me dice gesticulando mucho con las manos.

Zarpas sale de la furgoneta. Estaba durmiendo en la cama y como le llevo enseñando desde hace días a que tiene que hacer sus necesidades fuera parece que, por fin, me ha hecho caso.

—¡Cachorrito! —le digo con cariño mientras va a un árbol cercano e intenta levantar la pata torpemente.

—¿Tienes un perro? No lo había visto —dice Zoe. Y su gesto delata que no es muy amante de los animales—. Es igual que el que dibujaste. El que ahora tengo en mi despacho.

—Sí, es él. Lo encontré abandonado y ahora somos compañeros de viaje. Se llama Zarpas. Saluda, amigo —digo cogiéndolo para que lo vea mejor. Él levanta la pata e intenta darle un manotazo a Zoe en la cara.

—Sí, sí. Ya veo. Estupendo —contesta echándose hacia atrás—. Qué pena, pero él no puede entrar al hotel.

—No importa, no vamos a ir, Zoe. Ya te he dicho que te conviene distraerte. Hoy es viernes y seguro que ya no trabajas hasta el lunes, o eso espero. ¿Te vienes con nosotros? —le pregunto moviendo las patitas de Zarpas como si él mismo se lo estuviera pidiendo.

19

Zoe

Quiero contestar que sí, que me apetece ir con ella y olvidarme de todo hasta el lunes. Total, voy a estar completamente sola, pero es que no soporto esa furgoneta, y eso que solo la he visto por fuera. Ojalá me hiciera caso y se viniera conmigo a un lugar más cómodo. Para colmo tiene un chucho, es bastante cuqui, pero los perros huelen mal y sueltan pelos. ¿Pretende ensuciar mi falda de Dior con babas del animal? Ay, por Dios, si no fuera por lo atractiva que es y la tranquilidad que me da hablar con ella no la saludaría más.

—No. Déjalo. Tengo que arreglar unas cosas de última hora y después me voy a mi chalet de Santander para pasar el fin de semana —digo sabiendo que, en realidad, no tengo ganas de estar sola porque la ansiedad me está consumiendo y, al final, lo único que hago el fin de semana es seguir trabajando ante la falta de planes y hacer compras por Internet hasta fundirme la Visa—. Toma, esta es mi tarjeta por si quieres llamarme.

—Eres muy tozuda. Una pija tozuda —me dice con el perro en los brazos. Coge la tarjeta y se mete dentro de la dichosa furgoneta.

Oh *my God*, ¿me acaba de llamar pija? Fenomenal.

Será posible...

20

Keira

Acabo de aparcar. Quizá soy una pirada, una acosadora que va detrás de una mujer de negocios con mucho poder y dinero, pero algo me dice que, en realidad, no va a molestarle si nos encontramos de nuevo de forma «fortuita». Además, esto de llevar la casa a cuestas tiene todas las ventajas. No sabía dónde ir, pero me apetecía playa. ¿Qué mejor lugar que Santander? Una tierra muy bonita.

El sitio donde voy a quedarme hoy es impresionante. Estoy en el Faro de Cabo Mayor y a mi alrededor todo es verde e imponente, con acantilados que terminan en un mar que hoy está embravecido. Me preparo un café bajo la atenta mirada de mi fiel Zarpas y abro las puertas traseras. Me tumbo con la taza en una mano, el número de teléfono de Zoe en la otra y la vista fija en el paisaje. «Qué razón tenías, papá, no es más rico el que más tiene», pienso mientras disfruto el momento y escucho el murmullo de las olas chocando contra las piedras.

A las dos de la tarde ya he pintado tres láminas y he vendido dos a varios turistas ingleses. Nunca imaginé que podía ganar dinero de esta manera y, además, disfrutarlo tanto. Sin embargo, hay algo que sigue rondándome la cabeza: la llamo o no la llamo.

¿A qué espero? Vine para eso. Es la segunda vez que voy en la búsqueda de esta mujer.

Cojo aire lentamente por la nariz, lo mantengo unos segundos en el pecho mientras cierro los ojos y lo expulso por la boca en varias veces.

Abro el diario que reposa sobre la estantería.

Diario de Keira V

Carol, quiero que sepas que cada vez estás más lejos de mí. Que te estoy sudando y estás saliendo de mis poros a la fuerza.

He venido a ver a una mujer que no eres tú y me siento de alguna manera interesada en ella. A lo mejor solo son las ganas de que otra persona me haga sentir algo, aunque sea curiosidad.

Te noto más lejos que nunca y quiero que siga así, hasta que solo seas un ligero punto en el horizonte que acaba desapareciendo. O como esas estrellas que me señalabas en las noches que salíamos al balcón, esas que de repente parecía que iban a dejar de brillar en cualquier momento. Así te veo, difuminada en mi mente.

A veces, me cuesta recordar tu cara. Otras, recuerdo el calor de tus manos, esas que acariciaban a otra.

22

Zoe

Cuando llega el fin de semana intento desconectar, pero es difícil. Ojalá pudiera apagar el móvil y no tener que estar pendiente, pero cuando no pasa una cosa pasa otra. Hace un rato me llamaron del hotel de León porque se estaba inundando una de las plantas por una tubería rota. Dios mío, son tan torpes que no pueden arreglarlo sin que todo tenga que pasar por mí. Así pasa, que tengo unos nervios que me consumen; o sea, no puedo más con la vida. Cuando heredé la cadena hotelera me veía en un mundo de lujos en el que los demás trabajasen para mí. Lo del dinero es fabuloso, tengo el tren de vida que siempre soñé, pero en lo de no mover un dedo estaba equivocada. Hasta las uñas se me saltan de llevar tanto papeleo diario.

Abro una botella de vino tinto de trescientos euros y me siento en el sofá para intentar relajarme. Hay momentos en que me arrepiento de no haber aceptado la invitación de la chica de ropa sucia, pero cara bonita, de la furgoneta. Me siento sola, muy sola. Busco el número para mis emergencias: Gabriela, la mejor *escort* de lujo del mundo. Tras una conversación acalorada de tan solo tres minutos quedo con ella en que vendrá a casa en un par de horas. Nunca me dice que no y siempre hace lo que yo le pido, aunque sea a golpe de talonario. Es lo más parecido al cariño de alguien que puedo tener.

Suena mi móvil. Fenomenal, ahora Gabriela me dirá que no puede venir y me dejará con los tres kilos de *gloss* que me he puesto para recibirla y una bata de cachemir que compré la semana pasada.

—Gabriela, si no puedes venir que sepas que no volveré a contratar tus servicios.

—Espero que lo que hayas pedido sean unas pizzas y Gabriela sea la repartidora —me dice una voz que reconozco al instante. Por Dios, por nada del mundo pensé que Keira podría llamarme.

—Ah, perdona. No quería decir... O sea, hola. Eres tú. Estupendo. Qué sorpresa. Sí, me refería a una repartidora de comida rápida. Es que...

—Vale, déjalo. Está claro que no me esperabas —dice poniendo una voz muy divertida. Divertida para ella, yo estoy más roja que mi pintalabios.

—¿Estás bien? Dicen que esta noche va a llover. ¿Necesitas una habitación?

—Eres increíble, Zoe —ríe con descaro—. La mendiga de la furgoneta está perfectamente. En realidad, te llamaba porque estoy en Santander. No me preguntes cómo he acabado aquí. Quiero darte otra oportunidad para responder correctamente a mi proposición. ¿Te apetece pasar lo que queda de fin de semana conmigo?

—No te rindes —respondo para hacer tiempo y que mi cabeza piense.

—Me he propuesto que tu vida sea un poco más zen. Tómatelo como una ayuda. No te pienses que soy una acosadora, solo soy un poco cabezota y me gustan los retos. —Su voz suena alegre y a la vez sensual.

—La verdad es que necesito un *break*, pero no me veo en tu furgoneta. O sea, no sé, es

que no hay por dónde cogerla.

—¿Cómo? —pregunta soltando una carcajada.

Parece que no me cree, pero es que ella es casi una sin techo y yo... yo... tengo una piscina climatizada en el jardín y chófer privado cada vez que lo necesito.

—Me refiero a que ese vehículo es pequeño. Y luego está el chucho, que yo no sé si tendrá sus vacunas y esas cosas. Y, bueno, tendría que hacer la maleta ahora y no sé si tengo *outfit* adecuado. —Me quedo callada de repente porque me doy cuenta de que estoy hablando demasiado, quizá sin sentido. Dios, estoy nerviosa.

—Mira, este es mi número. Tienes quince minutos para llamarme y darme una respuesta. El resto del fin de semana. Tú y yo en mi furgo, piénsalo. —Le escucho un suspiro y cuelga.

Miro mi *Apple watch*: son las tres y cuarenta y cinco de la tarde. Estoy en *shock*.

23

Keira

Qué mujer más complicada.

—Zarpas, te ha llamado chucho, pero no se lo tengas en cuenta. Te acabará queriendo, como yo. Solo tienes que guardar un poco esas manazas que tienes porque no se puede ir saludando a la gente a base de ostias —le digo ante su atenta mirada mientras ladea la cabeza según escucha cada palabra.

Debería de pasar de ella con todo esto, pero tiene un punto, un ligero punto en su interior, que grita «sácame de aquí». Además, su forma de hablar me hace gracia y sus titubeos la delatan: es un «quiero y no puedo». Siempre me gustaron los retos, y si son tan atractivos mucho mejor.

Le he dado un ultimátum porque, aunque tengo paciencia, tampoco voy a estar haciendo el gilipollas constantemente. Así que, o me llama antes de las cuatro o se acabó, seguiré mi rumbo a otro lado.

Echo un vistazo a la furgoneta, recojo varios platos y estiro la colcha de la cama. Si dice que sí arrancaré el motor e iré directa a donde me diga para buscarla y quiero que, al menos, vea todo colocado, como si fuera su casa. Me la imagino poniendo el grito en el cielo cuando vea que tiene que hacer pis en un váter seco donde hay que echar serrín o que el agua en la furgoneta es un bien escaso y no puede tener el grifo abierto a su antojo en duchas de una hora. O cuando descubra que, al dormir, como no aparque en un sitio totalmente plano, podemos ir rodando como una croqueta en la cama hacia un lado, o que la sangre se nos vaya a la cabeza o a los pies. Pensándolo bien, creo que me lo pasaría en grande.

Tengo la ropa manchada de pintura, solo me falta que me viera así, aunque quizá las gotas de acuarelas salpicadas sean tendencia en las tiendas y yo no lo sepa, con esta mujer nunca se sabe. Cojo un suéter limpio verde de corte ancho y me pongo un pantalón cómodo de yoga.

Miro el reloj: las tres y cincuenta y cinco.

24

Zoe

Me quedan cinco minutos. Si no la llamo se cansará de tanta tontería y seguramente coja el cuatro latas con ruedas y se vaya. ¿Cómo es posible que esté en Santander? Ha venido por mí, está claro, y lo más fuerte de todo es que no parece querer mi dinero. Cojo el móvil y acaricio la pantalla con el pulgar. Necesito un baño de burbujas, eso es lo que necesito. No, no, necesito estar con alguien, una buena conversación, un poco de vino y olvidarme de todo lo demás. Keira, la chica de nombre raro y vida más rara aún.

Me suena el teléfono y su vibración en la mano me asusta.

—¿Quién es? —contesto con voz firme.

—Zoe, soy Gabriela, perdona que te haya llamado desde otro móvil, me quedé sin batería en el que uso para el trabajo. Se me olvidó preguntarte si hoy también quieres que evite llevar ropa interior, como las últimas veces que me lo pediste expresamente.

Oh my God, se me había olvidado que la llamé hace un momento. Puedo decirle que no venga. O puedo dejar que me ofrezca una sesión de buen sexo pagado y sin ninguna otra preocupación.

—Ven sin ropa interior y, por favor, lo más rápido que puedas.

Cuelgo sin dar opción a respuesta, como hago con mis empleados cuando no paran de pedirme cosas. A veces, hay que saber ser tajante porque solo así consigues que pare el terremoto que tienes delante.

Veinte minutos después tengo a Gabriela en la puerta de mi casa. Luce un vestido largo de color blanco y puedo adivinar que no lleva ropa interior. Sus pezones podrían traspasar la tela y, al darse una vuelta para que la vea desde todos los ángulos, fijo la mirada en sus redondas nalgas tapadas con la casi transparente tela de su indumentaria.

—¿He llegado pronto? —me dice mordiéndose la punta de su índice izquierdo y dejando ver su perfecta manicura francesa, como a mí me gusta.

—Has llegado en el momento perfecto.

Hace un rato que se ha acabado el tiempo que Keira me dio para contestar a su propuesta y estoy con una extraña sensación de decepción conmigo misma y a la vez de liberación. Ya no tengo que pensar más.

Gabriela me lleva de la mano hasta la habitación, una estancia que conoce a la perfección por la cantidad de veces que ha venido a esta casa. Se tumba en la cama y le hago un gesto con el dedo mientras me muerdo el labio. Tiene claro lo que significa: quitarse la ropa. Mi *escort*, muy obediente, se despoja de su única prenda y me deja su sexo a la vista. Esto es lo que necesitaba, o sea, quizá no sea lo más maravilloso para mi estabilidad mental a largo plazo, pero sí lo que me quite la ansiedad ahora mismo. Gabriela me hace tumbarme a su lado para después ponerse encima y me deleita con uno de los mejores polvos pagados y desinteresados que he tenido nunca.

Me despierto con el brazo de Gabriela por encima. Empujo su cuerpo sin demasiado cuidado y me doy cuenta de que han transcurrido dos horas desde que apareció en esta casa. La boca me sabe a vino y al perfume del cuello de la señorita que tengo al lado. Fenomenal, solo valgo para acostarme con prostitutas de lujo. Esto me ha costado mil doscientos euros. La chica es buena, pero cobra sus servicios a precio de oro y yo me sigo sintiendo vacía. Miro mi teléfono y vuelvo a la realidad. Tengo cinco *emails* y tres llamadas perdidas.

—¿Pasa algo, cariño? —me pregunta Gabriela desde la cama sin ninguna intención de irse.

—Nada, bonita. Parece que si me despego un rato de este cacharro se cae el mundo. Te lo juro, ser una ejecutiva millonaria puede ser agotador. —Ella me mira como si no le importará lo más mínimo lo que le digo, mientras más tiempo corra más cobra—. Por cierto, tienes que irte ya porque si no voy a tener que ir al cajero para pagarte, no tengo aquí la chequera.

—No te preocupes, bombón, podemos quedar mañana y ya me lo das todo —me dice mientras se quita la sábana blanca de seda que cubre su cuerpo intentando convencerme de que alargue los servicios.

—No, vete. Puedes vestirme ya. Tengo trabajo.

Ante la tajante contestación, Gabriela se levanta y recoge su ropa mientras yo sigo mirando el móvil. En dos de los correos, mi secretaria me avisa de reuniones que tengo ya planificadas para el lunes con inversores japoneses que están en España interesados en visitar las instalaciones del ZH de Sevilla, uno de los hoteles más lujosos que tengo. Estupendo, o sea, por Dios, estamos a sábado. Esto es un despropósito. Esta mujer es tan aplicada que trabaja hasta los fines de semana. Tengo que recordar el no decirle tantas veces que me mantenga enterada de absolutamente todo a cada momento porque se lo toma al pie de la letra. Los otros tres correos son sobre problemas en el hotel de León y las llamadas son del encargado de buscar nuevos terrenos para construir, que seguro que ha encontrado otro pedazo de tierra horroroso y que a él le parece la oportunidad del año. Parece que no soy la única que tiene una vida aburrida y solitaria los fines de semana. Debería de subirles el sueldo a todos para que se entretengan más en ir de compras y menos en tocarme las narices cuando descanso.

Gabriela se despide de mí con un beso en el cuello y yo le señalo la mesa donde le he dejado sus honorarios de este par de horas. Me recuesto en el sofá y suspiro llevándome las manos a la cara. Siento la cabeza pesada. Debería ir al médico. Me oprime el pecho. ¿Y si me pasara algo? Sería estupendo porque a las únicas personas que podría llamar son a mi hermana Aurora, con la que hace años que no hablo porque no está de acuerdo en que yo sea la heredera de toda la cadena hotelera; a mi secretaria, Carla, que me da más trabajo que yo a ella y a varios empleados con los que no me apetece hablar de cosas más allá de los hoteles. Conozco a mucha gente de la alta sociedad, empresarios de éxito del mundo del turismo, pero me da vergüenza contarles mis debilidades. O sea, soy un desastre socialmente.

Mi cabeza no para de pensar y los *emails* no cesan. Con cada sonido de notificación me falta un poco más el aire. Enciendo el televisor y de lo único que hablan es de un virus o algo así que hay en china. ¿Qué nos importa a nosotros? Esto me recuerda a mi reunión con los japoneses. Me falta el aire. ¿Seguro que estamos en febrero? Qué calor. Tengo solo treinta y ocho años, sino diría que estoy con la menopausia. Toco mi frente en busca de arrugas nuevas y sitios donde infiltrarme bótox en un par de semanas. Me abanico con una revista donde aparece la nieta de Rocío Jurado en la portada. Soy patética, o sea, estoy sudando.

Podría llamar a Keira. Se me fue la olla cuando decidí no marcar su número después de que se tomará la molestia de venir a Santander solo para... ¿para qué? ¿Salvarme de morir

aplastada por el dinero y las responsabilidades? Oh, Dios, pero es una sin techo; o sea, vive en un coche, o en una furgoneta o como se llame ese cacharro viejo que lleva. Eso tiene que explotar en cuanto acelere. Debería de salvarla yo de esas condiciones infrahumanas en las que vive. Intento recordar su rostro, las bonitas facciones de su cara. Es guapa, bueno, es muy guapa. Busco su llamada en el móvil y registro el número en la agenda. Podría llamar. Quizá siga por aquí. Quizá no me odie. Bueno, piensa que soy una pija.

¿Pija yo? Por Dios.

Me arde la cara. Hiperventilo. Tiro la revista de cotilleos absurdos al suelo.

Acaricio mi *smartphone*. Respiro hondo.

Doy al botón de llamada.

25

Keira

Después de estar mirando durante un buen rato noticias bastante alarmantes sobre una pandemia que empezó en china, apago el teléfono móvil. Con dos intentos fallidos de que Zoe se venga un par de días conmigo me es suficiente. Bastante tengo yo como para preocuparme tanto por ella. Algún día echará de menos pasar un rato de tranquilidad y buenas vibraciones con alguien que no sea una... ¿Gabriela sería una prostituta? Me dio esa sensación, aunque no quiero sacar conclusiones precipitadas. Si fuera así me sorprendería porque ella es una chica que resulta atractiva para cualquiera. Luego tiene ese carácter tan de señorita millonaria, tan de mirar a los demás como si fuéramos escoria, que no mucha gente podría soportar si no rasca más en su interior. Sigo pensando que esconde algo especial.

A las cinco de la tarde arranco el motor y voy directa hacia San Sebastián. Me apetece pasar la noche en alguna playa de Donostia, un lugar que visité con Carol hace cuatro años, donde los surfistas se cuentan por miles y el sonido de las olas fuertes es la banda sonora perfecta para calmar el alma. El trayecto dura menos de dos horas y media; pero, como en esta época del año atardece pronto, cuando llego el sol ya se ha ido dejando a su paso un lienzo de horizonte anaranjado y nubes rosáceas. Impresionante. Un sinfín de gaviotas sobrevuelan el cielo graznando al unísono, como si pidieran que el ocaso durara un poquito más. La marea está alta y tras aparcar cerca del Paseo Nuevo me dirijo hacia este para ver cómo las olas enormes chocan en la esquina de entrada a la Plaza Zuloaga. Un espectáculo que con esta luz me parece digno de pintar en alguna de mis láminas. Zarpas se asusta ante el tremendo estruendo que provoca la espuma del mar y lo cojo en brazos para que se tranquilice. Damos un paseo hasta el balcón, un mirador impresionante donde terminamos por saborear las últimas gotas de luz que nos da este día. De camino a la furgoneta, compro un bocadillo de tortilla de patatas y dejo que Zarpas juegue con varios perros que nos encontramos en el paseo. Él da manotazos a todo lo que pilla y a algunos les hace gracia, pero otros lo gruñen, un buen reflejo de la realidad de cualquiera de nosotros. El olor a mar y a humedad me traslada a instantes de mi infancia donde yo también jugaba con mi padre a darle empujoncitos por la espalda para asustarle, y empiezo a comprender que la vida son momentos, es un paisaje, es un lametón de tu perro, una ola que te moja los zapatos y una nube de color rosa que da la bienvenida a la noche. Mi alma, por unos instantes, respira y se cura de tanta pérdida porque, mientras abro la rendijita para dejar ir, hay muchas cosas bonitas que siguen entrando. Solo tengo que encontrar el espacio entre tanto dolor.

«No es más rico el que más tiene...»

Esta tarde me siento millonaria.

Zoe, lo que te estás perdiendo por estúpida. Pija y estúpida.

Diario de Keira VI

Carol, hoy te extrañé. Recordé nuestras tonterías cuando viajábamos y tú nunca querías comer un bocadillo, pero te acababa convenciendo; nuestros paseos viendo romper las olas hasta empaparnos o tu forma de tumbarte sobre la arena, con la toalla perfectamente estirada evitando mancharte. Yo, en cambio, siempre he sido una croqueta rebozada.

A veces, cuando te echo de menos, duele.

Otras, cuando te recuerdo con rencor, también duele.

Ya menos, cada vez estás más lejos, lo que pasa es que te empeñas en volver a mi cabeza en mis ratos bajos.

27

Zoe

Oigo un pitido, como de una máquina. Noto un sabor amargo en la boca y los labios secos y agrietados. Lucho con mis propios párpados para poder abrirlos, como si me hubiesen puesto peso encima. Una luz del techo me molesta. ¿Qué me ha pasado?

—Zoe, ¿Qué tal está? Se encuentra en el hospital. Soy su enfermera. Está bien, tranquila. Sufrió un desmayo por hipertensión y le hemos dado tranquilizantes porque tenía las pulsaciones demasiado altas. Parece que tiene que tomarse la vida con un poco más de calma —dice una voz aguda mientras empiezo a darme cuenta de la situación.

—No puede ser. Me encuentro... uf. ¿Qué día es hoy? —pregunto con dificultad y chupándome los labios buscando un poco de hidratación.

—Hoy es domingo. Vino ayer por la noche. Ahora relájese y descanse, seguramente mañana le podremos dar el alta. Hoy ha estado aquí en observación.

—¿Cómo? —Me incorporo de un salto y me hago daño por la vía que tengo puesta en el brazo donde me están metiendo algo por un gotero—. No, no puede ser. O sea, yo mañana tengo que estar a primera hora en Sevilla. Tengo una reunión muy importante.

—Tendrá que esperar —me interrumpe.

—No. Escuche. Vaya, esto es estupendo. Mire, quiero el alta voluntaria.

—Escúcheme a mí —dice la enfermera con el entrecejo fruncido—. Son las nueve de la noche y a estas horas ya no están los médicos responsables para darle el alta. Mañana podrá irse si todo está bien, pero debe tranquilizarse porque está subiéndole de nuevo la tensión y esto no es bueno.

—Pero...

—Pero nada. Voy a subirle un poco la medicación.

—¿Qué medicación?

—Solo es un tranquilizante. Zoe, ayer tuvo una crisis de ansiedad tan fuerte que su tensión arterial se puso por las nubes. Según me ha contado otra enfermera la encontraron desmayada en su casa y, al despertar, estaba muy alterada.

Aprieto el puente de mi nariz e intento recordar quién me trajo aquí. Sé que bebí bastante vino y que estuve con Gabriela, pero ella se fue y yo me quedé sola en la casa.

—¿Quién me acompañó? ¿Está por aquí?

—Ya no. Se acabó la hora de visitas y se fue.

—¿Y no tenéis un nombre o algo? Dios, que incompetente es todo el mundo. Te lo juro, no me extraña que yo esté así con los nervios —digo recostándome de nuevo en la cama, resignada por la situación.

—En cuanto pueda lo pregunto. Se ha cambiado el turno y yo solo llevo aquí veinte minutos.

—Fenomenal.

—Ahora en un rato le traerán la cena, si quiere. Como estaba dormida no se la repartieron antes.

—No quiero comer. Necesito mi *smartphone*. Oh, Dios, qué complicado es todo. *Fuckin life*. Y un portátil. ¿Tienen ustedes algún MacBook en el hospital que puedan prestarme para hacer unas gestiones? —pregunto con la sensación de estar perdiendo el tiempo en este sitio.

—¿Sabe el significado de relajarse?

—¿Y usted sabe el significado de que tengo una reunión con japoneses que no van a esperarse porque yo tenga los nervios, la tensión o lo que sea alteraditos?

—Hasta mañana —me dice la muy asquerosa.

Estupendo.

Suspiro fuertemente, como si fuera una locomotora echando humo. Una lágrima me hace cosquillas al resbalar por mi mejilla. En pocos segundos, el elixir que me está llegando gota a gota por la vena empieza a hacer su efecto y noto un relajamiento general que me va dejando los músculos dormidos hasta que acabo durmiéndome yo. Dios, que me pasen un poco de esta droga para casa.

28

Zoe

He dormido toda la noche. La medicación debía de ser fuerte porque eso no me pasa desde hace mucho tiempo. En cuanto me espabilo me pongo a pensar en todas las posibles personas que me han podido traer hasta aquí. Espero que nadie que yo no quiera me haya encontrado así en casa. Quizá Gabriela entró de nuevo y me vio, pero yo juraría que cerró la puerta al salir y no me acuerdo de haber abierto a nadie. Aunque, bueno, visto lo visto estaba yo como para recordar algo. ¿Y si entraron a atracarme y me encontraron en ese estado tan lamentable que les di pena? O sea, sería horroroso. Mi secretaria, eso es. Seguro que fue ella que quiso venir en persona a arruinarme más el fin de semana y contarme alguna otra reunión o historia de trabajo para que viera lo efectiva que es. Efectiva y pesada. *Oh, my God* qué pesada es.

Veo en la máquina cómo mis pulsaciones suben solo de pensar en el trabajo y en la reunión que tenía hoy y de la que no sé nada. Seguro que me están buscando. No tengo el móvil para llamar a nadie. Ninguna persona que me conozca lo más mínimo me traería aquí o a cualquier otro lugar sin guardar antes mi teléfono. El Iphone se coge antes incluso que a mí. ¿Qué clase de terrorista me ha querido rescatar de un ataque de ansiedad dejándome incomunicada? No creo que fuera Keira, ella no sabe mi dirección, aunque es un poco acosadora y ya se ha presentado dos veces donde yo estaba. Bueno, acosadora no, creo que tiene buena intención, pero algo rarita sí que es la pobre. Rarita y guapa. Sí, ha sido ella, seguro. Mi ángel de la guarda ha sido la perroflauta.

Joder, no sé.

—Buenos días, Zoe —dice un enfermero que me da un susto que casi me caigo de la cama—. Vaya, perdone. Veo que estaba muy metida en sus pensamientos. ¿Qué tal se encuentra hoy? ¿Más tranquila?

—Sí, sí. Estoy... estoy fenomenal. ¿Puedoirme?

—Calma. En un rato vendrá el médico y decidirá si le da el alta. Antes le traerán el desayuno. Tenga paciencia —dice mientras me pone un manguito para tomarme la tensión—. Ya la tiene normal, así que es buena señal. Luego la veo y le quito la vía del brazo si el médico lo ve oportuno.

Ni le contesto. Luego, luego, todo es luego. Los hospitales públicos sacan lo peor de mí. Además, estas sábanas raspan tanto que valdrían para lijar madera y los cuadros de las paredes son tan feos que si hubieran dejado la imagen que viene cuando compras el marco seguro que hasta serían mejores. Por Dios, que pago muchos impuestos como para que me pongan una ropa de cama decente y un pijama que no me cause urticaria en la piel y en los ojos.

Miro hacia la puerta impaciente, esperando que entre el médico y deje que me vaya. Lo primero que haré será comunicarme con el hotel de Sevilla para que den mil disculpas a los japoneses que esta mañana solo han ido a perder el tiempo. Quizá me perdí una gran suma de dinero por llevar la idea de mi negocio hasta oriente, o una inversión millonaria comprando

acciones de la cadena. Y yo aquí, con el brazo agujereado y la tensión que sube y baja como la bolsa. De repente, oigo dos golpecitos en la puerta a modo de llamada. Gracias a Dios, será el médico.

—Adelante, pase. Espero que venga para decirme que me voy a casa —grito mientras alguien abre.

—Zoe. Me alegro de que ya estés mejor.

Me quedo blanca, noto la cara y las manos frías. Me paralizó. Mi hermana, Aurora, aparece en la habitación después de años sin saber de ella. ¿Es la persona que me trajo hasta aquí? Lo raro es que no me haya rematado por el camino.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte —dice mientras gira en la mano la llave de su coche y se acomoda en el sillón de piel sintética negra que hay al lado de mi cama—. Supuse por las fotos que cuelgas en Instagram que estabas en esa casa. Por cierto, nuestra casa, ¿recuerdas? Y me pasé por allí para hablarte de ciertos temas.

—¿Aún guardas una copia de las llaves? Recuérdate que cambie la cerradura, no sea que vuelvan a colarse extraños. —Retuerzo las sábanas de lija entre mis manos y aprieto los dientes haciendo tensión con la mandíbula.

—Cálmate, guapa. Mira, te sube el pulso —increpa señalando el monitor al que estoy conectada—. Si no llega a ser por mí te da un ataque al corazón ahí mismo.

—Seguro que me dio la crisis cuando te vi aparecer por la puerta y tengo un *shock* traumático que me impide recordarlo.

—Créeme, cuando abrí la puerta estabas hiperventilando. Me llamaste Kiara o Kira o Kiera. No recuerdo, pero no parabas de decir ese nombre mientras te tocabas el pecho. Luego te desmayaste.

—Eres lo peor que hay en este mundo. O sea, ¿qué quieres? —Me tiemblan las manos, ojalá pudiera llamar a seguridad para que se la llevarasen.

—Voy al baño. Me hago mucho pis, querida, no hay ni un retrete limpio en este cuchitril de hospital al que te he traído.

—Estupendo —resoplo y anudo entre mis dedos el cable del botón de llamada que cuelga de un lado de la cama.

Aurora coge su bolso y entra al baño con actitud altiva, como toda ella. No sé por qué siempre nos tuvo que hacer la vida tan difícil a todos. Cuando cumplió los dieciocho se fue de casa y se convirtió en una chica intratable, demasiado rebelde y con compañías poco adecuadas. O sea, una quinqui, pero con dinero, ya que no se le cerró el grifo de las tarjetas de crédito por miedo a que se fuera debajo de un puente, eso decía mi madre. Siempre la sobreprotegía por ser la pequeña y porque al criarnos sin una figura paterna pensaba que tenía ciertas carencias que pagaba con su carácter de mil demonios. Nunca conocimos a nuestro padre, un hombre que solo puso la semilla y desapareció, pero jamás pensé que eso fuera razón para llevar la vida que ella había elegido ya que, por suerte, vivíamos de forma acomodada y nunca nos faltó ningún tipo de lujo. Nos criamos entre colegios de pago, muebles de diseño y un chófer que nos llevaba a donde quisiéramos. Mi madre intentó reconducirla y le ofreció la gerencia de uno de los hoteles para que tuviera un futuro y un trabajo. Fue una mala decisión. A los tres meses el hotel era como una casa de fiestas para ella y sus amigos. Un constante ir y venir de gente rara, música alta y policía alertada por los vecinos. Es entonces cuando las peleas con mi madre se hicieron cada vez mayores y, al fallecer, yo encontré un papel escrito a modo de testamento donde me dejaba a mí como heredera universal de todo este imperio hotelero propiedad de la familia desde hace más de

ochenta años. Yo reformé todo y lo convertí en lo que hoy es ZH Hoteles, una de las marcas con más prestigio del sector, con habitaciones de lujo y clientela importante. Ella no estuvo de acuerdo y desapareció, sin más. No sé qué es de su vida, ni me importa. Aurora solo trae problemas.

De nuevo, mi cabeza y mis recuerdos van tan rápido que me aceleran el corazón para procesar tanta información. No la quiero aquí. Cuando sale del baño veo en sus ojos un brillo especial y se toca la nariz de forma compulsiva. Esta chica es un espectáculo, pero de los malos, o sea, de los que nadie quiere ver.

—Bueno, hermanita. No quiero ser yo la que te cause más ansiedad de la que tienes, pero fui a visitar a un abogado, ¿sabes? Uno de esos, de los buenos. —Continúa tocándose la nariz y sorbiendo aire, como quien tiene congestión, pero en este caso sé que ella no sufre de ningún constipado ni alergia—. Me ha dicho que desheredar a un hijo, así porque sí, porque un papel que encuentras sobre una cama lo dice, no es legal. Tengo derecho al cincuenta por ciento del patrimonio de mamá. Vamos, que la mitad de la cadena hotelera es mía. Podría pedirte más, pero voy a ser generosa.

—Ese escrito no era uno cualquiera. Lo escribió mamá cuando supo que iba a morir por su enfermedad cardíaca. Porque estuvo enferma, ¿lo sabías? —grito y hago un intento por salir de la cama, pero la dichosa vía del brazo me impide moverme como yo quiero—. O sea, no te has preocupado por ella en la vida y ahora quieres sus cosas. Te lo juro, eres más ruin que nadie que haya conocido nunca. Sal de aquí, chusma —digo señalando la puerta mientras mi dolor de cabeza se va intensificando.

—Lo que tú digas, pero esto va a ir a juicio. —La muy ridícula saca un montón de papeles de una carpeta y me abanica con ellos en la cara—. Además, fui a tu casa para que te enteraras de otra cosa, porque quizá no lo sepas, pero si ves las noticias comprobarás que no paran de hablar de una pandemia. Creen que puede afectar a todo el mundo. ¿Y sabes qué pasaría? La ruina de todos los negocios. Tu ruina y, por tanto, la mía. Quiero mi parte antes de que nos quedemos sin nada, y la quiero ya.

—Esto es superfuerte. No te pertenece nin-gu-na parte de mi negocio —marco cada palabra que sale de mi boca para que le quede claro.

—Nos veremos en los juzgados, si es que llegas, claro, porque estás bien jodida. Superjodida.

—¡Fuera! —grito con todas las fuerzas que me quedan.

—Me voy. Ah, esto es tuyo, ya he visto todo lo que necesitaba. —Chasquea la lengua y tira en la cama mi Iphone.

29

Keira

Hoy llueve por Donostia, pero Zarpas y yo estamos calentitos en nuestra pequeña casa con ruedas. Estoy contenta por cómo funciona la calefacción y, en general, me estoy adaptando bien a esto de la vida nómada y a vivir en un espacio tan reducido. Tiene sus ventajas: tardo la mitad del tiempo en recoger y limpiar que en mi casa anterior, me doy cuenta de lo poco que se necesita para vivir y he salido de las garras del consumismo, donde cuanto más tenemos más queremos. Si me canso de un lugar en el mismo momento me voy a otro y si tengo vecinos que molesten solo tengo que llevarme mi casa a un lugar más tranquilo; además, conozco a gente, les vendo mis pinturas y no tengo horarios, ni nadie que me diga lo que debo hacer. Llevo un mes así y estoy desconectada del mundo rutinario. Solo fluyo.

Ya es lunes y son las siete de la tarde. Llevo con el teléfono móvil apagado desde el sábado y ni siquiera lo he echado de menos, pero lo enciendo pensando en una posible llamada desde la inmobiliaria dándome la noticia de que ya han vendido el piso. «Qué ilusa» digo en alto hablando conmigo misma, porque es poco probable que una casa tan grande como esa se venda en tan poco tiempo. Mientras se inicia, lo dejo sobre la encimera y preparo la merienda para Zarpas y para mí. El perro ha crecido mucho en estas semanas y cada vez soy más consciente de que llegará un día en el que ya no pueda cogerlo en brazos, quizá me coja él a mí a este paso. Le ofrezco un cuenco con pienso que compré esta mañana mezclado con una latita de comida húmeda con sabor a ternera. Tarda menos en devorarlo que yo en echárselo. Corto un plátano en rodajas y hago una mezcla con fresas y un poquito de miel. Abro la puerta de la furgoneta, me pongo la sudadera más calentita que tengo y me siento en la entrada. Huele a humedad, a musgo, a mar y a lluvia. Es agradable percibir las pequeñas cosas, esas de las que nadie se percata cuando va corriendo de un lado para otro con la hora pegada al cuello a modo de soga.

Unos silbidos me sacan de mis pensamientos. Es el sonido del móvil cuando me empiezan a llegar notificaciones. Dejo el plato en el suelo y me levanto para cogerlo. Zarpas aprovecha para comerse de un bocado toda la fruta.

—¡No! Eso no se hace, pequeño. Tengo que enseñarte modales —le digo con voz firme. Él mueve el rabo, me da con la pata y observa con los ojos muy abiertos y el morro lleno de restos de miel—. Vale, tú ganas, si me miras así no puedo hacer nada.

Desbloqueo el móvil y veo varios mensajes de publicidad, una llamada perdida de Zoe del sábado y un mensaje de ella en el contestador de ese mismo día. El corazón me da un vuelco. Quizá cambió de opinión, quizá quiso venirse conmigo, quizá necesitaba más tiempo para pensarlo. Fui un poco radical, pero estaba cansada de sus negativas y una tiene su orgullo.

«Keira, estoy muy nerviosa y me he equivocado al no hacerte caso. Tenía que haberme ido contigo en tu cacharro con ruedas. O sea, uf, perdona, quería decir que tu vehículo puede estar bien para un día o un ratito y que me vendría bien despejarme y... Oh, Dios, Keira, tengo tanta ansiedad...»

Su mensaje de voz es casi agónico, como si fuera a llorar de un momento a otro. Por su tono diría que está a punto de que su propio cuerpo le diga «basta». Cierro la puerta de la furgoneta buscando más intimidad de la que ya tengo, puesto que estoy sola en este lugar, y marco su número sin pensármelo. Dejo sonar tres, cuatro, cinco tonos y hasta un total de quince que cuento nerviosa en mi mente.

30

Zoe

Mi Iphone hace un ruido ensordecedor, al menos para mi estado actual: *out*. No quiero hablar con nadie. Seguro que es la terrorista de mi hermana, o mi secretaria contándome que los japoneses se han ido maldiciendo a mis ancestros por mi falta de compromiso. Quien quiera que sea es muy insistente. Alargo el brazo hasta la mesita de noche y lo cojo sin abrir los ojos.

—¿Qué te pasa? —contesto con brusquedad.

—Vaya, perdona. Zoe. ¿Estás bien? Acabo de escuchar el mensaje que me dejaste el sábado en el contestador y...

—¿Cuándo? —interrumpo. Mi pulso se acelera al oír su voz. No quiero acabar de nuevo en el hospital y respiro profundo para tranquilizarme.

—El sábado por la noche.

—Señor, sí que estaba yo mal. O sea, no sé, no recuerdo nada, me encontraba fatal, pero fatal. En realidad, no sé ni por qué marqué tu número.

—¿En serio? Igual bebiste demasiado con la repartidora que iba a ir a tu casa —dice con un aire divertido.

—Eres muy graciosa. —Lo de la repartidora, en realidad, me hace sonreír.

—Perdona. Solo quiero saber si te ocurría algo. Me he preocupado porque tu tono de voz era muy angustioso.

—Sí, ya supongo. Debería hacer yoga y curarme los *karchas*, como tú.

—Los chacras, Zoe, se dice chacras y, por cierto, no te vendría mal un poco de yoga para sanar tanta ansiedad.

—Verás, he estado en el hospital. Me dio una crisis en casa y supongo que te llamé antes de eso, pero no lo recuerdo, lo tengo todo un poco nublado. Tenía la tensión alta y... en fin, todo fenomenal, como siempre.

—Lo siento, ojalá hubiera podido ayudarte. Suelo tener el móvil apagado y pensé que ya no me llamarías más. —Su respiración se agita y la voz se le rompe.

—No es tu culpa. Lo importante es que ya estoy mejor, no me apetece mucho hablar de esto. —Bostezo, la medicación me tiene somnolienta todo el día y tengo que tomármela durante dos semanas, no sé qué va a ser de mí—. Ahora mismo soy una yonqui de las benzodiacepinas y tengo el alta hospitalaria, pero me obligan a estar de baja laboral hasta el lunes que viene. ¿Qué hago yo de baja? No puedo con esto, Keira, no puedo. —Estoy dejando que esta chica vea mi debilidad y no quiero, tengo que cortar la conversación—. ¿Hablamos otro día?

—Dime la dirección de tu casa y voy. Todavía estoy por el norte. ¿Sigues en Santander? —pregunta de manera firme, como si no estuviera dispuesta a una negativa por mi parte.

—Sí, me he quedado en mi casita de vacaciones. Pero, pero... —titubeo, siento miedo, no sé si quiero ir con ella, aunque la última vez me arrepentí por haberme negado y acabé con una prostituta de lujo, mil doscientos euros menos y un ataque de ansiedad asistido por la arpía de mi

hermana. Un jaleo.

—No te preocupes, no tienes que subir a mi furgoneta. Me puedo quedar contigo en tu casa y hacerte compañía. Lo único que necesito es que dejes entrar también a Zarpas. Seguro que le coges cariño —me dice con voz dulce, irresistible, convincente.

—Claro, el perro puede venir y entrar y salir cuando quiera. Tengo un jardín considerable.
—Me siento en la cama, dudo, miro el reloj y tras un silencio le doy la dirección de casa.

—Voy a recoger todo y te veo en un par de horas.

Keira cuelga sin darme tiempo a decir nada más. Seguro que es tan tajante por el miedo a que me vuelva a echar atrás. ¿Dos horas? O sea, vamos a ver, ¿desde dónde viene esta chica? Parece que su rumbo está atado a mí y va dando tumbos de un lado para otro sin ningún destino.

Y yo con estas pintas. Superdesastrosa.

31

Keira

Cuelgo sin dejar que conteste porque por experiencia sé que hablar más da la opción de pensarse las cosas mejor. Apenas conozco a Zoe, pero me ha demostrado que es muy insegura. Si le llego a decir que estoy en Donostia y que voy a hacer, de nuevo, un viaje de más de dos horas para volver de donde no debí de irme el otro día habría pensado raro de mí. Desde que salí a una nueva vida en esta furgoneta me estoy dejando fluir más que nunca y no me importa hacer kilómetros de esta manera. Hay algo en esta mujer que me atrapa. Podría luchar contra esto, pero si algo he aprendido es que el tiempo es demasiado valioso como para perderlo pensando en que lo que quieres hacer es ridículo. Aún desconozco qué es lo que siento por ella, de momento solo curiosidad, ganas de conocerla y una necesidad incomprensible de protegerla. Eso me ha pasado desde que la vi, tan aparentemente fuerte, pero tan nerviosa, tan agobiada. Con tanto dinero, pero tan vacía. Debe de ser que me gustan las pijas, como Carol. Sí, Carol era un poco pija, aunque no llegaba a este extremo. Ella y yo éramos polos opuestos que nos amamos hasta fundirnos. Bueno, yo la amaba y ella... ella se fue con otra.

Recojo los platos y restos de comida y ordeno todo en cada cajón para que no se mueva durante la conducción. Los armarios llevan unos cierres de seguridad perfectos para que no se puedan abrir con el movimiento. Aun así, siempre está ese tintineo de platos, vasos y cosas que chocan en cada bache. Me encanta esa música. Ancho a Zarpas en el cinturón de seguridad del pasajero y le pongo una mantita para que esté más cómodo. Se ha acostumbrado a la furgoneta mejor que muchas personas, es un perro increíble.

Escribo en el GPS del teléfono la dirección que Zoe me ha dado. Suerte que me acuerdo, porque la tuve que memorizar en unos segundos al no tener un bolígrafo cerca. «Llegará a su destino en dos horas y treinta y siete minutos» señala la voz de mujer. Muy bien, pongamos música.

La radio bien alta y la sonrisa bien grande.

Son las diez de la noche y acabo de encontrar la casa de Zoe. He tardado un poco más de lo esperado por tener que repostar y comprar algo para cenar. Seguro que esta chica no tiene nada de comida y pide cualquier cosa cara a domicilio, pero yo quiero hacerle una sopa de verduras que recomponga a cualquiera que se encuentre mal.

Aparco en un lateral de su gran jardín. Aunque es de noche, todo el terreno está bien iluminado con farolillos y puedo ver en el medio un enorme fresno que da la bienvenida a la casa. Ya intuyo que lo que me voy a encontrar dentro poco tiene que ver con mi casita con ruedas. Zarpas levanta la pata en el árbol y lo riega: él siempre marcando el territorio. Lo agarro con la correa y camino hacia la puerta, donde un porche precioso con muebles robustos me asegura mi idea de que esta casa es de lujo. Llamo al timbre y espero impaciente. Segundos que se me hacen un mundo.

32

Zoe

Seguro que es ella. Es más tarde de lo que esperaba. Dios, si viene a intentar algo conmigo lo lleva claro. Podría quedarme dormida ahora mismo mientras me practican sexo salvaje y yo sin enterarme. Después de la última toma de la pastilla mi cerebro está muerto, no piensa, no sufre, solo espera a que le dé el último apagón y hasta mañana. Me miro en el espejo y la imagen que me devuelve es totalmente devastadora. Me recojo el pelo en un moño y me pongo una bata de satén de color blanco con estampado de flores que me compré en Londres hace dos años, la que siempre uso cuando pretendo dar buena impresión a alguien. Recorro un poco la cortina para mirar y veo a Keira con la mirada perdida en el suelo del porche. Lleva un gorro de lana blanco y un abrigo de cuadros. Es raro, pero la veo sexi, pura, buena. Serán las pastillas.

—Keira, hola. Has tardado más de lo que esperaba. Pasa —digo al abrir la puerta.

—He hecho unas compritas antes de venir. ¿Has cenado? —pregunta sonriendo mientras levanta una bolsa que tiene en la mano con verduras o algo parecido.

—No, no tenía ganas.

—Te voy a preparar algo irresistible.

—Okey —exclamo mientras Keira pasa y deja las cosas en la isla de la zona de la cocina. El chucho se tumba en la carísima alfombra persa y a mí me da un mareo solo de verlo.

—¿Estás bien? —dice Keira—. Lo primero es llenar esa barriga, así que dame unos minutos que lo preparo todo.

Sin mediar más palabras, Keira saca de la bolsa un par de puerros, calabacines, apio, espinacas y no sé qué más cosas verdes. Le indico dónde están las ollas y utensilios de cocina y con gran destreza se hace dueña de la cocina en unos segundos.

—Esta sopa se la hacía a mi padre y él siempre decía que le alegraba el alma —confiesa mientras corta las verduras sobre la tabla. El sonido me resulta molesto.

—¿Y tu padre dónde está ahora? ¿Le parece bien que vayas vagando en un vehículo por el mundo?

—Falleció, pero a él le parecería perfecto, era su sueño.

—Lo siento —digo sabiendo que he metido la pata hasta el fondo.

—Bueno, esto ya está. Lo dejo hervir y en media hora está listo. —Keira se seca las manos con un trapo, rodea la isla de la cocina y viene hacia el sofá.

—¿Por qué has venido? O sea, está guay, gracias, pero me resulta raro. Apenas me conoces como para querer cuidar de mí.

—Lo normal del ser humano sería ayudarnos entre nosotros. —Me mira a los ojos mientras acaricia al perro—. Es curioso que eso lo veamos raro. Si hubiera pasado de ti y te mandara a la mierda, aunque estés en este estado, pensarías que es lo normal. Además, eres la primera persona que he conocido en mi viaje y, aunque seas una pija insoportable con la que solo he cruzado dos palabras, me caes bien y a Zarpas también.

El perro se acerca a mí juntando demasiado la nariz con mi cara. Levanta la pata y me da con ella en el brazo intentando llamar mi atención. Yo paso de él y miro hacia Keira.

—Ojalá fuera como tú, con ese aire despreocupado y esa filosofía tan *zen* —digo mientras de fondo comienza a sonar mi *smartphone*—. Por Dios, son casi las once de la noche. —Me levanto y Keira me empuja de nuevo al sofá para que no me mueva.

—Espera, yo te lo traigo. —Se levanta para coger el móvil de la mesa de mi habitación—. Ya está, lo he apagado. En la pantalla ponía llamada perdida de «Carla secretaria». Si es llamada de trabajo te prohíbo cogerlo, estás de baja.

—Oh, vaya, estupendo. A lo mejor quiere algo importante con respecto al hotel de Sevilla, o se ha caído a trozos alguna otra cosa del ZH de León. —Me llevo las manos a la cabeza y después me aprieto el puente de la nariz.

—Tienes demasiado estrés en tu vida. Las veces que te he visto siempre pareces una olla exprés, a punto de que tu cabeza explote por tus propios nervios. Ahora el cuerpo te ha dado un aviso. ¿No sientes la necesidad de parar? —pregunta mientras vuelve a la cocina para comprobar la cena.

A ratos me molesta esta intromisión repentina, yo siempre he vivido sola y la cocina la toco yo o Berto, el criado que tengo por temporadas. Enciendo el móvil y compruebo que mi secretaria ha llamado ya más de una vez, debe de estar incendiándose algún hotel porque no lo entiendo. Esto es demasiado.

—¿Parar? Mira, yo no soy como tú. Tengo responsabilidades. ¿Crees que esta casa se paga sola? ¿Que el *jacuzzi* se llena con agua de la charca? ¿Que mi ropa es de mercadillo? Necesito *cash* para vivir y eso se consigue con los negocios, por si no lo sabes. Tú eres una vagabunda de cuatro ruedas y un poco ignorante —grito mientras a Keira le cambia la expresión de la cara y prueba su brebaje verde mágico.

—La cena ya está. Tómate esto y descansa. Te vendrá bien. Yo me voy a la furgoneta a dormir. Mañana nos vemos. Vamos, Zarpas. —Y sale por la puerta con la compañía del perro.

Estupendo, ahora un enfadito.

Keira

Me he equivocado con esta chica. Llevo un rato en su casa y ya me ha servido para ver que tan solo su arrogancia puede ser mayor que su clasismo. Tengo un límite. He venido con toda la buena intención porque algo me decía que necesitaba ayuda y que esa llamada no había sido fortuita. Además, pienso que ahora mismo solo me tiene a mí. Zoe está siempre rodeada de gente, pero lo que me transmite es soledad. Cuando más lo necesita no tiene a nadie a su lado y lo único que sabe hacer es seguir refugiándose en su trabajo, aunque los médicos le digan que se aleje unos días de todo. Somos aún dos desconocidas, pero de esta manera no voy a acercarme más a ella. No puedo.

—Zarpas, ¿y tú qué miras? Sí, ya sé, esa mujer no te ha hecho ni una sola caricia en todo este tiempo. No tiene corazón. Si lo tuviera no podría resistirse a esos ojitos tuyos. Entra a la furgoneta, que te tapo con la mantita.

Mi amigo peludo pasa con torpeza. Hay varias mochilas tiradas por el suelo y al ser el espacio tan reducido duda de por dónde puede pasar. Se acomoda en un cojín que puse en el suelo y lo arropo. Prefiero dormir en mi Sunset que seguir ahí dentro con esa... con esa pija. Además, ya es demasiado tarde como para moverme de aquí, el terreno de fuera está sin asfaltar varios kilómetros y la lluvia que ha caído en este rato ha formado barro. No quiero arriesgarme a que una rueda se quede encajada en algún agujero, lo que me faltaba. Cojo la guitarra, toco los acordes que me llevan quemando las yemas de los dedos desde hace días y tarareo una letra que se me pasa por la cabeza. Después, apago las luces y dejo encendida solo la que está sobre la cama. La lluvia vuelve con fuerza y el repique del agua sobre el techo me relaja, es como una música repetitiva donde me concentro para evadirme de todo lo demás.

Me apetece escribir. Escribirte.

Diario de Keira VII

Carol, ¿lo estás notando? Cada vez te escribo menos, aunque tengo que mejorar esto de acordarme de ti en los momentos bajos. Eres como una canción: las alegres son para un rato, las recuerdas solo en ocasiones puntuales, pero las tristes... esas se te clavan, te rumian en la mente y las reproduces en bucle para que los demonios vuelvan una y otra vez. Al menos, eso me pasa a mí. Tú eres una melodía triste, a la que acudo cuando no estoy bien, cuando me pasa algo. Eres la balada de desamor que bailo sola y sin moverme mientras pienso en lo que sería esto contigo, comparándolo continuamente con lo que es sin ti.

¿Sabes qué? Cada vez gana más el sin ti, o eso intento, porque si tengo alguna duda me acuerdo de los feos que me hacías cuando se suponía que era tu amor.

Ahí va un ejemplo, para que siga ganando el «sin ti»: un día, después de una jornada horrible de trabajo y de ver a mi padre en uno de sus peores momentos, fui a casa con una bandeja enorme de sushi que compré en nuestro restaurante asiático favorito. Sí, ese que tiene los leones en la puerta y las escaleras altas. Quería una noche de «tú y yo» con cariño entre las mantas viendo una película sin importancia, de esas que poníamos cuando sabíamos que no le íbamos a hacer ni caso. Cuando llegué a casa, estabas vestida con la falda verde de vuelo que te regalé y la blusa blanca de escote pronunciado. Llevabas el collar con un trébol que te di para un aniversario. No me dijiste que ese día ibas a salir. Te pregunté si te apetecía quedarte conmigo en casa, ya que había tenido un mal día, y comenté que llevaba la cena para las dos. Tu respuesta fue un: «Lo siento, me voy que ya he quedado. Mañana, ¿vale?» En las fotos de tus redes sociales de ese día salías con esa tal Olivia.

Feo, Carol, muy feo.

35

Zoe

Soy tonta, pero tonta de remate. Es la única persona que tengo a mi lado, la única que me ofrece su ayuda sin ningún tipo de interés económico y le hablo de esta manera.

A los veinte minutos, y después de tomarme uno de los tranquilizantes que me recetaron, me asomo por la ventana y veo que la furgoneta aún está ahí aparcada. Respiro aliviada de que no se haya marchado. O sea, por un lado, su presencia me molesta porque a mi casa no suele venir nadie, no tengo amigos, pero, por el otro, me gustaría que me hiciera compañía, hablar con alguien, mirar sus fantásticos labios y dejar que me hiciera ese brebaje verde cada noche. Lo he probado y está exquisito.

Me pongo un abrigo largo impermeable encima del pijama, unas botas de agua en color negro, meto dos platos hondos y dos cucharas en el bolso y cojo la olla donde está la sopa que Keira ha preparado. Salgo de la casa y recorro como puedo los metros que me separan de la furgoneta. El agua me cala en dos segundos y voy gritando por el jardín maldiciendo el barro que me va hundiendo los pies.

—Zoe, te estarán oyendo hasta en el pueblo de al lado. Corre, entra. —Keira abre la puerta al oírme y me ofrece entrar rápidamente. El perro está con ella y me mira como si estuviera viendo un hueso, o lo que sea que coman estos animales.

—Gracias, uf, qué forma de llover, qué barbaridad. Keira, lo siento. Mira, te traigo la cena porque la has preparado tú y encima te vas a ir a dormir con el estómago vacío. —Ella me mira de forma seria y me doy cuenta de lo dolida que está.

—Zoe, yo sí que lo siento. He venido y está claro que a ti no te gustan las visitas, ni que te cuiden, ni que te intenten tranquilizar haciéndote ver que hay más cosas en la vida que el trabajo. —Me coge la olla de las manos y la posa sobre la encimera mientras me fijo por primera vez en todo el habitáculo de la furgoneta. Es minúsculo, pero tiene su personalidad—. Sí, aquí vivo yo. Ya sé que no te gusta, no es una choza de ricos como la tuya, pero a mí me hace feliz mi casita con ruedas. ¿A ti te hace feliz tu modo de vida? —Me traspasa con su mirada.

—¿A mí? No sé, sí, bueno, a veces no —dudo de mis palabras, saco los platos y cubiertos del bolso y me quito el abrigo—. ¿Dónde puedo poner la chaqueta? No quiero mojarte nada —le digo mirando algún lugar donde dejarla.

—En el baño —contesta señalando una minúscula puerta.

—Caramba. ¿Tienes baño aquí? Nunca lo hubiera imaginado. Qué fenomenal. —Abro la puerta del habitáculo que me indica y alucino. No me imagino duchándome ahí—. Aquí hay un... un... ¿Qué es esto? ¿Aquí haces tus necesidades?

—Ah, sí. Es un váter seco. En esta bolsa haces caca y se cubre con arena, no huele nada, te sorprendería. Y por ese agujero cae el pis que luego se vacía en un baño público o algún sitio permitido. —Su explicación me pone cara de cuadro.

—Vaya, interesante. Es como una casita de muñecas, todo tan reducido —contesto

mientras observo detenidamente la estancia.

Tiene una cocina de *camping*, un fregadero como el de casa y estanterías y armarios donde supongo que guarda toda su vida. Es superpequeña, supercuqui, pero superincómoda. Dios, esto es una caja de cerillas.

—Te sorprendería lo poco que necesitamos para vivir —dice mientras se sienta al lado de la cama y saca una mesa extensible que sale de la estructura de esta—. Si lo piensas, en nuestras casas la mayor parte del tiempo lo pasamos en un mismo sitio: el sofá, la cama o una silla. No se necesita una mansión para vivir, está todo en nuestra mente.

—Bueno, yo paso tiempo en mi *jacuzzi* y aquí no lo veo por ningún lado —le digo con total sinceridad, pero por su reacción veo que se lo toma a broma.

—Qué graciosa eres. Siéntate aquí conmigo y cenemos, que para algo hice este caldo. ¿Te encuentras ya mejor? —me pregunta de forma dulce.

—Sí. No quería que te enfadaras y condujeras con este tiempo, puedes entrar otra vez a casa. O sea, podéis entrar los dos. El chucho también.

—Se llama Zarpas —me recrimina.

Quiero que venga conmigo a casa. Sé que ella está fenomenal en esto a lo que llama «casa», pero yo tengo chimenea y alfombras calentitas y un televisor enorme de plasma.

—Duerme en mi casa con Zarpas. —Al decir su nombre el chucho me mira y gira la cabeza, sus ojos me traspasan por primera vez.

—Vamos a quedarnos en la furgoneta. Mañana nos vemos. O te quedas aquí conmigo, si quieres. —Mira hacia la cama con picardía y me deleita con su maravillosa sonrisa, pero aun así no me convence. Prefiero dormir en mi mundo de comodidades.

36

Keira

La noche es larga. Las gotas de lluvia repiquetean con fuerza en la chapa de la furgoneta, pero no es eso lo que me desvela, sino mi preocupación por Zoe. ¿Estará bien? Podría haber dormido en la casa, pero tengo la sensación de que esta chica siempre se sale con la suya y no es justo. Vine para ayudarla y su trato no fue correcto, tampoco ha querido estar aquí conmigo, aunque sea para probar.

Mañana será otro día, quizá ella esté también dando vueltas en su «maravillosa» cama de su «maravillosa» casa.

Estaba muy guapa, con ese aire indefenso y vestida con ropa de estar por casa.

37

Zoe

De verdad que soy lo peor, pero ella también es muy cabezota. ¿No podría haberse venido conmigo aquí?

Uf, tengo una sensación mezclada entre la tranquilidad que me da a la fuerza la medicación y la angustia de no poder tener lo que quiero. Deseaba que pasara la noche conmigo aquí, hablando, durmiendo.

Se me caen los párpados.

Me despierto a las seis de la mañana. Demasiado temprano, todavía es de noche y sigue lloviendo, aunque ya de forma leve. Me peino un poco, me pongo un pantalón deportivo gris, un *hoodie* de color rosa, unos tenis clásicos y abro la puerta de la entrada para comprobar que sigue ahí la furgoneta. Suspiro de alivio al verla.

Agarro la cafetera italiana y preparo un *blend* de café de Colombia y Etiopía. Mientras se calienta al fuego tuesto dos panecitos, cojo aceite y elijo un par de piezas de fruta. Lo coloco todo en una bandeja de madera y me sorprende de mí misma. Dios, o estas pastillas son maravillosas o la perroflauta está haciendo algo conmigo. Creo que no le he preparado jamás nada a nadie, estoy más acostumbrada a que lo hagan para mí. Bueno, ha quedado fenomenal, así que ahora no puedo echarme atrás.

Atravieso el jardín con paso rápido para no mojarme demasiado y me encuentro con la mirada de Zarpas delante de la furgoneta. Vaya, no traje nada para él.

—Lo siento, pero para ti no hay nada. ¿Tú qué comes? ¿No te da tu dueña pienso o algo así? ¿Huesos?

El perro da una vuelta de un salto y se sienta. Jadea mientras me mira y parece esperar algo de mi parte. Tendrá que ser en otro momento. La puerta de la furgoneta está abierta, pero Keira duerme atravesada en la cama y medio desarropada. Dejo la bandeja sobre la encimera de eso que llama «cocina» e intento sentarme a su lado. Casi me caigo, la cama está muy alta y Keira se despierta con el ruido. Me regala, de nuevo, una de sus sonrisas.

—Buenos días —dice mientras se frota los ojos y tira de mí hasta que ruedo a su lado.

Me rodea con sus brazos.

Me quedo inmóvil.

Huele a perfume afrutado con un toque de vainilla. Es como una infusión de las ricas. Es la primera vez, desde que Carol desapareció de mi vida, que alguien me despierta por la mañana. Alguien que no sea Zarpas y su lengua llena de babas. La he empujado hacia mí sin pensarlo, ha sido puro instinto, eso hacía con Carol. Vuelvo a la conciencia al olerle el cuello y acaricio su pelo. Ella no se muestra muy cariñosa, pero no me sorprende porque tiene pinta de mujer fría, al menos de primeras. Abro los ojos y entre los pliegues de su ropa logro ver una bandeja que ha traído.

—¡Qué sorpresa! Nunca imaginé que tú pudieras traerme el desayuno a la cama.

—Bueno, a ver, tú me hiciste ayer la cena así que pensé que así estábamos en paz —dice nerviosa mientras se separa de mis brazos y baja saltando de la cama.

Zoe se sienta y comienza a mirar todo detenidamente. Se para en el cuadro de la pared donde colgué la frase que escribió papá.

—Es algo muy especial para mí —le señalo.

—«No es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita». Es discutible, o sea, yo solo necesito dinero y con eso ya lo tengo todo —ríe.

—Eres un caso perdido. —Le doy un golpecito en el hombro—. El dinero te está generando ansiedad. Con dinero te llenas de cosas, pero no te llenas el alma.

—Bueno, mi alma se llena cuando lleno el *jacuzzi* que hay en esta casa. —Me hace una mueca graciosa con la boca—. ¿Qué significa esa fecha?

—No lo sé. La frase la escribió mi padre. Usó este papel porque sería el primero que encontré, pero esa fecha la puse yo, aunque no recuerdo qué significa. Encontré esto cuando mi padre murió y ahora es el lema de mi vida —sonríe para quitarle hierro al asunto. Su muerte ya no la recuerdo con dolor.

—Vaya, lo siento. Habrá que darle algún significado a esa fecha. Bueno, está superbién que tengas algo así. Es bonito.

«Tú también eres muy bonita» pienso sin decirlo en alto mientras observo la caída que le forma el pantalón sobre el trasero y las piernas. Ojalá siempre llevara un chándal puesto y la cara lavada, está preciosa.

Me bajo de la cama de un salto, doy un mordisco a una de las tostadas y un trago al café.

—No sé si lo tomas con leche —me dice.

—No bebo leche de vaca. Tomo avena. Zoe, esto está buenísimo, es uno de los mejores cafés que he probado nunca.

—Claro. —Suelta una carcajada—. Es un café bastante caro. Me lo muelen para mí de forma exclusiva y lo damos en el hotel que tengo en Sevilla. Algún día te lo enseñaré, es el más especial de todos.

—Prohibido hablar de trabajo, ni de hoteles. Ya no llueve, así que termina de desayunar

que vamos a tu porche con las esterillas a hacer un poco de ejercicio mañanero.

—No es verdad —me dice con la tostada aún en la boca.

—«Te lo juro por Snoopy» —imito su acento de pija, pero, lejos de lo que me esperaba, ella no se enfada, sino que sonrío mientras sigue masticando como si no hubiera comido en su vida. Tiene brillo en los ojos, un brillo que no había visto antes en ella.

39

Zoe

Keira dijo que me iba a enseñar posturas básicas y muy fáciles de yoga, pero no imaginé que esto sería tan difícil. Mi elasticidad es nula. Estuve apuntada al gimnasio dos veces en mi vida. La primera vez no duré mucho. Me metía durante dos horas en la sauna y no hacía nada, me acabé borrando. La segunda me apunté por desconectar del trabajo, pero me pasaba el rato atendiendo a llamadas en el móvil y estaba aún más estresada por intentar entender el mecanismo de esas máquinas mientras hablaba con mil personas para resolver cosas de última hora. Un fastidio porque me gasté una pasta en ropa de deporte de primeras marcas.

Keira me enseña la postura de la montaña, de la silla, del guerrero y no sé cuántas más. No sé si me relajo, pero sí que nos reímos.

—Zoe, hasta mi perro es más elástico que tú —me dice entre carcajadas—. Ahora vamos a sentarnos y te enseño unos ejercicios de respiración para acabar. Se llama pranayama.

Esto sí que me relaja, hasta que suena mi móvil. El dichoso Iphone al que cada vez estoy cogiendo más asco.

—No hace falta que me digas nada. Mira, apagado. —Doy al *off* y me quedo a gusto. O eso creo, porque dentro de mí sigue estando la empresaria.

—Eso sí que no me lo esperaba. Es lo que tienes que hacer, desconectarlo si estás de baja médica. ¿No tienes ayudantes o algo así?

—Hace tiempo que despedí al subdirector y como yo acabo asumiendo todo, porque no me gusta cómo hacen las cosas los demás, no he vuelto a contratar a nadie. Me cuesta delegar, pero el trabajo duro da sus frutos.

—Perder tu salud no merece la pena. Delega, contrata a más gente y confía en ellos, quítate presión. No eres Superwoman, en todo caso una superpija, pero con eso no te dan poderes —me vacila.

—Eres muy graciosa ¿sabes? O sea, no sé de dónde sacas eso de pija, solo visto y hablo bien.

—Sí, fenomenal. —Vuelve a reír y yo le sigo la gracia porque su cara me parece preciosa cuando me muestra su maravillosa sonrisa—. Ven dentro de la furgoneta, quiero enseñarte algo.

Recojo mi esterilla y la sigo. El perro, como siempre, viene detrás. Al final le cojo cariño, es como nuestra sombra, aunque me ha llenado de pelos el pantalón. Lo que hay que aguantar. Al entrar, Keira cierra la puerta para protegernos del frío y me invita a subir con ella a la cama. Coge una guitarra que tiene en la pared y se concentra. Empieza a tocar una melodía lenta, bonita. La miro embobada. Esta chica sabe hacer de todo.

Canta.

Se me pone la piel de gallina, el vello erizado y un nudo en la garganta.

40

Keira

*Fuimos el estrés que nos buscamos,
fuimos los demonios que nos miran.
Pero, ahora, vivamos nuestra ruta,
la de los atardeces mágicos.
La magia de soltar la rutina de la mano.
¿Miedo?
Lancemos lastres, que empezamos.*

Mientras canto, noto como Zoe se emociona. No sé si es la letra o mi voz, pero me gusta verla así, con la guardia baja, mostrando un poco de sentimientos. Al terminar, se queda con la boca abierta y empieza a aplaudir. Su efusividad me hace sonreír.

—Superbién. Increíble. Ha sido maravilloso. ¿De quién es esa canción?

—Es mía. La he ido componiendo poco a poco, desde que salí de la que era mi casa para vivir en esta furgoneta.

—Vales para todo —dice mientras se acerca más a mí.

Suelto la guitarra y el estómago me da un vuelco, no me esperaba tenerla tan cerca de repente.

—Voy... voy a ducharme, que he sudado mucho con el yoga —le digo nerviosa.

—Puedes hacerlo en mi casa.

—Quiero aprovechar lo último que me queda en el tanque de las aguas limpias para llenar ahora el depósito con la manguera del jardín, si no te importa.

—Lo que quieras, pero ese baño es muy pequeño.

Tengo ganas de besarla, pero Zoe se baja de la cama y entra al habitáculo de la ducha para mirarlo con detenimiento.

—¿Quieres probar? —le pregunto.

—Ni loca. ¿Has visto el tamaño de esto? O sea, está muy bien para ser una furgoneta, pero teniendo una bañera a dos metros no sé qué necesidad tienes —contesta mientras yo suspiro por sus argumentos de siempre—. Vale, ya no te lo digo más veces. Eres libre de querer vivir así, en el maletero de un coche.

—Eres muy pesada —río y me meto en mi ducha, porque a mí me gusta.

Como Zoe está aquí, me quito la ropa dentro del baño, abro un poco la puerta y la tiro rápidamente al suelo de la furgoneta.

—¡Vaya! En este vehículo llueve ropa de mujer. Bonito *outfit* que tienes que llevar ahora —dice con sinvergonzonería y me sorprende de que su actitud haya cambiado tanto conmigo. Si no fuera tan distinta a ella pensaría que puedo gustarle un poco, pero odia mi modo de vida y yo la de ella.

Cinco minutos después, tras aprovechar hasta la última gota de agua que me quedaba en el

tanque, me pongo una toalla en el cuerpo, otra más pequeña en la cabeza y salgo del baño.

—Bueno, ya me he... —me callo porque veo a Zoe dormida sobre la cama y a Zarpas a su lado.

Se me ocurre algo, algo que no sé si será correcto.

Bueno, allá voy.

Sin pensarlo.

Me va a matar.

41

Zoe

Noto un ligero movimiento y me despierto. Oigo el ruido de un motor. Estoy algo aturdida. Al fin abro los ojos.

—*Oh my God*, ¡Keira! ¿Dónde vamos? —grito mientras miro por la ventanilla y veo que estamos en marcha por alguna carretera secundaria.

—Tranqui. —Se ríe como si la cosa no fuera con ella—. Estabas tan dormida cuando he salido de la ducha que no quise despertarte. Se ve que el yoga, o lo que sea que has intentado hacer con tu poca flexibilidad, te dejó relajada.

—¿Estás loca? Espero que solo vayas a por algo y volvamos enseguida.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué quieres volver? —me pregunta con la mirada fija en la carretera. El motor de esta furgoneta hace mucho ruido.

—Voy con ropa deportiva, no me he duchado y... o sea, no es por nada, pero parece un secuestro.

—No me hagas reír. —Me mira con una mueca divertida—. ¡No te estoy secuestrando! Vente aquí al asiento del copiloto porque no está permitido viajar en la cama, pero como estabas tan a gusto no quise despertarte. Supuse que no durarías mucho acostada en cuanto arrancara, pero eres de sueño profundo.

—Es por las pastillas, que me dejan *out* todo el dichoso día. —Me levanto y voy balanceándome hacia los lados por el movimiento de la furgoneta hasta que consigo llegar al asiento y ponerme el cinturón de seguridad. El perro está en el suelo durmiendo—. Mira qué pelos tengo, madre mía, Keira, esta carretera no va a ningún sitio.

—Estás muy guapa con tu peinado de furgonetera. Un poco de *van life* no te vendrá mal. —Conecta la radio y empieza a sonar una emisora de música de los años ochenta—. Te podrás duchar cuando paremos porque antes de salir llené con la manguera de tu jardín el depósito de aguas limpias.

—¿Me vas a decir a dónde vamos? —pregunto nerviosa por la situación.

—El cielo se ha despejado y tú sigues de baja. Necesitas salir de tu círculo de ansiedad. Vamos a ver un bonito atardecer, solo eso, lo prometo. —Pone morritos, cara de niña buena y me mira un segundo esperando mi aprobación.

—Necesito mi móvil, en serio. Yo avisé de mi problema médico y desaparecí sin más, no puedo hacer eso, todo depende de mí.

—He cogido tu móvil antes de salir y el cargador.

—Gracias, todo un detalle —interrumpo y me aprieto el puente de la nariz.

—Para que no digas que no soy previsora. Bueno, más bien lo hice para no tener que aguantar un ataque de ira cuando no lo vieras cerca —ríe—. Aunque te recomiendo que no lo enciendas porque sería una pena que no tuvieras todos tus sentidos puestos en el viaje. Por cierto, también cogí tu medicación por si la necesitas, la vi encima de la mesa del salón.

—No sé qué voy a hacer contigo.
—Seguirme el rollo.

Keira

En media hora llegamos a la playa de Liencres, en Cantabria. Es un lugar donde vine hace años con Carol en una escapada que hicimos de fin de semana para celebrar nuestro aniversario. El atardecer me pareció espectacular, de esos que recuerdas durante toda la vida. Por entonces nos alojamos en un bonito hotel con todas las comodidades que mi ex eligió, ahora vuelvo con mi propia furgoneta y una vida nómada que me está llenando de ilusiones. Encuentro sitio en una zona dentro del parque natural desde el que se ve la imponente playa. Los surfistas parece que bailen sobre las olas y las gaviotas sobrevuelan el paisaje con su plumaje blanco brillante. Cojo una bocanada de aire, levanto los brazos para estirarme cuando salgo de la furgoneta y miro hacia Zoe, que sigue sentada esperando como un niño pequeño a que le diga cuál es el siguiente paso que debe dar. Su apariencia de chica importante de negocios se va desvaneciendo a la vez que su rostro se muestra más despreocupado, sin tanta tensión.

—Zoe, ya puedes salir. ¿Has estado alguna vez aquí?

—Vaya. Esto es... —contesta cuando mira por la ventana.

—¿Fenomenal? ¿Maravilloso? ¿Divino?

—Estupendo —dice con una sonrisa en la boca—. Pero ¿qué vamos a hacer aquí?

—Vivir un poco —sentencio.

Abro la puerta de la furgoneta y Zarpas sale lleno de vitalidad y alegría, dispuesto a explorar toda la zona. Veo cómo Zoe agarra su móvil y lo mete en un bolsillo del pantalón antes de bajar del vehículo.

—Ya lo has conseguido. Aquí estamos. Oh, Dios, esto está lleno de bichos.

—Estamos en la naturaleza, relájate. —Abro los brazos y doy una vuelta para mostrarle toda la maravilla de alrededor—. Te prometo que aquí no hay nada que pueda hacerte daño, lo que te hace daño es eso de lo que te rodeas cada día. Un daño sigiloso, del que no te das cuenta hasta que acabas con varias cajas de pastillas encima de la mesa y un teléfono colapsado de mensajes.

—Chica, qué superdramática.

—Acabaste en el hospital y más sola que la una.

—En eso no voy a quitarte la razón. O sea, vale, doy pena.

—Déjate llevar por un día y confía en mí.

Alargo mi mano con la intención de que me dé la suya. Por suerte, ella no pone impedimento y entrelaza sus dedos con los míos para seguirme. Su piel es suave y sus manos son finas y grandes, parecidas a las de una pianista. Me siento bien, como si la conociera de toda la vida, y la guío en el corto paseo que hay hasta la playa.

Cuando bajamos ya no hay surfistas ni ninguna persona caminando por la arena. Es como si el lugar se hubiese vaciado para nosotras y solo la brisa nos acompañara para hacernos olvidar cualquier problema. Zoe se relaja tanto que incluso se agacha para acariciar a Zarpas, cosa que

no había hecho desde que la conozco. Parece que su frialdad se estuviera poco a poco derritiendo con los rayos del sol del cantábrico.

—¿Y tú por qué no tienes pareja? ¿Siempre estás sola dando vueltas en esa furgoneta? —me dice de repente mientras se sienta en la arena.

—Yo... no. Estuve muchos años con una chica, pero descubrí que ella llevaba tiempo engañándome y fue el empujón que me faltaba, después de una muy mala racha, para subirme a Sunset.

—¿Sabes que Sunset es un nombre superpijo? —ríe.

—¿Pijo como tú? Será el destino.

Zoe sigue bromeando sobre el nombre de mi furgoneta mientras cada vez se acerca más a mí. Noto como me mira los labios y se relame de forma muy provocativa. De repente, Zarpas gruñe y se restriega el morro cortando el momento.

—Oh, por Dios, por Dios, tiene algo en la nariz. ¿Qué es eso? Es superasqueroso. Madre mía, no te acerques.

—Tranquila, que solo es una garrapata. Vamos a la furgoneta y se la quito con un poco de vinagre.

La empresaria parece que vaya a desmayarse y su exagerado dramatismo me resulta muy cómico. Cuando curo la pequeña herida que la garrapata ha dejado a Zarpas empiezo a preparar algo para picar. Abro el armario y cojo un bote de aceitunas con pepinillos, lo echo a un cuenco y alcanzo una bolsa de patatas que tengo guardada para emergencias, ya que hace tiempo que ya no como cosas así. Zoe está sentada mirando, como si fuera un cachorrito más al que cuidar. Noto que se ha tomado sus pastillas para la ansiedad, está como ralentizada, en cámara lenta, tranquila y con los párpados a mitad del ojo. Su energía es baja, pero me transmite mucha más paz que cuando la conocí, y no es por la medicación. Sabía que sacarla de su tóxico entorno, aunque fuera por poco tiempo, no le podía sentar mal.

—¿Estás bien? Vamos a picar algo para reponer energía —digo mientras saco la mesa para colocar sobre ella mi almuerzo improvisado.

—Sí, me he asustado con el bicho asqueroso que se le ha puesto encima al pobre chucho, pero estoy bien. Me siento tranquila, estoy en modo *slow motion*, ¿sabes?

—Lo mismo he pensado yo. ¿Ves cómo necesitabas un poco de desconexión del trabajo? Las cosas no son casualidad, Zoe, las cosas pasan por algo. Seguro que tu cabeza ha explotado para que te des cuenta de que necesitabas un descanso.

—El trabajo... dichosos hoteles llenos de inútiles. Ojalá mi vida estuviera llena de *breaks* como estos. Por cierto, tengo que poner el móvil a cargar. ¿Dónde? ¿Eso de ahí es un enchufe? —Señala con cara de asombro a la toma que coloqué en la pared para poder conectar el portátil y yo le contesto haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

Zoe enciende su móvil y empiezan a sonar sin parar silbiditos que avisan de la llegada de mensajes, llamadas perdidas y correos electrónicos. Me mira y su cara se va volviendo blanca por momentos.

La paz se le diluye por el Iphone.

43

Zoe

Pandemia, estado de alarma, confinamiento, mensaje del presidente del gobierno, cierre de toda la actividad no esencial... ¿Pero esto qué es? *Oh my God*, me muero, te lo juro, me muero. He estado tan perdida del mundo desde hace semanas que no he hecho caso a nada de esto. Aurora, mi hermana, me avisó de que podría afectarnos y la ignoré como si fuera una más de sus locuras. Tengo cincuenta y seis llamadas perdidas de mi secretaria y otras tantas de gerentes y números que ni conozco. Mi bandeja de entrada del correo electrónico se ha saturado.

—Keira, tenemos que irnos. Mierda, mierda. O sea, no puede ser. Keira, no puede ser. ¿Qué hacemos? Es decir, ¿qué hago? ¿Sabes lo que ha pasado? Mis hoteles. Aquí pone estado de alarma y confinamiento. ¿Has leído las noticias algún día o estás tan perdida como yo? —Keira me mira intentado descifrar a lo que me refiero, creo que no tiene ni idea de lo que acaba de pasar en el país.

—¿Qué dices?

—Por eso, de repente, éramos las únicas que había en esta playa.

—Explícate, Zoe, tranquila.

—Hace semanas que se hablaba de un virus que empezó en China. Yo no le hice mucho caso. Es decir, estamos lejos, yo qué sé. ¿Quién iba a pensarse esto?

—Sí, lo había oído, pero me desconecté del móvil y de todo y ya no sé...

—Se ha extendido y hoy se ha decretado el estado de alarma en el país. No se puede salir de casa salvo para cosas de primera necesidad. Mis hoteles han tenido que cerrar y yo, que soy la directora, no he hecho nada salvo estar contigo que eres... eres...

—¿Qué?

—Que no te preocupas por nada, que te dedicas a ir dando tumbos con tu furgoneta de *hippie* fracasada y que no tienes oficio ni beneficio. Dios, en la hora en que te hice caso.

—Mira, creo que aquí hay gente. Nos vamos a pasar todo el día así, antes echando a los que estaban en la playa y ahora en los coches. ¿Hola? Les habla la policía. Salgan un momento, por favor. —Las voces provienen de la calle.

Lo que nos faltaba.

44

Keira

—Hola, buenos días —contesto asustada mientras salgo de la furgoneta.

—Les informo de que estamos en estado de alarma desde el día de hoy y no se puede estar por las calles. Déjeme los papeles del vehículo, por favor.

—Sí, claro. —Voy hacia la cabina de la furgoneta y cojo de la guantera toda la documentación—. En realidad, yo vivo aquí —le explico nerviosa.

—Veo que está catalogado como vehículo vivienda, ¿no tiene otra residencia?

—No, esta es mi casa.

—En este caso tiene que quedarse aquí, pero dentro. Solo pueden desplazarse o salir para la adquisición de productos de primera necesidad o para ir a un centro médico.

—De... de acuerdo.

—Tengan cuidado. Por esta zona pasarán compañeros de vez en cuando y si tienen cualquier problema o duda pueden preguntarles. Que tengan buen día.

—Igualmente. —Cojo de nuevo la documentación del vehículo y cierro la puerta. Me encuentro con la mirada llena de ira y miedo de Zoe.

—¿Qué has hecho? —me pregunta.

—¿Cómo?

—Acabas de decir que vives en esta furgoneta y ahora no podemos irnos de aquí. Keira, yo tengo que irme.

—Estás lejos de tu casa y no es seguro que vuelvas ahora mismo. ¿No puedes solucionar las cosas desde aquí? —pregunto temiendo que me devuelva alguna contestación de las suyas.

—Yo me bajo de la vida. Keira, encima me estoy haciendo mis cosas.

—¿Qué cosas?

—Me hago pis. Y... y... me hago lo otro también. Por Dios, me llevo aguantando horas por no decírtelo.

Al oírla así, y como mecanismo de defensa, empiezo a reírme a carcajadas y no puedo parar. En alguna ocasión me ha pasado esto, reír en las situaciones menos indicadas. Una vez, en el funeral de la abuela de Carol, nos dio un ataque a las dos cuando vimos a todos de estricto negro y nosotras con vestidos de colores. Yo le dije al oído que ahora ya no iba a ser la oveja negra de la familia. Ella empezó a ponerse roja como un tomate y al segundo estábamos con dolor de barriga de tanto reír. La cara de la gente era un espanto al vernos, como la de Zoe ahora.

—Ya te expliqué lo del baño seco. Esta dentro de la ducha. Abres la tapa y el pis lo echas por aquí. —Le señalo el agujero del váter por donde va el líquido—. La caca, perdón, la caquita. Bueno, no sé cómo lo dirías tú para ser fina, pero si haces lo otro pues te sientas aquí; hay una bolsa, la llenas de arena y cuando acabes echas más arena encima. Luego la bolsa se tira y el líquido se vacía cuando esté lleno el bidón. —Miro a Zoe buscando su aprobación y tiene los ojos abiertos como platos y la cara como si hubiera visto un fantasma.

—¿Perdona? Será broma.

—No, es así. No es para tanto. Te aseguro que con la arena no huele nada y es muy ecológico. Otra opción es salir al campo, aquí tienes mucho. Supongo que será una de las excepciones por las que se puede salir de la furgoneta.

Zoe se agarra el puente de la nariz y empieza a balbucear en voz baja, seguramente está maldiciendo toda su existencia en este momento.

—Mira, mejor voy a hacer una llamada. Luego resolveré mi conflicto de necesidades primarias.

Zoe está un rato haciendo llamadas, pero nadie contesta. Empieza a gritar en alto hablando sola, quejándose de que debería haber estado atenta al teléfono antes y que es normal que ahora todo el mundo pase de ella.

—Quizá ya está todo solucionado. ¿No tienes alguna persona que se encargue de las cosas si tú faltas? —pregunto.

—¡No! —me grita alterada—. O al menos nadie que lo haga como a mí me gustaría.

—Vale, fiero. Qué genio.

El teléfono se pone a vibrar en su mano.

—Ahora me llama mi hermana, lo que me faltaba —dice mientras se echa las manos a la cabeza.

45

Zoe

Aurora, mi querida hermana, me cuenta que estuvo llamando al hotel para saber cómo afrontaríamos la gestión de la nueva situación. Nadie le dijo nada porque yo les tengo avisados de que a esta persona no se le da ningún tipo de información, pero cuando pasaron varios días y no pudieron contactar conmigo acabaron por preguntarle a ella.

—¿Qué quieres decirme con todo esto, Aurora?

—Que he cogido los mandos de la cadena hotelera porque tú has abandonado tus funciones sin importarte nada. —Escucho como traga y me la imagino bebiendo una copa mientras me habla—. Te llegará una demanda, por cierto, porque la mitad del negocio es mío. Es mi herencia, a ver si te enteras ya.

—Estás loca, no puedes hacer eso. No respetas ni la voluntad de tu madre.

—Tranquila, los hoteles se han cerrado y he mandado abonar a los clientes todo el dinero de las reservas. Me he preocupado de cosas que tú no y tendrás que ir acostumbrándote — termina por decir y cuelga de forma brusca.

La cabeza me da vueltas, como si estuviera en un barco en vez de en una cutre furgoneta parada en mitad de la nada. Cojo las pastillas que me recetaron en el hospital y las miro como si fueran la vía de escape para acabar con la ansiedad que recorre mi cuerpo. Me tomo doble ración.

—¿Zoe, estás bien? Con los gritos que te estaba dando he escuchado toda la conversación. Lo siento mucho, pero esto no merece la pena. Que se quede con todo si quiere, es tu salud, ¿me oyes? Tu salud está por encima de todo. Zoe, ¿me escuchas? No te...

Es lo último que oí antes de quedarme dormida.

Diario de Keira VIII

Carol, me pregunto cómo estás.

Me gustaría llamarte, pero me recomendaron que no lo hiciera.

Parece que el mundo se derrumba y en medio de todo esto yo noto que remonto. Es complicado. ¿Sería más correcto sentirme mal?

Me toca estar bien, así que por una vez voy a pensar en mí.

Sí, Carol, estoy pensando en mí.

Y he conocido a alguien.

Joder, espero que te encuentres bien.

Menudo desastre de diario que estoy haciendo hoy.

~~Te quiero.~~

Adiós.

Keira

Mientras escribo en el diario, Zoe sigue durmiendo. La desperté para comprobar que estaba bien, pero cuando me contestó con dos bufidos y me dijo que la dejara en paz la acomodé lo mejor que pude y la dejé descansar. No le vendrá mal reposar su mente para poder enfrentar lo que viene. A lo mejor puedo llevarla a su casa o acercarla a la estación. Seguro que una excepción a no moverse de aquí es la vuelta al lugar de residencia, pero no les dije nada a los policías sobre eso y tampoco se lo he planteado a ella. Si quiere irse no voy a retenerla, pero no seré yo la que se lo plantee.

Enciendo mi teléfono, que también lo tengo olvidado desde hace días, y mientras leo en las noticias todo lo referente a lo que está ocurriendo en el mundo recibo una llamada. Miro hacia Zoe y salgo fuera un momento para no molestarla.

—Hola, Keira, soy Paula. Llamaba para saber cómo te encuentras ante lo que está pasando y ver si has ido haciendo los deberes que te mandé. Según tengo en la agenda deberías haberme llamado hace dos semanas y no lo has hecho. —Hace una pausa y se crea un silencio que parece eterno—. ¿Cómo estás? —pregunta al fin para obtener respuesta.

Paula es mi psicóloga desde que Carol me dejó. Intenté hacerme la fuerte un tiempo, pero cuando todos los sentimientos me empezaron a sobrepasar entendí que sería mejor buscar ayuda. Fue también la psicóloga de mi padre y conoce todo por lo que pasé.

—Paula, hola. Estoy... bien. Perdona por no llamarte. Al final salí con la furgoneta, persiguiendo mis sueños como me recomendaste, y he estado tan metida en mis cosas que ni me acordé.

—Bueno, suena bien. Lo importante es que esa angustia que tenías vaya saliendo, que saques tus emociones, que no te las guardes. ¿Sigues con el diario?

—Sí. Tal y como me dijiste escribo a Carol en un cuaderno muy a menudo y cuento todo lo que quiero o quise decirla. A veces es duro y, bueno, que me acuerdo de ella.

—Es normal. Con esa actividad no pretendo que la saques de tu cabeza, sino que dejes atrás la rabia que sientes. Que la perdones por ti, no por ella, para poder seguir adelante. Que la perdones simplemente por tu propia salud. —Oigo como pasa hojas y hace una pausa, seguramente para leer alguna de las notas que ha ido escribiendo sobre mí en todo este tiempo—. Siempre has interiorizado demasiado tus sentimientos y me interesa que los dejes salir, aunque sea escribiéndolos. Llegará un momento en que no tengas necesidad de poner nada en ese cuaderno porque tú ya te habrás vaciado.

—Cada vez escribo menos. Noto que va desapareciendo. A veces me da miedo, otras me alegro por ello. Tengo ganas de llamarla, de saber si está bien.

—Keira, ella estará bien. Y si no lo está ya tiene a gente para preocuparse. Es normal que no quieras que le pase nada malo, pero no te veo preparada aún para que puedas tener un contacto sano con ella.

—He conocido a alguien —le confieso en bajito.

—Eso es estupendo. ¿Cómo te hace sentir el conocer a otra persona?

—Solo somos amigas, pero tiene algo que no sé explicarte. Necesito más tiempo para saber cómo acabará esto. —Oigo a Zoe bostezar, se ha despertado y me pongo nerviosa porque no quiero que escuche mi conversación—. Paula, tengo que dejarte, lo siento.

—Tienes que llamarme dentro de un mes, lo apunto en la agenda. Y si tienes alguna duda o te sientes mal llámame antes. Prométeme que lo harás.

—Sí, no te preocupes. —Cuelgo sin decir nada más porque Zoe ya está abriendo la puerta de la furgoneta. El primero en salir es Zarpas que me saluda con su clásico manotazo.

—¿Con quién hablabas? —pregunta Zoe con los ojos aún hinchados.

—Con nadie, solo era un vendedor.

—Ya, claro. ¿Y quién es Carol? Tienes ahí un cuaderno y parece que hablaras con ella. O sea, te escribes cartitas con alguna mujer y yo sin saberlo.

Keira

Zoe, de repente, empieza a hablarme como si fuera mi novia, lo que me causa una mezcla entre sorpresa y risa. Aquí está, la chica de acero que parecía que solo pensaba en su trabajo; la mujer de éxito, ansiedad a raudales y mirada fría a la que le costaba expresar sus sentimientos. Puede que al final hasta le guste y todo.

Lo cierto es que no me escribo con nadie, más bien hablo conmigo misma, pero dirigiéndome a alguien a quien nunca pude decir todo el mal que me hizo sentir. Al visitar a Paula, la psicóloga, me recomendó que cortara el contacto con Carol de forma radical porque pasarme el día con el móvil en la mano pensando durante horas si llamarla o no me creaba malestar. El diario está siendo una liberación. Es una forma de sacar todo lo que me hace daño y, aunque al principio la idea me parecía ridícula, ahora mismo está siendo una terapia sanadora. Cada vez escribo menos y eso, según Paula, es porque la ira está desapareciendo y no gasto tanto espacio de mi mente en alguien que ya no me suma. Hace un tiempo me restaba hasta dejarme en negativo, ahora estoy subiendo y me valgo de mí misma para que el resultado de las cuentas sea a mi favor. Es como fundir un anillo que ya no te sirve hasta convertirlo en un precioso colgante que quieras llevar a diario. Ella es ese anillo que ya me ahogaba el dedo por más que quisiera ponérmelo.

Decidí que quería seguir la terapia con Paula, pero de forma telefónica, ya que mi idea era viajar sin rumbo ni fecha de vuelta. Por suerte, ella no me puso ningún impedimento, aunque esta vez se me pasó por completo la cita y justo me ha pillado con Zoe en la furgoneta y escribiendo en el diario.

—Zoe, Carol no es nada mío, ya no. Es una larga historia.

—Tengo una pandemia entera para escucharte —dice mientras apoya la barbilla en sus manos.

49

Zoe

Escucho la historia de Keira mientras el chucho se pega a mi pierna como si fuera un moco. Él espera que lo acaricie, o algo así, pero a mí me da un poco de repugnancia el pensar que pueda tener más garrapatas.

El discurso de esta mujer me parece fascinante; es decir, estoy siempre tan metida en mi mundo que no me doy cuenta de que hay gente que pasa por situaciones tan duras en la vida. Keira tiene una gran capacidad de resiliencia y no solo ha pasado por momentos horribles en tan poco tiempo, sino que, para colmo, no cesa de intentar ayudarme desde que nos conocimos. Como si ella no tuviera ya bastante con sus problemas. ¿Perder una madre, un padre, un trabajo, una novia y dejar tu casa para vivir en esta lata de cuatro ruedas que se ha hecho ella misma? Esto debe de estar en el *top ten* de las desgracias.

—Esto es muy *heavy*, ¿no? O sea, Keira, mira todo lo que te ha pasado. —Ella sorbe de la taza de café que se preparó mientras me contaba todo eso—. Lo que sigo sin entender es que te vayas con una furgoneta teniendo la casa de tus padres, que según me cuentas debe de estar muy bien.

—Es una tontería seguir pagando los gastos de una casa si yo quiero irme a recorrer el mundo. ¿No crees? —me dice con un bonito brillo en sus ojos—. Además, mi padre tenía razón.

—¿Razón?

—Sí, la nota que enmarqué. —Señala el marco donde está el papel del que ya habíamos hablado con anterioridad—. «No es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita». Lo que pasa es que tú aún no lo sabes.

—Yo tengo muchas cosas porque todo lo necesito. Por cierto, aún siento la necesidad de...

—Te meas.

—Voy a explotar —digo avergonzada, pero o hago algo con esto o volveré al hospital con la vejiga reventada.

—Ya te he dicho cómo hacerlo. —Keira abre la puerta de lo que llama baño y señala el cubo con forma de váter donde pretende que me siente—. Mira, está limpio. Solo tienes que sentarte y caerá por este agujero hacia un depósito que se vacía cuando esté lleno. Y si quieres hacer caca echas arena en esta bolsa y luego la tiramos. Ya te lo he explicado.

—Como si fuera un perro. Por Dios.

—Exacto. Y ahora hazlo, si no quieres que te ponga una correa y te saque a pasear. No es para tanto.

—Es as-que-ro-so. Superindignante.

—Déjate de gilipolleces —dice riéndose—. Me salgo fuera para que puedas.

Keira me deja sola. Miro esa cosa horrorosa y la bolsa con arena de vete tú a saber dónde y me santiguo. Esto es lo más fuerte que he hecho en mi vida.

—Psss, psss —oigo cómo Keira empieza a hacer eso desde fuera. Será perra—. ¡Vamos,

que tú puedes!

Me bajo las bragas, aún llevo ropa deportiva desde esta mañana y me noto sucia, lo que hace que todo me parezca más asqueroso. Al inclinarme un poco para sentarme en este aparato infernal empiezo a darme cuenta de cómo es el sistema. Hay dos agujeros, no tiene pérdida. Acabo usando los dos, porque llevo muy necesitada de vaciar mi cuerpo desde hace horas. Echo un poco de arena, pero no me parece suficiente y empiezo a echar más y más hasta que casi acabo con las existencias. Salgo avergonzada, con la cara que me echa fuego y saco una mano por la ventana para avisar a Keira de que ya he acabado con las abochornantes tareas.

—Ya... —digo cuando vuelve a entrar y me tiro en la cama para que no vea mi cara.

—Muy bien, estoy orgullosa de ti. Te acostumbrarás a la *van life* y no querrás al final ni pisar el baño de tu casa.

—No te pases, perroflauta.

50

Keira

¿Aguantará esta chica conmigo confinada en una furgoneta con vistas a una playa maravillosa? Si una tiene que quedarse encerrada hay pocos lugares mejores que este, espero que sepa ver lo bueno dentro de la horrible situación que se está viviendo ahí fuera. La escenita del baño me ha hecho pensar que todo esto puede sobrepasarla, pero voy a darle un poco más de tiempo y a confiar en su capacidad de adaptación.

—¡Keira! —me grita como si estuviésemos a kilómetros de distancia—. Necesito ducharme y no tengo ropa. Tú me dirás qué hacemos. ¿Pretendes que me pase aquí días o incluso meses con el mismo trapo de deporte puesto?

—Te queda muy bien.

—Te odio. —Resopla y se toca el puente de la nariz.

—Es broma. Yo tengo ropa de sobra para las dos en la furgoneta, recuerda que es mi casa. —Voy hacia uno de los armarios altos y lo abro para que vea que no miento.

—*Oh my God*. Cuando pensaba que no podría ser peor vas tú y me dices que tendré que vestirme con eso.

—Tengo pantalones, sudaderas, jerséis, ropa interior... Por cierto, ¿qué talla de sujetador usas? Ahí no sé si podré ayudarte.

—Más que tú seguro.

—Bueno, aquí dentro tampoco lo necesitas y si quieres hacer deporte y te molestan tienes el que llevas puesto. —Mis ojos se clavan en sus pechos. Intuyo su bonito escote.

—Lavadora supongo que no hay.

—¿Lavadora? —la corto y río porque tiene una cara muy seria, como si se creyera en serio que aquí dentro me cabe un cuarto de lavandería.

—Demonios, déjalo.

Zoe se tumba en la cama haciéndose un ovillo. Pequeña, muy pequeña comparada a lo grande que se la veía con sus trajes de firma y su actitud de mujer con poder de hace tan solo unas semanas.

Le doy su espacio porque entiendo que necesita asumir muchas cosas de la nueva situación e intento evadirme sacando mis pinturas y láminas. Zarpas se sienta a mi lado y empieza a jugar con uno de los pinceles que dejé en el suelo. Zoe se gira y como una niña pequeña se tapa con la manta de mala manera, dejando solo fuera sus penetrantes ojos, grandes y brillantes.

No nos decimos nada. Yo solo pinto. Ella solo me mira.

Somos dos almas llenas de miedos buscando nuestra calma.

51

Zoe

Es una mujer muy bonita, incluso con una camiseta desgastada y llena de pintura. Está sentada en el suelo y traza un boceto con el lápiz sobre su lámina. Hasta el perro parece mirarla con admiración. Como amante del arte que soy veo en ella todas las cualidades que debe tener un buen artista: es obstinada, pasional, creativa, perseverante y con una técnica muy particular. En pocos movimientos es capaz de crear con sus manos y un par de pinceles una obra que yo misma colgaría con orgullo en mi casa.

—¿Me vendes otro? —le digo. Ella gira su cabeza hacia mí con gesto de extrañeza.

—¿Cómo?

—Otra pintura. Es que la que te compré está ahora muy lejos y me gustaría tener una aquí.

—¿En serio? Tengo algunas todavía por aquí que eran para vender.

—No, yo quiero que me hagas un cuadro solo para mí.

Keira duda mientras mira hacia la ventana con gesto serio.

—Bueno, supongo que puedo. Ahora mismo tenemos todo el tiempo del mundo.

Saca una lámina nueva y la tiende en el suelo. Pone un poco de blanco, azul, rojo y amarillo sobre la paleta y se concentra buscando la dimensión perfecta de lo que quiere plasmar. Todo este ritual artístico me parece tan bello que cojo el Iphone sin que se percate, hago varias fotos y empiezo a grabarla mientras pinta. Veinte minutos después sale de su trance y se levanta.

—¿Puedo hacerte una foto para las redes sociales?

—No, no. No me gustan las redes. Me da vergüenza.

—¿Vergüenza? Esto que haces en tan poco tiempo es de un genio. O sea, he visto a gente por las calles que te pintan un paisaje en cinco minutos y es horroroso todo, nada mínimamente bien hecho puede durar solo cinco minutos. —Guiño un ojo—. Luego he visto a grandes artistas que en varias horas te hacen algo digno de ser vendido, pero no tan bueno como lo tuyo. ¿Tú sabes el talento que tienes en esas manos?

Keira me acerca la lámina cogiéndola con cuidado para no dañarla y me la enseña.

—No es para tanto —ríe—. Mira, aún tiene que secar.

Un mar lleno de olas que parecen que fueran a salir de la lámina enmarcan un atardecer precioso de colores fuego que se apagan con el agua y, en primer plano, tres siluetas: dos mujeres y un perro.

—¿Somo nosotros?

—Claro. Tú eres la más guapa y esbelta, yo soy esta y este pequeñín es Zarpas. ¿Qué mejor imagen para que te acuerdes de este sitio?

Sus carnosos labios parecen llamarme mientras hablan y si sigo mis instintos, esos que hacen que me tire a la piscina sin tanto pensar, me lanzaría ahora mismo a besarla. Tiene un poco de color rojo en la mejilla. Rojo: el color del peligro, de parar; también puede ser rojo: el color de lo interesante, del sexo.

—Me encanta —es lo único que logro decir.

—¿Solo te encanta?

—Me superencanta.

52

Zoe

Es la hora de dormir y lo único que hago es mirar esa diminuta cama donde nos tenemos que meter las dos. He tenido que arreglármelas varias veces para ir al baño e incluso me he dado una ducha de dos minutos con las indicaciones de mi amiga la perroflauta. La peor ducha de mi vida. En mi casa tengo varios baños, un *jacuzzi*, una bañera y una ducha doble con hidromasaje, por lo que hacerme a estas diminutas medidas me ha sido muy complicado. Me ha quedado jabón en el pelo y he tenido que lavar a mano mi ropa interior para poder usarla de nuevo mañana. Me niego a que me preste unas bragas. ¡Qué vergüenza! Hago tiempo mirando las redes sociales y le hago una foto a Keira sin que se dé cuenta.

—¿Vas a quedarte ahí sentada toda la noche? —me dice desde la cama dando golpecitos en el colchón con la mano. Zarpas se piensa que lo llama a él y se sube de un salto—. ¡Tú, no! Tú tienes tu cama, bájate. Zoe, te digo a ti, pero solo me hace caso el perro.

—Puedo dormir aquí. Me pongo los cojines de los asientos en el suelo y...

—¿Me estás diciendo que casi te mueres porque el plato de mi ducha es pequeño y quieres dormir en un cojín en el suelo al lado de la cama de mi perro?

—Bueno, o sea, yo qué sé. Yo me muevo mucho y seguro que te molesto en este colchón tan pequeño.

—No es tan pequeño, es casi como una cama de matrimonio normal.

—Normal para ti. Yo en mi casa tengo una de tamaño *King size* y es la que ponemos también en todos los hoteles.

—Eso es porque eres muy arisca, deberías probar lo que es dormir abrazada a alguien, supera a cualquier cama kilométrica del mundo.

Lo que escucho hace que el corazón me dé un vuelco y que mi mente empiece a imaginar lo que sería abrazar la piel de esta mujer. Superestimulante. Aquí estoy, con la vida patas arriba, sin saber qué será de los hoteles y de mi vida. Aislada de todo y metida en un cacharro de cuatro ruedas y mi dilema más grande en este preciso momento es si me meto en la cama con esta mujer o no.

—Vale —contesto al fin—, pero si no puedo dormir me bajaré y me iré a los asientos delanteros o al suelo.

—Tú verás, no sé si Zarpas estará dispuesto a dejarte su cama, a él ya le queda pequeña —dice señalando al perro con gesto divertido. El chucho está acostado en una cama en la que se le salen las patas por uno de los lados y la cabeza le cuelga ligeramente si no se acurruca mucho.

Suspiro con resignación y por dentro me entra mucho calor. Rezo para que no se me ponga la cara colorada y que lo note demasiado. Por si acaso, miro hacia otro lado tapándome con el pelo mientras subo a la cama y Keira me deja un hueco.

Un minúsculo hueco.

Imposible no rozarse. No rozarla.

53

Keira

Apago las luces no sin antes darme cuenta de que Zoe tiene la cara más roja que el carmín que suele utilizar. La mujer de armas tomar y pisada fuerte con tacones que marcan un «aquí estoy yo» ha resultado ser muy pudorosa.

Fuera solo se oye el mar, los grillos y el viento soplando sobre las hojas de las palmeras. Dentro solo se oye a Zarpas cambiar de postura y la respiración agitada de Zoe, que se ha dado la vuelta dándome la espalda.

Hay luna llena y he dejado las claraboyas con el oscurecedor quitado para que entre algo de luz y que mi invitada pueda estar cómoda si necesita levantarse para algo. Observo como cae el pelo por su cuello haciendo un giro justo a la altura del hombro. Estoy tumbada boca arriba, pero no es la postura más cómoda para mí. Necesito girarme. Si me vuelvo hacia el lado contrario a ella tendremos menos espacio, nuestros culos chocarán. Lo mejor sería hacer una cucharita y abrazarla por detrás aprovechando que ella ya ha adoptado una posición fetal estupenda. Me da miedo que pueda sentirse incómoda y por eso me lo pienso tanto. Su mente ahora está ocupada con la contabilidad del hotel, el sueldo de los empleados cuyos contratos deberá suspender temporalmente, la hermana arpía que quiere hacerse con todo lo que ella ha conseguido...

«Para, Keira, no lo jodas todo ahora», repite mi subconsciente una y otra vez, pero es que Zoe huele genial y me gustaría poder hundir mi nariz en su pelo y sentir de nuevo el cosquilleo de barriga que hace tanto tiempo que me arrebataron de golpe. Se me viene Carol a la mente, joder. Maldita Carol.

Zoe mueve su brazo y se retira más el cabello. Ahora puedo ver mejor su nuca y el remolino que tiene justo en el nacimiento del pelo. Oigo cómo suspira.

Me mata.

—¿Estás cómoda? —pregunto.

—Sí, sí —contesta y carraspea—. Bueno, a ver, podría estar mejor —continúa diciendo y gira solo la cabeza hacia mí para mirarme. Veo un brillo en sus ojos, y no es por la luna. Tiene las pupilas algo dilatadas.

¿Su voz sonó cachonda o solo está en mi mente?

—¿Cómo? —Digo como una tonta.

—Perdón, ¿ha sonado mal? Quiero decir que podría estar mejor en mi casa que es más cómoda. —Vuelve de nuevo la cabeza.

54

Zoe

¿Qué hago? Por Dios, estoy perdiendo los papeles. Mi voz a sonado a teléfono erótico. O sea, a lo que es: estoy excitada.

¿Qué le pasa a esta mujer? Estoy deseando que me toque, dejo mi cuello al descubierto y suspiro esperando sus brazos y no sé a qué espera. A lo mejor no sabe que soy lesbiana. Es eso, se piensa que me gustan los típicos hombres de traje con éxito y fama y que no tiene ninguna oportunidad conmigo. Puede también que sea la diferencia de clases, que se note inferior y no quiera dar el paso. Esto de buscar cariño sin dinero de por medio es demasiado complicado. No me extraña que siempre me haya dado tanta pereza.

—No ha sonado mal. De hecho, me encanta esa voz, no la conocía de ti —me dice dejando congelado mi arsenal de pensamientos.

Noto cómo se acerca más a mí y se gira hasta que su pecho queda rozando mi espalda y su brazo se posa muy despacio sobre mi cintura. Me abraza y encajamos a la perfección. Está oliéndome suavemente el pelo y hunde su nariz entre mi nuca. Me acelera la respiración con tan solo este contacto y pierdo el control.

Fuera pensamientos.

Activando la Zoe modo fuego.

Keira

Aunque mi intención era solo hacer la cucharita, por eso de ser precavida y que no piense que la invité a la furgoneta para esto, no puedo negarme a ir más allá si eso es lo que le apetece.

Se da la vuelta y su boca queda pegada a un milímetro de la mía. Se pasa la lengua por los labios y noto su cálido aliento mientras respira agitada. Roza mi nariz con la suya y me da un suave mordisco en el cuello que me provoca un cosquilleo inmediato en mi zona más íntima. Sigo su juego y me incorporo ligeramente para devolverle el mismo gesto en la misma zona, pero sin querer rozo sus labios. Se queda parada y yo también, aunque la pausa solo dura unos segundos porque Zoe empieza a besarme con las ganas de quien lleva tiempo deseándolo. Tiene la palabra «sexo» hasta en sus papilas gustativas. Hunde su lengua en mi boca y me agarra la cara como si fuera a escaparme. De repente, se pone encima de mí y como no controla las medidas del vehículo se da un golpe en la cabeza.

—Auch —grita.

—¿Estás bien?

—Cállate.

Obedezco sin rechistar y Zoe, ya más consciente de cómo debe moverse debido a la altura del techo, me levanta las manos por encima de la cabeza y empieza a besar mis pezones. Me quita la ropa en varios movimientos dignos de la mejor magia y ella hace lo propio con la suya. No sé cómo ha podido ocurrir esto, pero de no querer ni acostarse en la misma cama ha pasado a estar encima de mí en un espacio tan reducido. Veo que le gusta llevar el mando, como con todo en su vida, y le doy el gusto de hacerlo porque no estoy acostumbrada. Baja su mano hasta mi sexo y la pone de forma inteligente encima del clítoris, haciendo la presión exacta para volverme loca y agarrar la sábana con fuerza. Muevo la cadera pidiendo más y me introduce sus dedos en un baile perfecto hasta que estoy a punto de llegar al orgasmo y ella para dejándome con los ojos inyectados en deseo. Coloca su zona más húmeda en contacto con la mía y hace moverse a la furgoneta como si un tsunami nos estuviera azotando por fuera.

—Dios, sí —susurra sin parar de moverse y yo pienso que si es necesario me hago católica para que siga.

Las dos soltamos el último suspiro y Zoe cae rendida en la cama.

Viva el confinamiento en cinco metros cuadrados.

56

Zoe

Keira tiene un cuerpo espectacular, es superbonita. Se queda dormida entre mis brazos y, aunque me resulta raro y en un principio no estoy cómoda, al final me gusta y quiero que se quede ahí más tiempo.

Así que esto es lo que se siente al tener sexo sin pagar cientos de euros. Hace tanto que no lo hacía de esta manera que se me había olvidado.

La fugacidad del día a día y mi exagerado nivel de exigencia me ha impedido siempre conectar con personas de forma más íntima. Debería cambiar eso; o sea, ¿qué narices he estado haciendo con mi vida?

Por un momento me he olvidado de que estoy en una furgoneta. La miro y siento que no quiero perder esta conexión con ella. Si con estas pintas que llevo se ha sentido atraída hacia mí quizá es la mujer de mi vida.

«Zoe, no flipes», me dice el duendecillo interno que me recuerda lo que he sido siempre: una empresaria de éxito a la que solo le importan los beneficios anuales. ¿La mujer de mi vida? No, no, pero si estamos obligadas a estar aquí confinadas hasta vete tú a saber cuándo tendremos que acostarnos para sobrevivir sin tirarnos de los pelos.

Lucho entre mis pensamientos de siempre y los que quieren abrirse paso cambiando mi «yo» más superficial.

Me voy quedando dormida poco a poco y dejo el combate. Me relajo con el ritmo de su respiración. Su pecho pegado al mío. Acompasándonos.

Ha sido...

Ha sido...

Un polvo maravilloso.

Maldita sea: ha sido una pasada.

Keira

Un pájaro me despierta. Sopla un poco de viento y mueve ligeramente la furgoneta. Zoe descansa con su brazo apoyado en mi pecho. Su respiración refleja un sueño profundo y tiene la boca entreabierta. Miro sus labios. Son los más jugosos y suaves que haya probado nunca. Un mechón le tapa la cara y se lo retiro suavemente para verla mejor. No sé si ella ha sentido como yo lo que pasó anoche o si solo tenía ganas de un poco de fiesta.

Ha sido la primera vez...

La primera vez que tengo sexo después de Carol.

Y ha sido increíble.

Diario de Keira IX

Lo de expulsarte de mi cuerpo ha sido como un exorcismo. De esos difíciles de las películas de terror. De los que son un verdadero calvario y no hay ni agua bendita ni rezos en mil idiomas que hagan salir a quien vive dentro de alguien.

Ya solo te veo como un ligero hilo de humo en el horizonte.

Lejos, muy lejos.

Y cuanto más lejos te vas más me acerco yo a mí misma.

Y respiro aire renovado y el mar me limpia del rastro que dejaste en mí.

59

Zoe

—Zoe, ven a ver esto —me grita Keira desde fuera de la furgoneta.

Está paseando al perro y no hay nadie alrededor, estamos en medio de la nada. Yo estoy en la cocina. He aprendido a hacer café en este pequeño espacio y me sale realmente bien. Las condiciones en este cuchitril de cuatro ruedas me parecen menos indigentes que antes. A veces pienso que es ella la que hace que todo lo demás lo vea poco a poco menos malo. Me daría igual estar aquí o en un palacio si Keira estuviera conmigo. Qué locura. No sé qué me está pasando y tampoco hemos hablado del tema desde que tuvimos sexo hace cinco días.

—Ya voy —contesto. Cojo una taza de café y sirvo otra para Keira. La suya tiene un corazón dibujado. ¿Casualidad? No creo.

Salgo a la calle, pero no la encuentro. ¿Dónde se ha metido?

—Estoy aquí, arriba de la furgo. Sube por la escalera.

—Demonios, Keira. ¿Quieres matarme? *Not funny*.

—Si subes aquí dejarás de quejarte —me dice riéndose y con la guitarra en la mano.

Dejo las tazas en el suelo y subo a duras penas por la escalera trasera de la furgoneta. Tengo vértigo, me tiemblan las piernas, pero Keira me da la mano y me ayuda a sentarme arriba, en una pequeña plataforma de madera que puso en su día entre la placa solar y la claraboya.

—Como nos caigamos me vas a recoger de... —Miro al frente y me callo de golpe al ver los colores del cielo desde esta altura. *Oh my God*.

—¿Te gusta? Esto es lo que se ve cuando levantamos la mirada del teléfono móvil.

No puedo ni contestar. Los naranjas se mezclan con los rojos y los rojos con los rosas. Las gaviotas sobrevuelan la paleta de colores. Es como las pinturas de Keira, una explosión de tonalidades que atraviesan mi retina. Sería digno de cualquier museo del mundo, solo que ahora la galería de arte es mi mente y ahí guardaré este paisaje para siempre. El sol va bajando poco a poco, se lo come el azul del mar. Su redondez toma forma de bombilla y la luz se va fundiendo mientras dispara rayos de un amarillo intenso que atraviesan las nubes.

Las olas ronronean y Keira toca una canción muy suave a la guitarra mientras mis sentidos tienen un orgasmo entre lo que oigo y lo que veo.

Tendría que haberme subido el Iphone para immortalizarlo. Miro a Keira y una punzada que grita «sexo» me recorre las piernas.

60

Keira

Miro a Zoe mientras rasgo las cuerdas de mi vieja guitarra. Me encuentro con sus ojos: brillantes, felinos.

Joder, es preciosa.

Le haría el amor ahora mismo.

61

Keira

—¿Te apetece sacar a Zarpas y así das un paseo? —le digo—. Estoy acabando esta pintura y no me gustaría perder el hilo. Luego deberíamos ir a llenar las aguas limpias, vaciar las sucias y echar gasolina porque con la calefacción se ha gastado mucho combustible. Además, también habría que comprar comida.

Llevamos aquí ya tres semanas. Las tareas de primera necesidad y el perro son los únicos motivos por el que se nos permite salir. Zarpas está mucho más grande, pero aún conserva sus movimientos de cachorro y se le está poniendo cuerpo de adolescente peludo. Zoe es más cercana con él, aunque sigue rechazando demasiado contacto. Conmigo sí que cada día está más desinhibida. Estoy conociendo a la persona que es de verdad, sin todas las capas de parafernalia superficial que rodeaban su vida anterior.

—¿Me lo dices en serio? —pregunta mientras mira algo en su móvil—. Bueno, ese cuadro va a merecer mucho la pena. Tus trazos son algo de otro planeta. No entiendo cómo no has expuesto ya en alguna galería importante. Yo te pondría en el Moma.

—Qué exagerada, pero gracias. Es solo un entretenimiento. —Alzo la cabeza y me encuentro el *flash* de su móvil haciéndome una foto.

—Preciosa —dice mientras lo guarda—. Venga, voy a sacar yo al chucho este. ¿Cómo se hace? O sea, lo coges en brazos para algo o él va solo a todo.

—¡Zoe! ¿De qué planeta has salido tú? No es el caniche de Paris Hilton —me río—. No podrías cogerlo, pesa mucho y él necesita andar. Ponle la correa y vete a dar un paseo. Llévate una bolsita para la caca porque tienes que tirarla a la basura, aunque estemos en plena naturaleza.

—Mejor te digo dónde la ha hecho y luego, cuando lo saques tú, la coges. ¿Te parece? —Me besa para convencerme. Zoe se ha vuelto una persona cariñosa y la pandemia le ha quitado, aunque sea obligatoriamente, mucho lastre de su trabajo. Cuanto más ligera, más veo cómo es ella en realidad.

—Bueno... —me resigno.

Le pongo el collar y rezo porque los dos vuelvan sanos y salvos. Zoe me besa de nuevo con dulzura antes de irse y el perro me mira. Le leo el pensamiento: «mamá, no me dejes con esta»

Zarpas no para de oler todo lo que encuentra. ¿Esto será normal? O sea, se ha parado en veinte árboles, cincuenta ramas secas y una decena de matorrales feos. Me va tirando de la correa tanto que no sé quién saca a quién en este paseo. Como llevo el Iphone en la otra mano la tarea de subir fotos a Instagram se me está haciendo complicada, pero prefiero que Keira no me vea. Sé que no le gustaría. El perfil que le he abierto cada vez tiene más seguidores. No paran de llegar comentarios desde todas las partes del mundo alabando sus pinturas y, algunos, queriendo ligar con ella por lo guapa que es. A estos les doy puerta.

Yo solo quiero que se fijen en su arte tanto como yo lo hago. Estoy segura de que podría ganarse la vida con esto.

—¡Zarpas! Venga, nos vamos a casa.

¿A casa? Me sorprende yo misma de llamar a eso «hogar», pero ahora mismo lo veo como el sitio en el que hay alguien que me espera con una sonrisa en la boca. Es acogedor.

Maldita sea, este perro no anda, solo huele. ¿Dónde se le da para que ande?

Keira

—Zoe, ayúdame. Tienes que poner la manguera en esa fuente y abrirla. Coge este adaptador para poder engancharla. Yo la voy a conectar al depósito de agua.

—Voy a intentarlo, pero no prometo nada.

—Date prisa, que no quiero tardar mucho en regresar porque los guardias me han repetido que solo puedo hacer las cosas necesarias y volver. Últimamente no paran de dar vueltas por donde estamos aparcadas —digo mientras me dirijo al bidón de agua para meter la manguera—. ¡Abre ya el grifo!

—¡Que no puedo! —oigo gritar a Zoe.

—¿Cómo que no puedes? Solo es engancharla en la fuente.

—¡Que el pitorro no cabe ahí! —Su voz cada vez se oye más nerviosa y me hace gracia su torpeza.

Me acerco para ver qué problema tiene y la encuentro con el borde de la manguera en una mano. Intenta meterla en el grifo de la fuente sin poner el adaptador.

—Te he dicho que pongas esto, sino no entra.

—Vaya —contesta y hace una mueca frunciendo los labios.

—¿Qué es esa cara? Venga, demuestra que estoy haciendo de ti toda una mujer de la *van life*.

—Yo soy una chica fina y estás convirtiéndome en Mowgli.

Le quito la manguera de las manos, pongo el adaptador y la conecto. Abro el grifo y voy al otro extremo, pero la saco del bidón de la furgoneta para enchufar directamente a Zoe que corre, grita y salta como una loca mientras la empapo de agua de arriba a abajo.

—Ahora te ves con más pintas de Mowgli —digo mientras me da la risa floja.

Zoe se abalanza sobre mí y me arrebató la manguera. Me moja y disfruta como si fuera una niña pequeña. Yo dejo que lo haga, me gusta verla así.

—¿No te han dicho que no hay que malgastar el agua? —Chasquea los dedos, mueve el cuello y cierra el grifo de la fuente. Me agarra del brazo y acerca su cuerpo mojado al mío.

Me besa, pero no es un beso sexual, es un beso cálido, lento, de los que se detienen en cada comisura de los labios. De los que te rozan ligeramente con la lengua y te agarran de la cara con las dos manos. Un beso de esos en los que pierdes la noción del tiempo y te flaquean las piernas. Las gotas de agua de su pelo se mezclan con la humedad de mi camiseta y es entonces cuando me da la mano y sugiere que le acompañe dentro de la furgoneta. La sigo, porque nadie en su sano juicio diría que no en este momento. Cerramos la puerta. Zarpas se va a su cama y nosotras a la nuestra. «La nuestra»

Nos quitamos la ropa mojada, Zoe se sienta a mi lado y me recorre el cuerpo con el dorso de su mano. La siento presente, con todos sus sentidos puestos en mí. El suave roce de sus dedos me hace suspirar y retuerzo mis piernas cuando una punzada de electricidad las recorre. Zoe se

recuesta y nos quedamos una frente a la otra, mirándonos fijamente a los ojos. Tiene las pupilas tan brillantes que puedo ver mi reflejo en ellas. Me coge de la barbilla y vuelve a besarme. Yo mezclo los dedos de mi mano entre su pelo y la acerco aún más a mí. Estoy a punto de llegar al orgasmo tan solo con lo que me hacen sentir sus besos. ¿Es eso posible?

A Zoe le gusta llevar el control y la otra vez que nos acostamos pude notar sus ganas de dominar. Ahora es más dulce. Es un baile de dos. Cuando su mano llega a mi sexo me noto tan mojada que siento incluso vergüenza, pero ella coge la mía y la pone en su entrepierna para que compruebe que esto es mutuo. Las chispas saltan y no tardo en llegar al paso final de la coreografía. Zoe tarda un poco más y al final me abraza.

No sé si lo que estoy sintiendo en la clavícula son las gotas de agua de su cuerpo o lágrimas derramándose de sus ojos.

Ha sido la primera vez...

La primera vez que hago el amor después de Carol.

Y ha sido increíble.

Diario de Keira X

Ya eres menos que un ligero hilo de humo en el horizonte.

Eres... una partícula de polvo en suspensión. Algo prácticamente imperceptible.

Carol, existía el amor después de ti. Sí que existía.

Inspiro aire limpio y al espirar sale otro poco de ti de mi cuerpo.

Ya casi no queda nada.

Casi.

65

Zoe

Ha sido...

Ha sido...

Maravilloso.

Diferente a todo.

Maldita sea: ha sido amor.

Keira

Oigo la voz de Zoe y me despierto con la sensación de haber dormido mucho. Sus brazos me dan tanta paz por la noche que duermo profundamente. Anoche hicimos el amor. Esto ya es más que sexo, aquí hay sentimientos que empiezan a florecer.

La luz se cuela por la puerta entreabierta de la furgoneta y huele a café recién hecho. Me froto los ojos para poder enfocar y veo a Zoe hablando por teléfono en los asientos delanteros. Me mira al percatarse de que estoy bajando de la cama y al fijarme en ella me doy cuenta de que algo no va bien por su cara de preocupación. Su conversación se vuelve acalorada y esto solo puede ser por cosas de su trabajo. Entiendo que no es fácil esta situación cuando tienes un negocio cuyo futuro está en el aire.

—¿Va todo bien? —le pregunto cuando cuelga.

—No. Era mi abogada. Lleva días llamándome, como todo el mundo, pero yo no... es que no puedo más. Bueno, más bien es que no quiero. Ya no quiero volver a sentir ansiedad.

—¿Qué te ha dicho? —Me siento a su lado en el asiento del copiloto.

—El abogado de mi hermana se ha puesto en contacto con ella. Sigue adelante con el tema de la herencia, quiere la mitad de mi empresa porque considera que se la desheredó de forma ilegal. —Se agarra al volante como si fuera a conducir, pero solo es para apretarlo con fuerza por los nervios que tiene. Yo le toco una mano en señal de que puede contar conmigo—. El caso es que parece que tiene razón y yo he intentado evitarla lo máximo posible para ver si se le pasaba. Ella siempre ha sido muy inestable y un día tiene una idea y al siguiente puede pensar todo lo contrario. —Se le salta una lágrima.

—Zoe, quizá esto es una señal.

—¿Una señal? ¿Para qué? ¿Para arruinarme?

—No —contesto mirando fijamente a sus ojos llenos de ira—. Una señal para dejar lo que tanto mal está haciendo a tu salud mental. Sí, te aporta mucho dinero, pero te quita vida y te impide disfrutar. Hay muchos trabajos y maneras de ganarse la vida. ¿Hace cuanto que no sales con amigos?

—¿Amigos? Mira, puedes ahorrarte tu filosofía de: «no es más rico el que más tiene...»

—Si tú estuvieras bien con tu vida no te diría nada, pero estabas llena de cosas materiales y vacía por dentro. Ahora pareces otra y te veo feliz incluso viviendo esta mierda de situación mundial en la que estamos.

—Porque ahora mismo vivimos tú y yo en una burbuja. Estamos confinadas y seguras en una furgoneta en medio de la naturaleza y al lado del mar.

—Viviría en esta burbuja, aunque no nos obligaran.

—No es tan fácil esto. O sea, no es tan fácil deshacerse de las cosas de un plumazo. ¿No me entiendes?

—No sabes cuánto te entiendo, Zoe.

La dejo sola y voy a servir dos tazas de café. Porque sé que cuando la vida se viene abajo se necesita tiempo y reflexión para saber qué camino elegir. Cada uno tiene su recorrido para hacerlo, su propia ruta.

Quince minutos después se sienta a mi lado y coge su taza.

—Zoe, sal fuera y grita —le propongo.

—¿Qué?

—Venga, grita fuerte. Libérate. Todo lo que puedas.

—¿Y qué digo?

—Que todo es una mierda, que estás harta o que le den a tu hermana. Lo que quieras. Suelta la ira.

Pensé que no lo haría, pero después de quedarse pensando unos segundos sale a la calle y saca desde su estómago hasta su boca el grito más fuerte que he oído desde que nos conocemos.

—¡A la mierda con todo! —Su voz hace eco hasta en el horizonte.

—Impresionada —le digo mientras aplaudo.

Zoe sonríe y respira. Lo de gritar al aire alivia, nunca falla.

Mis empleados están con sus contratos de trabajo temporalmente suspendidos mientras dure esta situación y los hoteles completamente cerrados y sin ningún tipo de ingresos. Mi hermana ha sabido aprovechar bien el momento. Si yo tengo una baja médica por ansiedad, y justo desaparezco cuando todo se desmorona y vivo ajena a una pandemia como si estuviera en otra galaxia, ella se pone al frente en plan salvadora y decide meterse en líos legales por la herencia en mis momentos más bajos.

Mi secretaria no debería haber dejado que ella tomara el mando de nada. Por el amor de Dios, la inepta de mi hermana al frente de algo puede suponer la ruina. Si el trabajo me tensa hasta el límite no quiero ni imaginar lo que supondría tener que estar mano a mano con ella tomando decisiones. Quizá lo mejor es dejar que se quede la mitad y yo vender mi parte para quitarme toda esta carga de encima.

«No es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita», vuelvo a leer en la nota enmarcada de la pared. Al final la perroflauta me va a convencer. No, Zoe, para. Que una cosa es una cosa y otra es tirar los bolsos de Prada a la basura porque no necesite tener treinta y cuatro modelos distintos. Aunque resulta contradictorio que me angustie cuando no uso las mejores marcas y lleve semanas viviendo con el conjunto de deporte con el que salí de casa y las prendas de rollo *hippie style* que usa Keira. Ahora llevo un pantalón ancho de tela fina, muy de cerveza al atardecer tirada en un parque, y una camiseta medio rota. O sea, estoy hecha un asco y no es que me importe demasiado.

¿Estoy cambiando?

¿Me está cambiando vivir así?

No me he ido porque no he querido. Sé que para volver a mi casa yo sí hubiera podido desplazarme. Sé que Keira también era consciente de esto. No soy tonta. Ninguna de las dos ha querido plantear esta posibilidad y hemos creado una falsa obligatoriedad de estar juntas solo porque, en realidad, ni queríamos separarnos ni reconocerlo.

Salgo y hago una foto a la furgoneta con las nubes de formas pomposas de fondo. La puerta del vehículo está abierta y se ven las pinturas y pinceles que se ha dejado Keira, que está a un lado con su esterilla haciendo yoga en una postura de las imposibles. Imposible y sexi.

La subo a las redes.

#artemirespordondemires

Zoe

Keira se ha ido hace un rato a comprar agua y me he quedado con el perro. Tengo que reconocer que Zarpas es un animal muy dulce. Da igual que yo no le de nada, él está dispuesto a darme todo. Se tumba al lado y apoya la cabeza en mi pierna. Parece que supiera que ese gesto suyo empieza a gustarme.

Me tranquiliza.

Como Keira. Estar con ella me da paz.

Estar con mis bolsos de Prada también. O eso creía.

Keira

La llegada del calor hace que hagamos más vida fuera de la furgoneta. Las medidas ya no son tan estrictas y podemos pasear juntas durante ciertas horas del día. Zoe tiene sus momentos de realidad en los que la cabeza le viaja a sus problemas y tiene otros, como ahora, en los que rebosa sonrisa y me besa por cada rincón que cruzamos.

Nunca hablamos de nosotras.

Nunca hablamos de lo que sentimos. O si sentimos.

—Al final va a gustarte esta vida. En unos días te veo vaciando a ti solita las aguas grises de la furgoneta —le digo para picarla mientras paseamos con Zarpas por la playa.

—No te pases, que tengo una reputación que mantener.

—¿No te gustaría viajar conmigo durante mucho tiempo?

Zoe para en seco, Zarpas también para en seco y a mí se me seca la boca, tanto por lo que he dicho como por esperar la respuesta que me va a dar.

¿Qué clase de pregunta es esa? O sea, vale, reconozco que nunca hablamos de nosotras, si es que existe un «nosotras», pero yo tengo demasiados sentimientos encontrados ahora mismo como para saber qué es lo que quiero hacer con mi vida y con ella. Bueno, la pregunta que me ha hecho es simplemente: «¿No te gustaría viajar conmigo durante mucho tiempo?» Si la cojo al pie de la letra no veo cual es el problema de viajar de forma infinita. Además, no me ha dicho que tenga que ser en la furgoneta, podría perfectamente ser en *first class* de cualquier avión.

Dios, en el fondo creo que con esta mujer me iría a cualquier sitio, como sea. ¿Qué me pasa con ella?

—¿Viajar contigo? Por supuesto. Si pudiera viajaría siempre —le suelto esta frase tan ambigua y fría y me quedo tan ancha.

Podría haberle dicho que estoy sintiendo tanto por ella que no me imagino cuando tenga que volver a mi casa y todo esto se esfume. Que tengo miedo porque nunca alguien se ha metido tanto en mi corazón como ella lo está haciendo. Que si hubiera mil confinamientos más los querría pasar a su lado.

Que no es que quiera viajar con ella durante mucho tiempo, es que me gustaría no separarme nunca.

Madre mía, estoy supersensible. Supertonta.

¿Superenamorada?

—Mira, Zoe, otro atardecer precioso —Keira señala al cielo y desvía el tema. Casi mejor.

—Superbonito.

Keira

El cielo naranja, las nubes en ráfagas difuminando los colores entre el azul, el amarillo e incluso el rosa. Una paleta entera de tonalidades, a la que hago un escáner con los ojos para después plasmarlo en una de mis láminas, y al lado una chica que me provoca una fiesta de sentimientos en el interior.

Somos tan diferentes.

Somos tan iguales.

Mi pregunta llevaba implícita un «quédate conmigo», pero ella se lo ha tomado en un plan más superficial.

Me siento muy viva. Quiero más.

Volvemos a la furgoneta, nos damos una ducha y hacemos el amor.

«El amor»

Joder, Zoe, quiero más.

—Sabes que la mitad de todo eso me pertenece a mí y por mucho que quieras no hay razones de peso para quedarme sin herencia —me grita mi hermana por teléfono.

Son las nueve de la mañana y creo que es la primera vez que esta chica madruga tanto en su vida.

—¿Qué vas a hacer tú con un negocio si nunca has tenido un mínimo de responsabilidad por nada? ¿Quieres arruinarlo?

—Lo estás arruinando tú solita desapareciendo y dejando a todos con el culo al aire.

—Se ha ido gestionando todo como he podido, pasé una etapa difícil. No creo que seas la adecuada para decirme cómo gestionar algo cuando tú llevaste un solo hotel que mamá dejó a tu cargo y casi lo convertiste en un burdel de carretera. ¿No te acuerdas? —La vena del cuello me bombea sangre demasiado deprisa y me aprieto el puente de la nariz para aliviar la presión de mi cabeza.

—Esto es un ultimátum, Zoe. O me das la parte que me corresponde del negocio y arreglamos todo esto o vamos a los juzgados y te hago la vida imposible.

—La vida me la harás imposible de cualquiera de las dos maneras —grito indignada y cuelgo con rabia, como si quisiera traspasar con el dedo la pantalla de mi teléfono.

—¿Estás bien? —me pregunta Keira porque me han debido de escuchar hasta en el otro mundo.

Me acerco a ella y la abrazo, sin decir nada más. Su calor me calma. Keira es una diosa del yoga, la paz interior y el control de la ira.

—No te vayas nunca.

Ay, Dios. ¿Cómo le he dicho eso? O sea, he sonado superpatética.

¿Estoy en decadencia convirtiéndome en la reina de las ñoñas?

Ñoña y perroflauta porque llevo unas pintas continuamente que no sé cómo a esta mujer puedo atraerla. Por favor, que no lo haya oído.

—No me voy a ir, Zoe. Nos vamos a ir. He leído en un diario digital que mañana se acaba el confinamiento como tal.

—¿Mañana?

—¿No quieres?

—No quiero que esto acabe. —De nuevo una frase de mujer patética—. Me refiero a estar en esta burbuja con ruedas a tu lado. —Esto ha sonado aún peor—. O sea, quiero decir que ha estado muy bien vivir así durante unas semanas, fuera de todo el jaleo que es mi vida.

—Tenías que parar y el mundo te hizo parar a la fuerza. —Se acerca y me besa, lento, suave.

Maravilloso.

—¿Y si acepto que Aurora sea la heredera de la mitad del negocio y vendo mi parte a un

tercero? O sea, Keira. Dios, qué locura, estaba pensando algo que no sé si tiene sentido. ¿Y si me deshago de todo? Puedo vivir con lo que tengo y ya veré qué hago más adelante —divago mientras ella me mira alucinada—.

—¿Vivir con menos?

—Eso no lo sé, tendría que comprobarlo —contesto pensando en mis bolsos de Prada, en mi *jacuzzi* y en tener todo a mi alcance con solo sacar la Visa—, pero podría vivir con menos peso a mis espaldas.

Keira

Zoe no me deja de sorprender. Joder, me está diciendo que dejaría todo y hace un momento me ha soltado que no quiere separarse de mí. Como me diga que quiere seguir viajando en furgoneta, ser nómadas y ganarnos la vida en ruta voy a pensar que a esta chica me la cambiaron por el camino y no me he dado cuenta. Me está sonriendo y yo seguro que tengo cara de tonta. Es otra persona. Es como una cebolla que se quedó sin capas. Es ella, una mujer mucho más sencilla de lo que ha querido siempre aparentar. Y de tanto intentar ser una muñeca de porcelana llena de éxito y billetes se ha acabado rompiendo y ha descubierto que por dentro estaba vacía. Un vacío que parece ir llenando de cosas sencillas, de anécdotas, de atardeceres bonitos y de aprender a dar amor. Al menos, eso es lo que yo pienso de ella, porque desde que la conocí sentí algo especial.

Necesito más.

Necesito todo.

—Lo que más deseo ahora mismo es estar junto a ti. Zoe, quiero estar contigo. No me refiero solo a viajar, es que me gustas y esto no puede acabar. Yo tampoco quiero que te vayas nunca —le digo y me siento como si saltara al vacío.

Y así, en un momento de espontaneidad, me sale la frase que tanto miedo tenía de decir y que lleva pegada a la punta de mi lengua desde hace días.

Miedo porque Carol casi ha desaparecido.

Miedo porque quiero estar con Zoe, pero eso significaría que en el «casi ha desaparecido» tendría que borrarse la palabra «casi».

—Vente unos días a mi casa, así puedo ver cómo ir solucionándolo todo y podemos estar juntas. Solo si te apetece, claro —me dice sabiendo de sobra mi respuesta.

Sus pupilas brillan y me miran a los ojos y a la boca. A la boca y a los ojos.

A los ojos y a la boca. A la boca y a los ojos.

Es como un péndulo hipnótico.

—Me parece justo —contesto totalmente hechizada.

Un último recorrido: a los ojos y a la boca.

A la boca.

A la boca.

Y ahí se queda, eligiendo mis labios como la mejor opción entre las dos y besándome con ganas. Con todo.

Zarpas nos interrumpe y salta como si nos entendiera. La idea le gusta.

—Zarpas, tú también puedes venir —le dice Zoe mientras acaricia su morro con un dedo.

Joder, sí que ha cambiado.

Keira

Amanece con olor a mar, a café recién hecho y a... ¿tostadas?

Abro los ojos y activo los sentidos que me faltan para despertarme del todo. Zoe lleva días preparando ella el desayuno. Parece que le ha cogido el gusto a la cocina de la furgoneta, la que al principio odiaba por su tamaño y las comodidades extremas a las que está acostumbrada. He creado un monstruo de la *van life*.

—Amor, ¿quieres la tostada con aguacate?

—¿Me has llamado amor? —Mi sonrisa se dibuja enorme, el vello se me eriza sobre la piel y noto un ligero cosquilleo por encima del ombligo.

—Ay, bueno, no sé. Me salió solo. Yo... Madre mía. O sea, ¿me he pasado?

Su cara se pone roja como los tomates que está partiendo. A veces, rebosa ternura y parece indefensa fuera de lo que hasta ahora ha sido su zona segura: negocios, lujos y caminar por la vida en sus tacones. Aunque puede que cada vez note su paz más cerca de este lado que del suyo.

—Amor es perfecto, era para picarte —contesto y la beso con dulzura.

—Eres lo peor.

—¿Lo superpeor?

Zoe se pone a reír. A mí me gusta picarla y ella nunca se lo toma a mal. Me da una taza de café y sirve las tostadas sobre la mesa que ha puesto en el exterior de la furgoneta.

—Nuestro último desayuno en este sitio. En el fondo, muy en el fondo, lo voy a echar de menos —confiesa.

—No te hagas la dura, sé que no quieres irte de aquí.

—Bueno, no te pases. También me apetece no tener que hacer mis necesidades en un cubo con arena y poder darme duchas largas sin pensar en que se va a acabar el depósito de los infiernos. Una ducha larga... sería maravilloso. —Pone los ojos en blanco.

—Todo tiene su lado bueno y su lado malo.

—Y su lado de mierda —dice riéndose—. No cambies nunca, Keira, y que nadie te diga que tu modo de vida no es superguay. A mí no me hagas caso, que soy tonta, ya sabes, una pija como tú dices.

No esperaba estas palabras de su parte. Cada día parece que hay un chip de su cabecita que cambia. Y ver su «otro yo» se ha convertido en mi descubrimiento favorito.

Desayunamos como si nos conociéramos de toda la vida. La conversación fluye y los silencios también. Estoy muy a gusto con ella y siento que es algo recíproco. Podría enamorarme de esta mujer. Podría dejar que se zambullera de golpe en mi corazón y sacara la poca agua estancada que aún queda en algún rinconcito remoto. Como cuando te tiras a bomba en la piscina y vacías una parte de esta.

Doy el último sorbo al café y, de repente, escucho unos pasos. Las dos nos giramos porque aquí siempre hemos estado prácticamente solas desde que empezó el confinamiento. El sol me

deslumbra, pero la silueta que veo a lo lejos me resulta conocida.

Demasiado conocida.

Joder.

—¿Keira? —pregunta la voz de una mujer a la que no esperaba ver nunca más.

—¿Carol?

—Hola —saluda a las dos levantando la mano cuando su cuerpo deja de ser una mancha borrosa a lo lejos para convertirse en una presencia real. Parece una metáfora de mi recuerdo de ella, pero al revés.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Me altero tanto que tiro la taza al suelo. Zoe sigue sentada y no entiende nada. Tiene su cara de «o sea, ¿esto qué es?»

—Bueno, encontrarte es fácil cuando no paras de subir fotos a Instagram con tus trabajos, la furgoneta y tu ubicación.

—¿Qué dices?

Miro a Zoe que tiene cara de culpabilidad.

—Pues eso, tenía ganas de verte. —Se acerca más e intenta tocarme un brazo. Yo me quito como si su contacto fuera a darme una corriente eléctrica de las mortales—. Quiero hablar contigo, te echo de menos y tú no me ibas a permitir que quedásemos sin más. —La escucho en *shock*—. Estaba deseando poder salir para venir. No quería que te fueras de aquí y me he dado prisa para encontrarte —dice mientras yo vuelvo a mirar a Zoe que sigue con un trozo de tostada en la boca—. Dios, Keira, te has hecho muy importante en las redes sociales y tienes millones de seguidores. ¡Con lo que tú odiabas eso!

—Madre mía, por favor. ¡Qué barbaridad! —oigo decir a Zoe por lo bajo mientras se echa las manos a la cabeza.

¿Esta es su ex? ¿La tal Carol? Me la imaginaba de otra manera con todo lo que he leído de ella en el diario de Keira. Me siento mal, pero he aprovechado sus ausencias para cogerlo a escondidas y he visto algunas cosas de las que ha escrito. Solo pinceladas, pero me chocaba que escribiera como si ella fuera a escucharla.

Madre mía... madre mía... me va a matar cuando sepa que la he convertido en toda una *influencer* sin su permiso. Bueno, a ver, en realidad debería de darme las gracias por hacer que conozcan su trabajo. Desde hace unos días me he fijado en que su cuenta va subiendo de seguidores a pasos agigantados. Sus fotos tienen cientos de comentarios y todo el mundo quiere una pintura de la marca «Keira».

¿Y si quiere volver con ella? No, no, ahora no. ¡Qué barbaridad! Por favor, Keira, échala de aquí. Tú y yo... o sea, estamos juntas, o algo así, y ahora esta mujer pues no. No pinta aquí nada.

Se me está atragantando el desayuno mientras pienso demasiado y observo la camisa blanca de raso con los botones desabrochados hasta el escote y los pantalones color caqui de nuestra indeseada visitante. Echo de menos mi ropa.

—Zoe, voy dentro de la furgoneta a hablar con ella. Tú y yo tenemos luego una conversación para que me expliques qué es eso de las redes sociales y las fotos porque me parece increíble.

—Increíble es que después de todo vayas a hablar con esta —contesto dejando de un golpe la taza sobre la mesa. Después me giro y me dirijo hacia la playa con la compañía del perro. El único que decide seguirme.

Keira

Le muestro el camino para subir a mi furgoneta, mi Sunset, la que tanto me ha costado preparar para irme de viaje, el sueño que Carol siempre me dijo que sería una locura porque para ella todo lo que yo quería hacer era un despropósito.

Los pensamientos me van a cinco mil por hora. Me gustaría gritar que se fuera de aquí, que llevo tiempo tratándome para poder sacarla de mi cuerpo y que no tiene derecho a volver como si nada porque me haya visto tener éxito en una red social. ¿Dónde estaba cuando la vida se desmoronaba bajo mis pies? Estaba follando a otra a mis espaldas, estaba mintiéndome y no evité hacerme más daño del que yo ya tenía dentro. Su empatía siempre fue nula.

Sonríe al ver cómo está construida toda la furgoneta por dentro. Su sonrisa. Esa sonrisa que me volvía loca.

—¿Todo esto lo has hecho tu? Vaya, está realmente bien —dice y me roza la mano al pasar para acercarse a la cocina.

Su roce, su piel.

Joder, Carol, vete.

—Sí. Siempre viste como un imposible todo lo que me apetecía hacer, pero ya ves que «ese rollo de la furgoneta» se ha hecho real. —Mientras hablo veo desde la ventana cómo Zoe se aleja hacia la playa con Zarpas y siento un pinchazo en las costillas y el aleteo rápido del corazón queriendo escapar del cuerpo.

—¿Estás con ella?

—¿Acaso te importa? Dime, Carolina, ¿para qué has venido?

—Pues... pues... —titubea. Carolina Moreno por primera vez titubeando—. Lo primero que quería saber es si estabas bien con todo esto de la pandemia. Te busqué por las redes y descubrí tu perfil. Respiré sabiendo que no te había pasado nada. —Se gira hacia mí y me coge de la mano. Mi mano y la suya juntas y yo deseando llamar a la psicóloga—. Cada día esperaba que subieras una foto. Te echo de menos, Keira.

—No me toques. —Me quito con rabia—. Me engañaste, me pisoteaste y me ha costado un mundo irte olvidando. Y ahora que solo eras una pequeña partícula de polvo en suspensión apareces. Vete a la mierda. —Se me empieza a nublar la vista porque los ojos se vuelven acuosos y no quiero ni pestañear para no derramar ninguna lágrima delante de esta mujer.

—Lo siento. Lo siento mucho. Debí hacer las cosas mejor. No sé... no sé cómo arreglar todo esto.

—Esto no se arregla. Esto está roto e iba dirección al desguace. ¿Qué pretendes hacer? ¿Y Olivia?

—Piensa que me he ido de viaje de negocios justo hoy que ya podemos movernos.

—Oh, por Dios. ¡Sigues con ella! ¿Pretendes también engañarla para continuar con tu cementerio de damnificadas?

—No es eso, pero es una persona muy celosa y no quiero crear una situación tensa.

—Carolina evitando contar las cosas, mejor hacer daño ocultando la verdad. No es una novedad.

—Keira, la verdad es que no me olvido de ti. Si pudiera volver al pasado no sería tan egoísta contigo y te apoyaría más en todo lo que estabas viviendo, pero ya no puedo. Quería comprobar si solo estabas en mi cabeza por todo el remordimiento que tengo o si también seguías en mi corazón y...

—No te pega nada ponerte en este plan. Eres la fría y dura Carol —le interrumpo el discurso. Me indigno por sus palabras e intento crearme una coraza fuerte, de muchas capas gordas, de abrigo sobre abrigo.

—Lo que quiero decirte es que, aunque ya no seamos nada y tú estés con esa chica y yo con Olivia, te miro y despejo todas mis dudas de que te sigo queriendo.

—Creo que es tarde. Además, eso de querer a dos chicas a la vez deberías de tratártelo.

Mientras digo estas palabras me veo reflejada en lo de «querer a dos chicas a la vez». A Carol ya la estaba sacando de lo más hondo de mi cuerpo mientras dejaba espacio para que Zoe entrara, pero durante un tiempo estaban las dos luchando en mi cabeza sin ellas saberlo. Un combate en el que Zoe iba ganando asalto tras asalto. La chica con la que estaba viviendo atardeceres mágicos y un «no cambies nunca, Keira, y que nadie te diga que tu modo de vida no es superguay» contra la chica del «ese rollo de la furgoneta». Zoe es muy distinta a mí, demasiado pija para mi modo de vida, pero me está sorprendiendo porque en su interior lleva una mujer a la que mi libertad le hace bien y a mí su compañía me hace mejor. Carol también es distinta a mí, pero nunca en años hizo por animarme; sin embargo, yo estaba enamorada de ella hasta el infinito y seguramente aún seguiría igual si ese día no la hubiera descubierto con su amante de pelo rubio.

—Perdóname. —Vuelve a cogerme de la mano y no me da tiempo a quitarme porque su imán de polo negativo ya se ha pegado al mío de polo positivo y despegarla es complicado

«Que la perdones por ti, no por ella, para poder seguir adelante. Que la perdones simplemente por tu propia salud». Es lo que Paula, mi psicóloga, me repite cada vez que hablamos. Perdonarla solo por mí, como un acto de propio egoísmo necesario. Es lo que se me viene a la mente ahora mismo.

—Ya estaba en proceso de perdonarte, pero ya que estás aquí te lo digo: te perdono. Ahora ya puedes seguir adelante y yo también. Ya puedes irte, ¿no?

«No tengas contacto visual con ella, no tengas contacto visual con ella», repito en mi mente. Carol se acerca y tira de mi mano, que sigue agarrada con la suya. Me abraza y nuestras fuerzas electrostáticas de signos opuestos se atraen cada vez más de forma inevitable. Maldita ley de cargas. Siento que vuelvo sobre mis pasos y que la pequeña partícula de polvo en suspensión cada vez se hace más grande. Joder. Se separa un segundo y me mira. Joder, contacto visual. Y entonces recuerdo nuestros buenos momentos, esos que estaban tapados sobre montones de basura de reproches, falta de empatía, negatividad y Olivia. Y al soplar todo ese polvo aparecen los primeros besos y los largos paseos con miradas bonitas, donde no había nadie más en nuestra mente. Joder, no lo hagas. Dos segundos más y se relame los labios, me mira y junta su frente con la mía.

Me besa.

La beso.

Y retrocedo doce años y veintisiete terapias con la psicóloga.

Joder.

Me paro delante de la ventana de la furgoneta para ver si se ha ido la intrusa. Espero que Keira ya le haya dicho cuatro cosas y que podamos irnos. Zarpas se para a mi lado y se sienta.

Miro.

Se me cae el Iphone de las manos.

Se están besando.

Hace un rato me besaba a mí y ahora tiene los labios puestos en esta mujer.

Soy tonta. Tonta por creer que podríamos estar juntas. Tonta por pensar que esto era amor y estúpida por hacer ese dichoso perfil de Instagram.

Es mejor pagar por el cariño, eso no duele.

Maldita sea.

Ato a Zarpas en la puerta del vehículo para que no me siga y compruebo con el móvil si un Uber puede venirme a buscar para llevarme a mi casa de Santander.

—Zarpas, me voy. Te voy a echar de menos. ¿Quién iba a decirnos que nos llevaríamos tan bien? —digo al perro que me mira con ojos tristes. Acerco la cara a la suya y me da un zarpazo con la pata derecha que me cruza la cara—. Eso a tu madre, guapo, que es una auténtica sinvergüenza.

Por el camino dudo si volver y pedir explicaciones por lo que acabo de ver. Mis pocas pertenencias se han quedado en la furgoneta, pero en casa me esperan muchísimas más, así que tampoco me preocupa. Tengo lo más importante: el teléfono móvil y mi dignidad. Llego al punto en donde el coche vendrá a buscarme con todas las comodidades del mundo a golpe de tarjeta de crédito y retrocedo tres meses y ocho días atrás, justo antes de quedarnos viviendo en nuestra fabulosa burbuja de cuatro ruedas llamada Sunset. Llena de ansiedad, dolores de cabeza y vacía de amor.

Keira

—Carol, yo no...

—¿No lo has sentido? Aún me invaden cientos de hormigas en la tripa cuando te beso — dice cerrando los ojos y pegando su frente con la mía—. Vuelve conmigo, no tienes que vivir aquí, podemos estar en la que era nuestra casa. Hablaré con Olivia.

—Yo quiero vivir aquí. Aún no te has enterado. Quiero viajar, descubrir, llenarme de experiencias buenas y vaciarme de todo lo malo.

—¿Entre eso malo estaba yo?

—Entre eso malo sigues estando tú.

—¿Y entre las experiencias buenas cuentas a esa chica que estaba contigo?

Joder, Zoe. Hace un momento he cruzado la mirada con ella y me ha dado la impresión de que me estaba viendo. Me da un pinchazo en el pecho pensando en la posibilidad de que hubiera estado observando por la ventana más tiempo del que debiera y que se haya pensado que Carol y yo... Porque Carol y yo no...

¿O sí?

No sé.

Demasiadas dudas y poco tiempo para aclararme. Salgo de la furgoneta con la corazonada de que algo malo ha pasado y me encuentro con Zarpas atado al manillar de la puerta. Él y yo nos entendemos a base de gestos y manotazos y la expresión de su cara me dice que Zoe ya no está cerca. Entro a la zona de la cabina con él y enciendo el motor. Arranco de golpe y oigo a Carol quejarse. Sigue de pie y no se esperaba que esto se pusiera en marcha de repente.

—¡Keira, para! ¿Qué haces? —pregunta como si no supiera lo que me pasa, porque ella nunca se imagina lo que puede pasarme.

—Ven y siéntate. Tengo que encontrar a Zoe. Mierda, vienes y entras aquí a revolverme la vida de nuevo y a fastidiar todo lo que me rodea. ¿Qué te pasa?

—Tenía que verte una vez más. O te veía y me daba cuenta si lo que sentía era de verdad o estaba engañándome a mí misma y a Olivia.

—Estaría bien, al menos así te engañas a ti y no a mí por una vez en tu puta vida.

—Yo no quería...

—Joder, Carol, que estoy en terapia psicológica. —Me detengo en un lado del camino y apago el motor—. Que mientras mi padre moría y me echaban del trabajo por descuidar mis obligaciones tú te follabas a esa rubia e ibas a cafeterías y os hacíais carantoñas junto al ventanal. Carol, ¡junto al ventanal! Te importaba una mierda quién os pudiera ver. Eres lo peor que ha pasado por mi vida y lo único que quiero es expulsarte de mi interior. Que me echen agua bendita y me hagan un exorcismo. Sudarte como a una gripe que te deja echa polvo y que desaparezcas. Y tú vas y me besas. ¡Me besas! —He elevado tanto la voz que mis últimas palabras suenan afónicas.

Carolina me mira fijamente, sin parpadear y con la boca entreabierta. Su tez se vuelve pálida y los ojos se le ponen acuosos. A punto de llorar, de desmoronarse ante mí. De repente, empieza a sollozar, se echa las manos a la cara como si no quisiera que viera cómo sus sentimientos le afloran por los lagrimales de esos ojos marrones y se hace una especie de bicho bola en el asiento. Lloro cada vez con más intensidad. No puedo verla así. Desde que la conozco, nunca he podido soportar ver cómo llora, porque solo con notar su mirada vidriosa mis ojos también se empañan. Mi conexión emocional con ella era muy profunda. Claro, que me di cuenta de que la suya conmigo no era igual. Intento abrazarla, pero la que ahora es mi ex novia no sale de su posición y respira cada vez más rápido. Por un lado, me siento mal por haber sido yo la que le ha provocado esto, pero, por el otro, siento que tengo derecho a desahogarme. Ella no puede presentarse aquí sin esperar una mala reacción de mi parte.

—Per-don —vuelve a disculparse con la voz entrecortada, y ya no llevo la cuenta de las veces que lo ha hecho desde que está aquí.

—No quiero verte así. No puedo verte así.

Su vulnerabilidad me vuelve a remontar a épocas buenas. Esas en las que no pesaban más los reproches y en las que yo siempre la cuidaba si se sentía mal. Como ahora, que deseo que esté bien porque en el fondo, en un huequito dentro de mí de donde aún no he podido sacarla, la quiero.

Entiendo que Zoe se haya alejado si nos ha visto besándonos, porque es exactamente lo que yo hice cuando vi cómo me engañaban. La diferencia es que nosotras solo estábamos construyendo los cimientos de algo bonito y Carol y yo ya teníamos los cimientos y la casa entera, de esas de las que yo pensaba que ni un vendaval podría llevarse. Vaya si se la llevó. Creía que era de ladrillos y solo tenía paja. Como el cuento de los tres cerditos, aunque aquí la cerda fue ella.

El amor y el odio, el quiero y no quiero.

El sí, pero no.

El no, pero sí.

Todo me lo está provocando ella. Y de fondo pienso en Zoe, en la increíble niña pija del «o sea» que estoy conociendo. En la chica que oculta un lado *hippie*, aunque se niegue a reconocerlo y yo me lo pase en grande haciéndola rabiar con cosas que para nada entran en su forma de vivir.

—Necesito que me abracés, no me encuentro bien —dice Carol con los ojos rojos y los labios secos.

Se está marchitando en este asiento y yo no quiero. Joder, siempre me han dicho que soy demasiado buena con la gente, que doy todo de mí y que acaban robándome la energía, incluso mi psicóloga me lo comentó y, aunque se lo negué en su día, ahora mismo no podría hacer otra cosa que darle la razón.

Abrazo a Carolina, cobijo sus lágrimas en mi camiseta y le acaricio el pelo hasta notar que su respiración imita el compás de la mía. A mí tantos sentimientos encontrados y todo este drama en pocos minutos me vacía de energía positiva, como un aspirador que se lleva todo por delante.

—Siento haberme puesto así. Solo quiero que tú también me entiendas a mí. ¿Quieres un poco de agua? —le pregunto sin sentido, de forma instintiva, porque es lo que se pregunta siempre que ves a alguien llorar.

—Sí, gracias —contesta con un hilito de voz y yo me inclino para darle una botella de agua que tengo al lado del asiento—. ¿Puedes llevarme a casa? Tengo el coche averiado y vine en autobús.

—¿A la casa donde vivías conmigo? ¿A la casa donde ahora está Olivia?

No quiero pasar por este trago.

—Oli no está. Se ha ido a ver a sus padres y se quedará unos días con ellos —contesta.

No, no quiero pasar por este trago, pero lo hago porque a veces soy gilipollas y es inútil luchar contra mí misma.

Cojo el móvil, llamo a Zoe y tiene el teléfono apagado. La situación debe de ser bastante grave como para que ella apague su Iphone. Arranco la furgoneta y conduzco rumbo a Gijón. Un giro total teniendo en cuenta que está en la dirección contraria a Santander, donde pretendía ir para buscar a Zoe. Tengo la sensación de que no paro de dar vueltas en mi vida y que cuando llego a un punto siempre pasa algo y tengo que volver al anterior. Me encuentro y me pierdo y luego al revés.

En el camino atardece. Un atardecer feo, sin ningún tipo de gracia. De esos en los que el sol queda tapado por las nubes y pasa de ser de día a ser de noche en dos minutos, sin colores, sin matices, del blanco al negro.

Keira

La que era nuestra casa, aunque en realidad siempre estuvo solo a su nombre, no se parece en nada a lo que habíamos construido juntas. Ni la decoración, ni muchos de los muebles, ni nuestros recuerdos, hasta ha cambiado los electrodomésticos de la cocina. ¡Los electrodomésticos que compramos nuevos para la cocina! Parece que ha pasado un ciclón arrasando con nuestros doce años de vida en común. Ahora hay muchas plantas y pocas cosas, cuando a Carolina nunca le gustaron las plantas porque decía que era una pérdida de tiempo y de espacio. Las paredes están recargadas de fotos de ellas dos: Carol y Oli en París, Carol y Oli en Londres, Carol y Oli abrazadas en un primer plano en blanco y negro, Oli tirando un beso hacia un lado y, en la foto siguiente, Carol tirando otro beso al lado contrario. Dios, esto es como un museo de los horrores para mí. Si pensaba que lo había superado, mis ganas de vomitar me hacen dudar sobre mi proceso de sanación.

En estos momentos tendría que salir de esta casa, meditar un poco e intentar evadirme de mis pensamientos negativos. Esto es la teoría, en la práctica me encuentro mirándolo todo con cara de gilipollas y suelto la correa de Zarpas que está deseoso por explorar este nuevo territorio. Por un segundo deseo que para defenderme se haga pis en alguna esquina y plante el pino en la alfombra. Me río sola mientras Carol prepara la cena. Curioso, esta mañana me preparó el desayuno Zoe y por la noche es Carol la que me ofrece comida. Joder.

—¿Me has traído a una exposición de fotografía artística dedicado a la pareja ideal? —pregunto cuando entra al salón con una bandeja con varias cosas para picotear.

—Vaya... No, es que a Olivia le gusta mucho la fotografía y se empeñó en poner todo eso. Ya le dije que era demasiado.

—A mí me da igual, es solo que parece que fuera a salir de esos marcos en cualquier momento para decirme que esto no está bien y que no le hagas lo mismo que a mí.

—Keira. —Cada vez que escucho mi nombre de su boca se me remueve algo y los huecos que he ido vaciando de ella vuelven a poblarse de un poco de «a lo mejor ahora podría funcionar» y de gotas de «y si...». Deja la bandeja sobre la mesa, suspira y añade—: Acabo de mandar un mensaje a Olivia diciéndole que cuando venga hablamos en persona, pero que no quiero seguir con ella. Se acabó.

—Genial, porque hace un rato me has besado y los cuernos le han asomado un poquito por su cabeza. —Continúo haciéndome la dura, pero por dentro siguen rompiéndose las capas que pensé que habían crecido firmes durante todo este tiempo para no volver a caer, pero son tan débiles que con un simple soplo de Carolina se desploman.

—¿Cenamos? —corta la conversación de golpe porque no le interesa.

Me siento en el sofá, sigue siendo el mismo porque lo habíamos comprado tan solo unos meses antes de que me fuera de esta casa. Nos encantaba. Me resulta raro imaginarla con otra aquí, bajo el agradable calor de una manta y viendo series hasta quedarse dormida. Como antes.

Me pregunto si el colchón también seguirá siendo el mismo porque ese sí que tenía años y horas de sexo. Sería asqueroso.

—Como algo rápido y me voy.

—¿A dónde vas? —pregunta mientras se sirve un poco de ensalada y una tosta de atún de las que hay en la bandeja que trajo.

—A mi casa. A la furgoneta. Además, no he subido la cama de Zarpas ni su comida y tendrá hambre.

—Tengo cosas de Bruno, el pastor alemán de Olivia. Se lo ha llevado también a casa de sus padres. Hay pienso y mantas para él.

—¿Bruno? Vaya, tú nunca has querido tener un animal en casa. —Mi cara de asombro debe de ser un poema ante la noticia.

—Bueno, pero Oli tenía perro antes de conocerme a mí y ya le he cogido cariño.

—Oli esto, Oli lo otro... Joder, Carolina, no te reconozco. ¿Seguro que eres tú? No reconozco ni la casa. Antes estaba llena de cosas y ahora solo tienes fotos y macetas.

—Es que...

—No me lo digas. A Oli le gusta.

—Sí. Aunque me he dado cuenta de que es muy cómodo, menos cosas que limpiar. Además, me he fijado en el cuadro que hay colgado en la pared de tu furgoneta y es verdad. No es más rico el que más tiene.

—Sino el que menos necesita —termino la frase—. El problema es que tú siempre lo has necesitado todo. Todo de mí, todo de los demás, todo de todo y nada te valía porque eres puro egoísmo. Necesitabas follarte a otra mientras estabas conmigo y luego me quieres a mí mientras estás con la otra, porque lo quieres todo y el «todo» es peligroso.

—¿Y si te dijera que he cambiado?

—No me valen las palabras.

—¿Me dejarías demostrártelo con hechos?

—No. —El «no» dicho con la boca más pequeña del mundo, un «no» que quería decir «no sé», «puede», «desármame por completo y haz que tire a la basura mis horas de terapia y de desintoxicación de ti». Una mierda de «no».

Ella sigue comiendo y no contesta. Mejor. Sabe que saldría perdiendo. Coge el mando de la televisión y explora entre las distintas plataformas de pago que tiene, o teníamos. Me echo a la boca un trozo de manzana y cuando vuelvo la vista a la pantalla me encuentro con el capítulo siete de la tercera temporada de la serie *This is us*: nuestra serie. Casi me ahogo con la fruta.

Pasamos un tiempo algo distanciadas por la enfermedad de mi padre y nunca veíamos las series a las que nos habíamos enganchado si no estábamos juntas. El motivo es que por separado no es igual y está prohibido y esto es así como norma fundamental de toda pareja; pero, como coincidíamos poco, al final pactamos que podíamos ponernos cosas a solas porque empezaba a no tener sentido estar pagando los servicios de estas plataformas y no usarlas. Yo me vi varias series sin ella. Todo menos *This is us*, esta era sagrada por ser nuestra favorita y no me sentía bien si pulsaba el *play* de un nuevo capítulo sin Carol. Le quitaba toda la gracia y, aunque pensé que ella sí que la vería, en mí había algo que decía: «Todas menos esta». Nunca se lo comenté para no parecer ridícula.

—¿Sabes que nunca puse el siguiente capítulo porque no podía si tú no estabas? —me dice y yo me muero por dentro.

—¿En serio? Yo tampoco. —Se me saltan veinte capas más de coraza y el exorcista que llevo dentro deja de echarme agua bendita para sacarme a Carolina de las entrañas.

—Se quedó en el último que vimos juntas. Yo me vi muchas series. Todas menos esta. Supongo que tú ya la has terminado.

—Todas menos esta —repito conectando con su mirada mientras me sonrío. Joder. No me sonrías.

Carolina se levanta y abre un cajón de donde saca tres mantas de color rojo. Una la pone en el suelo y Zarpas no tarda ni un segundo en comprender que es para él, se tumba y se hace un precioso ovillo enorme escondiendo su hocico entre los pliegues de la mullida tela que le han ofrecido.

—Esta es para ti. Ya sabes que es una casa un poco fría, así que no vendrá mal —dice mientras me invita con la mano a ponerme más cómoda y ella se recuesta al otro lado del sofá.

Hay un piquito de la manta que está retorcida y se incorpora para estirarla. También pone perfectamente rectas sus zapatillas de estar por casa. No me sorprende, conozco sus manías. Sus puñeteras manías a las que me acostumbré.

Pulsa el botón de *play*: *This is us*, capítulo siete de la tercera temporada.

Suena a casa.

Estoy perdida.

Keira

Noto una uña clavándose en mi mejilla y abro los ojos. Es la pata de Zarpas que con la suavidad que siempre le ha caracterizado me cruza la cara en señal de que es la hora de sus necesidades básicas. Por unos pocos segundos no sé dónde estoy, la furgoneta no es tan grande. Mis sentidos se acaban de despertar por completo y reacciono. Vale, estoy en la casa de Carol y ayer nos quedamos dormidas viendo la serie en bucle. Me levanto y veo una nota en la mesita que tengo al lado:

No quise despertarte. He bajado a comprar nuestro desayuno.

«Nuestro desayuno» me sonaría bien en el pasado, ahora me desconcierta. Cuando estábamos en el mejor momento de la relación nos encantaban los sábados por nuestro ritual de la mañana. La primera que se levantaba tenía que bajar a la pastelería de Begoña, una mujer que lleva toda la vida con su pequeño negocio justo en nuestra misma calle. Los sábados hacía un bizcocho de plátano y chocolate negro con leche de almendra que se convirtió en nuestro imprescindible del fin de semana. Lo comprábamos reciente y la que aún estaba durmiendo se despertaba con tan solo oler ese manjar entrando por la puerta. Era algo «nuestro», pero es que ahora mismo no tengo claro que lo «nuestro» sea lo que más me convenga. Maldita sea, esta chica aún no ha captado que yo quiero sacarla de mí y no que busque rendijas por donde entrar. O al menos es lo que quería o... yo qué sé.

La puerta se abre y Carol entra con el bizcocho inundándolo todo de recuerdos del pasado, pero solo de los bonitos, se quita los zapatos y los pone milimétricamente colocados en la entrada. Sirve dos cafés y lo coloca todo en una bandeja como si esta casa fuera un restaurante de los más caros y ningún detalle pudiera pasarse por alto. Sus manías.

—Hola, Carol, qué buena pinta tiene eso. Desayuno y me voy.

—No tienes prisa, ¿verdad? Quédate un rato más, quiero enseñarte algo —contesta haciéndome un gesto cariñoso con la mano en mi barbilla.

Cojo un pedazo de bizcocho y me lo meto en la boca. Dios.

Huele a casa.

Estoy perdida.

Diario de Keira XI

Carol, ya casi te había sacado de mi mente y... joder, ¿qué estás haciendo? Estaba empezando a descubrir que el amor existía sin ti y de un plumazo me lo has arrebatado todo otra vez para encandilarme con el olor a pastel recién hecho y pasearte por los huecos de las grietas que intentaba cerrar.

¿Cómo olvidar a alguien con la que has estado doce años de tu vida si se presenta para recordarte lo bueno y pedirte perdón hasta el infinito?

¿El perdón lo arregla todo o solo es un parche mal puesto?

Me engañaste, Carol, a traición y cuando más te necesitaba y mi castillo de naipes se cayó y me quemé las manos que ponía en el fuego por ti.

Que sepas que cuando he sacado al perro he intentado llamar a Zoe de nuevo, pero no da señales de vida y yo lo único que puedo hacer es respetar su decisión. Eso sí, necesitaba saber que estaba bien y la he buscado por Instagram. Maldita red social... Tiene una foto reciente en la recepción de uno de los hoteles.

Está preciosa, aunque vuelve a lucir un apretado moño y su ropa de fría ejecutiva. Ella, por mucho que me lo niegue, es más feliz con una camiseta cualquiera y los pies descalzos sobre la tierra.

Al menos sé que está bien.

Keira

Yo le dije a Zoe: «Quiero estar contigo». No mentí. De verdad que no mentí. Pero es que nunca imaginé que pudiera pasar esto, porque a Carol la intenté olvidar como la peor de las mujeres que habían pasado por mi vida y ahora ha vuelto como si fuera otra persona. ¿Ha tenido que pasar una pandemia para que se diera cuenta de lo hija de puta que había sido?

Bajo a dar una vuelta a Zarpas y compruebo que la furgoneta está bien. En cuanto la veo se me remueve por dentro el gusanillo de la aventura, de levantarme cada día con unas vistas diferentes o de salir a hacer yoga al aire libre después de tomarme un café sentada en la puerta con mi perro al lado. Sunset necesita un buen lavado y debería comprobar la presión de los neumáticos. Lo haré en cuanto me vaya. Carol se resiste a que siga mi camino y yo tampoco me pongo firme.

—Keira, sube a casa. Ya he encontrado lo que quería enseñarte —dice Carol desde la ventana.

Regreso y me encuentro una caja muy grande de cartón repleta de recuerdos y otras cosas: fotos, adornos comprados en alguno de nuestros viajes, entradas de conciertos, una libreta repleta de pensamientos escritos, un par de camisetas que tiré aposta al suelo cuando me fui, porque me las había regalado tres días antes de pillarla con Olivia, y otras pertenencias mías como ropa, discos y libros que no me había llevado con las prisas. Hay un popurrí que me remueve por dentro el vértigo que ya tengo.

—La mayoría de las cosas puedes tirarlas a la basura. ¿Lo guardabas para dármelo? —pregunto mientras revuelvo en la caja intentando no tener contacto visual con ella.

—No, lo guardaba solo porque soy incapaz de deshacerme de ello. Bueno, no quiero tirarlo. Son trocitos de nosotras, de nuestra vida. No sé cómo pude hacerte aquello.

—Porque no me querías. Es algo en lo que he pensado mucho. He pensado y me han ayudado a pensar. Es porque ya no me querías de la misma forma y en cuanto pasamos un bache tomaste la salida rápida.

Carol tiene el móvil al lado y no para de sonarle. Le quita el volumen y le da la vuelta.

—Es Olivia. Desde que le he dicho que se acabó no para de mandarme mensajes. Es muy celosa y piensa que estoy con otra mujer.

—Y no se equivoca. Además, me besaste. Nos besamos.

—Y por lo que veo no significó nada para ti —contesta y me roza la mano.

Si ella supiera que sentí cómo nuestras fuerzas de polos opuestos se unían y se pegaban cada vez más con ese beso. Si ella supiera que retrocedí doce años y veintisiete terapias con la psicóloga con tan solo notar su boca contra la mía. Si ella supiera que estoy en ese fino límite entre el «no, pero sí». Si ella supiera..., pero no dejo que lo sepa porque es la única barrera que puedo seguir sosteniendo.

—No significó nada —miento. Sin contacto visual.

—Qué pena. —Se acerca cada vez más. De rozarme la mano pasa a rozarme la pierna.

—Sí, qué pena —contesto como un loro y sigo mirando hacia la puñetera caja, porque la caja no tiene ojos y ella sí, dos ojos muy bonitos, aunque traicioneros.

—La pena es no poder volver a repetirlo, porque si no te gustó no estaría bien que te volviera a besar, a agarrar por la cintura y a notar cómo se agita tu respiración. —Coge mi barbilla y suavemente hace que suba la cara. Contacto visual.

—Claro. No podrías.

¿Claro? Qué mierda de respuesta es esa. Joder, Keira, patética. Me tiemblan las piernas, menos mal que estoy sentada en el suelo. El contacto visual dura más de un segundo, dos, tres, cuatro, cinco... demasiado. Se me nubla la vista cuando su distancia es tan corta que ya no puedo enfocarla y agarra mi labio con los suyos hasta que abro la boca más y su lengua entra como si estuviera en su casa, como antes.

Estoy perdida.

Contesto con rabia, con fuego, con ira. Agarro su pelo e intento apartarla. Se separa y espera, supongo que está dudando de si quiero o no.

No quiero.

Joder, sí quiero. Qué más da.

Mi yo racional se va a la mierda y aprieto su cuerpo contra el mío tumbándola sobre la alfombra. Mis señales son suficientes para que reaccione tocándome el culo como si fuera su bien máspreciado. Agarro su cara y le muerdo la barbilla, el cuello y el lóbulo de la oreja. Gime y eso me excita tanto que sin entretenerme más paso a meter la mano por dentro de su pantalón. Arquea la espalda y su humedad es la prueba de que su polo negativo y mi positivo se atraen demasiado.

—Espera —me susurra. Y se levanta invitándome a que me tumbe en su cama.

Se quita la ropa y yo hago lo mismo. La diferencia es que ella la deja perfectamente colocada en la silla de al lado y yo la tiro al suelo porque no es tiempo de hacer un Marie Kondo. Se tumba a mi lado y así, cara a cara, recorre con su dedo índice mi cuerpo, desde la frente hasta los muslos. Sabe lo que me gusta, después de doce años tiene una carrera y cuatro másteres en conocimiento de Keira. Joder, no hagas lo que me gusta porque entonces me va a costar aún más sacarte de mi mente, si es que ya no estás otra vez totalmente dentro. Me acaricia con mucha suavidad, como si su mano fuera un pincel y yo un lienzo de acuarela. Me besa sin pausa, despacio, sabiendo lo que hace, y cuando su mano lleva ya unos segundos parada en mi zona más húmeda yo suspiro porque el calor que me produce es casi insoportable. De repente, parece notar que si sigue así esto va a durar poco y cambia de posición. Se pone encima y el peso de su cuerpo me gusta. Su pubis y el mío tan pegados nos produce a ambas ganas de más y en un arranque de «venga, joder» cojo su mano y la bajo hasta donde a mí me interesa. No quiero que esto sea romántico. Intento que no lo sea. Que se quede en sexo y punto.

Sexo. Y punto.

Por fin se da cuenta de lo que necesito e introduce sus dedos en mi interior provocándome un terremoto de placer que estalla en forma de un grito que no puedo controlar. Respiro unos segundos para recuperarme y la aparto para ser yo la que me ponga encima. Me deslizo hasta su zona más íntima, agarro sus piernas y mi lengua hace el resto cuando se encuentra con su clítoris. Noto cómo tensa el cuerpo cuando ya no puede más y acaba con un suspiro y sus manos intentando coger mi cara para que suba hasta su boca. Joder, esto no debería de haber pasado. Me besa... y me gusta.

—Te quiero —me dice Carol. Y retumban sus palabras en mi pecho como si hubiera

lanzado una granada.

—Voy a ducharme y me voy —digo mientras me levanto de la cama y me pongo la camiseta que estaba por el suelo, como quien echa un polvo frío con alguien a quien ni conoce ni le importa. La diferencia es que yo sí que la conozco y sí que me importa, pero sé que esto no va a acabar bien—. Carol, esto no va a funcionar.

—¿Ahora? No puedes irte ahora.

Un portazo suena en la casa. Me quedo paralizada delante del baño que hay en el mismo dormitorio.

—¿Quién ha entrado? —pregunto en voz baja.

—Creo que es Olivia.

—¿Cómo? ¿No estaba con sus padres? ¡Joder, Carol!

El sonido de sus pasos se acerca cada vez más a la habitación y tengo la sensación de que voy a presenciar algo que no me apetece ni lo más mínimo.

—¿Qué hace ella aquí? —La voz de Olivia suena a película de terror. Lleva a su perro aún atado con la correa, le suelta y este se va a olisquear a Zarpas que está tumbado en su manta.

—Ha venido solo a coger sus cosas —miente la que era su novia y la mía.

Carol ya me había contado que Olivia era muy celosa, así que el numerito que está por venir va a ser digno de película.

—¿Te acabas de liar con esta?

—No te equivoques, yo soy a la que dejó por ti y estáis muy bien juntas. Además, como te ha dicho ella yo ya me iba —digo con rabia.

—No soy gilipollas, hay unas bragas en mi cama.

Recojo lo más deprisa que puedo mis cosas y Zarpas y yo nos vamos. Por el portal oigo los gritos y reproches de Olivia. Los oigo yo y los debe de oír todo el vecindario. Subo a la furgoneta y me siento para asimilar esto. Mi pequeño peludo se sienta al lado y apoya la cabeza en mi pierna. Después de unas cuantas caricias se va directo a su sitio de siempre, como si lo hubiera echado de menos estos días. Necesito irme de aquí y poner en orden mis pensamientos, pero antes tengo que colocar las cosas de la furgoneta. Me fui demasiado deprisa la última vez y no coloqué bien ni los platos ni los cubiertos, tampoco cerré con el seguro un armario de arriba y hay algo de ropa que se ha caído durante el trayecto. Desde aquí continúo escuchando la fuerte discusión que tienen en el piso. Como sigan así acabarán llamando a la policía. ¿Carolina no había dejado a Olivia ya? No sé de qué se sorprende tanto entonces. Se nota que no la conoce bien porque si no fuera yo se hubiera encontrado a otra en la casa, esta mujer no sabe estar sola. De repente, llaman a golpes a la puerta de la furgoneta.

—Abre, por favor. —Es la voz de Carol.

La dejo pasar y no doy crédito a toda esta escenita.

—¿Qué quieres? ¿No has tenido suficiente?

—Le he dicho otra vez que lo dejamos, que no quiero estar con ella más y que se acabó. Además, le he pedido que se vaya porque ahora mismo no podemos hablar como personas normales. Vámonos, ya volveré cuando ella no esté.

—Menudos gritos que da tu novia.

—Que ya no es mi novia. Es muy celosa y he tenido muchos problemas con ella por ese motivo. Aunque tú no hubieras aparecido yo ya estaba pensando en dejarla —dice con la voz rota—. Seguro que ha adelantado su vuelta sin decirme nada para ver si me pillaba con alguien. ¡Es de locos!

—De locos es lo que tú haces —contesto enfadada y arranco el motor para evitar que la

supuesta psicópata baje y la saque por los pelos de la furgoneta. Algo que empiezo a pensar que debería de hacer yo.

83

Zoe

La casa ahora me parece gigante. Madre mía, hasta el baño es descomunal.

No sé por dónde empezar. De repente, después de una pandemia viviendo con tan poco y a la vez con tanto, esto se me queda muy grande. Me agobia.

Tengo de todo y de nada.

Hay que cambiar muchas cosas.

Voy a cambiar muchas cosas.

Lista de Zoe

- Hablar con mi secretaria y que me ponga al día de todo lo ocurrido.
- Zanzar el tema de la herencia con mi horrorosa hermanita.
- Aclarar lo que voy a hacer con ZH Hoteles (vivir más, trabajar menos).
- Agrupar todas las pertenencias que no son necesarias en mi vida e ir vendiéndolas poco a poco.
- Prescindir de las personas que trabajan en mi casa haciendo algo que podría hacer yo misma sin problema.
- Aprender a hacer las cosas que no sé hacer. Ejemplos: plancharme la ropa, preparar lasaña, regar el jardín.
- Tener una mascota. Una que sea muy cuqui.
- Disfrutar más de las cosas sencillas (me estoy volviendo muy profunda)
- Contactar con Keira.

Todos los puntos pueden hacerse en el orden en el que pueda menos el último. Vamos, que el último tiene que ser el último porque tengo que darle tiempo a ella y a mí para estar bien.

85

Zoe

He despedido a la gente que trabajaba en mi casa.

Dios, ha sido horroroso y eso que antes lo de despedir parecía que lo llevaba en la sangre, me salía fenomenal.

Germán, el jardinero, y Berto, el chico que se encargaba alguna vez de las tareas del hogar y de cocinar, se lo han tomado bien. Para compensar, les he dado una buena lista de contactos de gente importante que estaría encantada en contar con sus servicios.

También he hablado con Gabriela. O sea, no es que sea una empleada de mi casa como tal; pero, teniendo en cuenta que a veces requería más de sus servicios de prostituta de lujo que de los de mi cocinero particular, consideré el hablar con ella para que no contara conmigo nunca más. Se lo tomó fatal. Qué barbaridad, parecía que acababa de romper con una novia.

Voy en buen camino.

86

Zoe

Señor, qué de trabajo atrasado hay.

Le he dado un plus de sueldo a mi secretaria porque ha llevado tareas casi de subdirectora. He descubierto que es una chica muy agradable. Antes nunca había profundizado en nada más que no fuera mandarle un correo electrónico.

Me ha solucionado muchas cosas porque yo no daba abasto con el caos que ha sido esta pandemia.

Bendita mujer adicta al trabajo.

Zoe

Keira me vuelve a llamar. No se cansa ni después de un mes desde que me fuera. Todo a su tiempo. Ignoro el teléfono y continúo con mis cosas.

Tengo mis bolsos de Prada y mis zapatos de distintas firmas bien ordenados. Esta tarde viene un coleccionista a por ellos y será de lo primero que me deshaga. El jarrón y el cuadro de la entrada que me costó una pasta se han vendido por un buen precio y los recogerán mañana.

Me miro en el enorme espejo de la pared y veo a una Zoe distinta. A ver, mi esencia sigue, pero he sido tan feliz viviendo en esa furgoneta que no hizo falta ni una semana para darme cuenta de que tenía que cambiar las cosas. No sé, es como si ese refrán que escribió un día el padre de Keira me persiguiera desde entonces. Estoy llena de cosas que yo pensaba que me hacían feliz, qué ilusa. Resulta que me confinan un tiempo con una chica que vive con lo mínimo y no solo me adapto, sino que me gusta, aunque no quisiera reconocerlo.

Si me pinchan no sangro.

Voy tachando cosas de la lista que me hice hace unos días y me siento orgullosa de mí misma.

Maravilloso.

No me creo todo lo que he vivido en este tiempo. Es alucinante que ahora mismo esté a punto de firmar para vender la mitad de la cadena hotelera a estos inversores japoneses a los que un día dejé tirados por no encontrarme bien. ¿Cómo se me ocurrió estar ingresada en el hospital el mismo día que tenía una reunión tan importante? Superpatético. Menos mal que mi secretaria siempre se ha excedido en sus funciones porque consiguió que no quedáramos mal con ellos, por lo que pudiera pasar, y fue a los primeros a los que le comenté la situación.

Aurora, mi querida hermanita, está con nosotros porque es quien se quedará con la otra mitad del negocio. Al final he decidido que era mejor así. Ella no se iba a cansar nunca de tocarme las narices por la herencia y a mí no me merecía la pena vivir en un drama constante. Siendo realista, si hubiéramos ido a juicio yo tenía las de perder porque una herencia en la que no hay testamento tendría que quedar para las dos a partes iguales, por mucho que yo supiera que eso no era lo que mi madre deseaba. Que se quede lo que tanto reclamaba, mamá lo entenderá allá donde esté y, aunque podría haberle vendido mi parte y que así fuera la única dueña, prefiero que el negocio no se venga abajo por su falta de cabeza, así que confío en que Akihiro y Naoki, los dos hombres que tengo ahora mismo en frente firmando todo el papeleo, mantengan a flote lo que hasta ahora ha sido ZH Hoteles. De ella no me espero nada.

Pobrecitos, lo que van a tener que aguantar con esta desgraciada. Dicen que la gente oriental goza de más paciencia. Falta les hará.

Me llevo un buen pellizco de dinero como para estar tranquila mucho tiempo. Además, que ahora estoy en el rollo minimalista y los minimalistas gastan menos.

—¿Hola? ¿Quién es la mujer más loca en este mundo que hace lo que le da la gana en cada momento? Ah, que soy yo —le digo a Carla.

He descubierto algo fantástico, una de esas lecciones de vida que no vienen ni en las tazas de desayuno. Las cosas alucinantes que pasan en la vida vienen después de tomar decisiones que cuestan mucho. De esas que te sacan de tu zona de «día tras día pasa lo mismo y como no es malo porque podría ser peor, pero tampoco es maravilloso, aquí me quedo hasta el resto de mi existencia». Decisiones de las que te obligan a dejar cosas atrás que te gustan, pero que si no das el paso no abres la puerta para nuevas emociones, porque todo no se puede tener. Pues eso. Hace media hora he cerrado la puerta de la casa de Santander, y de dos viviendas más que tenía en propiedad. Me despedí de ellas para que los nuevos inquilinos que tengan las disfruten más de lo que yo lo estaba haciendo. Solo me ha llevado una semana para alquilarlas. Hoy estoy en una cafetería con Carla, la que era mi secretaria y con la que he acabado haciendo una buena amistad por una vez en mi vida, y se está quedando perpleja con mi cambio. O sea, es maravillosa.

—¿Te ha pasado una apisonadora por la cabeza con el mensaje de «*open mind*» o es que te ha picado algún bicho raro en la furgoneta esa en la que dices que has vivido? —pregunta riendo.

—El bicho se llama Keira. Simplemente fui feliz y vi atardeceres bonitos con la misma ropa de deporte con agujeros durante meses. —Me echo las manos a la cabeza—. Ay, no sé, Carla, todos los días leía el dichoso refrán que esta mujer tenía enmarcado en la pared y, si lo piensas, es verdad. ¿Tú eres feliz por tener mucho? —pregunto mientras pierdo la mirada en una paloma blanca que se posa en la mesa de al lado.

—A mí déjame, guapa, que has conseguido que no pierda mi empleo y que me suban el sueldo. A ver cómo me entiendo en japonés con mis nuevos jefes. —Se aprieta el puente de la nariz y cierra los ojos, un gesto que me resulta familiar—. Yo no quiero tener poco, te aseguro que seré más feliz con ese vestido de Versace que me espera en el escaparate.

—He creado un monstruo —le digo pensando en cómo era ella cuando la conocí y en lo que se ha convertido después de tantos años a mi sombra.

—¿Cuándo te mudas a la nueva casa?

—Hoy mismo. —Hago tintinear las llaves en mi mano. Me las han dado con un bonito llavero de colores en forma de cascabel. Me gusta tanto que lo he dejado así.

—¡Qué fuerte! —Da palmadas y saltitos de la emoción en la misma silla. Por un momento los cafés de la mesa corren peligro.

—Pues, ya ves, esto es así. O lo haces o no lo haces.

—¿Vas a ver a Keira?

—Sí. Lo tengo en mi lista, pero todo a su debido tiempo. Por cierto... ¿me enseñas a planchar la ropa? —Doy un sorbo a mi café americano. El sabor, el aroma y la calidez del líquido bajando por mi garganta me transportan a esas mañanas en las que me lo bebía en la

puerta de una furgoneta con buena compañía. Carla me mira como si estuviera viendo a un extraterrestre—. Vale, ya me veré yo un tutorial.

Keira

—Keira, he colocado este cuadro aquí. Queda mejor. Y te he ordenado la ropa por colores y tus láminas por tamaño.

—Joder, Carol, ¿cuándo vas a dejar de querer controlarlo todo? —Cojo la esterilla y salgo para hacer yoga, relajarme y que mis nervios no me hagan decir lo que no quiero.

Llevamos bastantes días en la furgoneta y siento que sigue pegada a mí para que todo vuelva a ser como antes, o como ella quiere que sea. Olivia sigue ocupando su casa y montando numeritos diarios por teléfono y ella no quiere regresar hasta que el terreno esté despejado. Carol lo único que me cuenta es que ya le había dicho «se acabó» en su día y que con esa actitud no va a volver para hablar con ella en persona. Como ahora teletrabaja solo necesita el móvil y el ordenador, así que no tiene fecha para irse a casa. A veces, pienso en lo mal que lo estará pasando Olivia. Así es Carolina, ella va jodiendo la vida de todo el mundo a su manera y siempre quiere que las cosas estén a su gusto. Ahora es la decoración y orden de mi furgoneta y cuando éramos pareja era prácticamente todo. Lo que pasa es que si me quedo mirando sus ojos veo la culpabilidad que siente y sus ganas de mí y sus pestañas largas y curvadas y el recuerdo de doce años de amor.

—Ahora soy tu compañera de ruta, ¿no? Digo yo que algo pintaré aquí —me dice desde la puerta guiñándome un ojo. Su contacto visual que tanto me pierde.

Se ha autoproclamado ella solita «mi compañera de ruta». Así, sin anestesia ni nada. La chica que no me animaba cuando le comenté este proyecto, la que no creía en mí, la que veía esto como «ese rollo de la furgoneta».

—Vale, tú ganas. —Como siempre—. Pero no me cambies demasiado que lo tengo todo para aprovechar al máximo cada hueco de almacenaje que hay.

Hago *sukhasana*, *tadasana*, *balasana*, *dwi pada pitham*, *bidalasana*, *marjaryasana* y, unos minutos de relajación después, noto la mente mucho más despejada entre el olor de la vegetación y las impresionantes montañas coronadas por nubes que tengo delante de mí. El paisaje es tan bonito que pienso dibujarlo con acuarelas. Estamos en Caín, un pueblo muy conocido situado en Los Picos de Europa y frecuentado por los senderistas al ser el punto de partida de numerosas rutas. Vinimos hasta aquí hace unos días. Tardé en llegar desde Gijón unas tres horas conduciendo sin rumbo, sin sentido, escuchando a Carolina mientras me relataba cómo era su tóxica relación llena de amor, celos y un recuerdo constante de lo fácil que era conmigo y lo difícil que es con ella. «Pues te jodes», pensaba yo mientras escuchaba sus penas. Su discurso me fue agobiando, pero tampoco era capaz de decirle que se callara para no hacerle daño. Tengo que aprender a expresar lo que no me apetece en cada momento, siempre me lo dice mi psicóloga.

Entro y me encuentro la guitarra en el lado contrario en el que estaba colocada, mis pinceles y lápices en una caja que antes era para la ropa interior, la cama de Zarpas sustituida por una manta que no es la suya y a Carolina colocando el jabón del baño en la zona de la cocina

porque, según ella, huele mejor ese que lo que uso para los platos. Mi energía cambia de un plumazo y tiro con rabia la esterilla encima de la cama.

—¿Ya te has relajado, cariño?

—Carol, te dije que no cambiaras demasiado las cosas. Es mi espacio y así me organizo yo la vida. Un momento. —Desvió la mirada hacia la pared donde antes había un cuadro con la nota de mi padre y veo que ha sido remplazada por una fotografía nuestra que estaba en la caja de recuerdos olvidados que me dio en su casa—. ¿Qué haces? ¿Dónde está? ¿Por qué has quitado lo que había ahí? —Intento respirar, contar hasta diez, hasta cien, hasta dos millones quinientos mil.

—Ah, bueno, no pensé que era tan importante y vi esta foto y me encantó. Salimos muy bien. ¿Te acuerdas cuando fuimos a Venecia? Hacía frío y te regalé ese gorrito azul que llevas puesto.

—¿Dónde está la nota?

—La dejé por aquí, no sé. Hace viento y tengo la ventana abierta, quizá se haya volado por algún lado.

Busco por el suelo, por la cama, en el fregadero, debajo de la mesa y hasta en el baño. Mis pulsaciones se aceleran tanto como mis ganas de arrancar e irme con Zarpas dejando a Carolina y a su poca falta de tacto aquí tirados.

—Esto es increíble. Siempre lo mismo. —Contengo las lágrimas—. Solo importas tú y tus gustos, tú y tu forma de hacer las cosas, tú y tu puto ego. ¿Sabes que era de mi padre y algo muy importante para mí? ¿Lo sabes? Te lo conté el otro día y ni me escuchaste.

—Lo siento. Keira, lo siento. Lo encontraré, tiene que estar por aquí. Mi intención no era tirarlo, te lo juro. Mírame. —Me coge de la cara y me besa la frente. Una lágrima me recorre el borde de la nariz y ella de forma suave la sostiene con un dedo—. Aparecerá, ¿vale? Y voy a ponerte todo como estaba. Pensé que te gustaría.

—Cuando piensas no piensas en mí, sino en ti misma. Ese es el problema.

Miro la foto que ha puesto y recuerdo que ese día, en Venecia, celebrábamos nuestro tercer aniversario con una felicidad que no ha superado el paso de los años.

Me tumbo en la cama mirando hacia el portón trasero para no ver a Carol. Oigo sus pasos acercándose despacito, como los de un gato cuando va a cazar, y me abraza desde atrás para calmarme. Siento solo su calor, su respiración y el cariño de alguien que para mí ha sido mi casa durante demasiado tiempo. Tantos años que es imposible desprenderme totalmente de ella. Bueno, siendo sincera, no me lo pone nada fácil porque siempre parece haber una excusa para no irse ni dejarme a mí seguir la ruta sola. No me giro, pero ella sigue acariciándome hasta que se me van cerrando los ojos. Hace tiempo, en las noches en que ella sufría de migrañas, era yo la que acariciaba su pelo hasta que se quedaba dormida.

Cuando despierto me sorprendo al ver que todo está como antes, más o menos. O ha ido en modo *ninja* moviéndose con mucho sigilo o he debido de dormir tan profundo que no he escuchado nada.

—No ha aparecido la nota, lo siento. Te he dejado la foto, pero si no quieres la quito —dice Carol con la voz rasgada y la cabeza baja.

—Está bien así. No fue tu intención perderla.

El marco sigue con nuestra foto, ni rastro de mi nota. Un papel con la caligrafía de mi padre que he perdido para siempre. Me entristece, pero si algo he aprendido es a no tener apego a nada, así que con más dolor que otra cosa le digo mentalmente adiós a ese papelito que tanta importancia ha tomado en mi camino hasta vivir como vivo hoy en día.

Miro el reloj y salto de la cama como un muelle.

—¿Qué pasa? —pregunta mi ex mientras acaricia a Zarpas.

—¿Puedes sacar al perro tú? Quiero ducharme. —La excusa para quedarme sola un buen rato.

Tengo cita telefónica con la psicóloga y esta vez no puedo fallarla ni fallarme. Hay demasiadas novedades. Joder, esta mujer no va a saber ya qué hacer conmigo.

—El hecho es que, por lo que me cuentas, Carolina siempre ha sido así: las cosas tenían que hacerse a su manera y tú has aceptado eso durante doce años hasta que lo has dejado de aceptar. Es simple. —La suave voz de Paula al teléfono me calma mientras yo asiento con la cabeza como si me estuviera viendo—. Gota a gota tu vaso se ha colmado hasta que ahora, que has construido tu propio espacio fuera de ella, no soportas más diversas situaciones en las que sientes que no te tiene en cuenta. Necesitas otras cosas.

Paula no da crédito a todo lo que le cuento. Cuando ya había conseguido tantos avances, cuando parecía que era una pequeña partícula de polvo en suspensión a la que solo me faltaba echar de un plumazo, va y aparece embarrándolo todo, como siempre.

—¿Y qué hago? ¿Cuál es mi ruta? —le pregunto como si ella tuviera la respuesta a todo.

—Estás en una etapa emocional en la que aparecen los recuerdos de la relación y del cómo era, tanto lo bueno como lo malo, y en la que te invade el miedo a perder de forma definitiva lo que tenías. Esa lucha entre lo que deberías de hacer y lo que estás haciendo no te hace bien, pero es normal, no te castigues por ello. Acepta, asimila, aprende de este proceso y mira con objetividad lo que ha pasado. Cuando estés en paz con todo sabrás cuál es tu ruta.

No sé si estoy conforme con lo que me ha dicho, pero me ha asegurado que ella me acompañará en todo este lío que tengo. Al final, cuelgo con la sensación de que yo sabía cuál era mi ruta hace unas semanas y ahora el GPS se me ha quedado sin cobertura por un huracán que no he podido esquivar.

Keira

Noto que Carolina se esfuerza por aparentar que le gusta algo que no le gusta. A veces, me resulta preciosa y veo en ella a la chica que conocí, aunque, siendo realista, esta vida no es para ella y no quiero que haga ningún tipo de cambio por mí. Sé que a la larga me lo echaría en cara, la conozco. No para de soltarme cosas como: «En una casa normal no tendrías que estar llenando agua en un tanque cada semana», «tendrías mucho más espacio para tus cosas en un lugar más amplio», «cuando llegue el calor aquí vas a morirte del asco», «vamos a alquilarnos una casa, porque llevas demasiado tiempo en este cacharro y ya no te acuerdas de lo bueno». Yo solo le digo que puedo llevarla a su casa en el momento en el que quiera porque aquí nadie la retiene. Cada vez tengo más claro que se vino conmigo en una desesperada estrategia para que volviera a su lado, con todo lo que eso conlleva: sus gustos, su casa y su forma de hacer las cosas; su sonrisa, su mirada y sus abrazos por la noche. Sus dos caras, como una cinta de casete antigua en la que siempre hay un lado que te gusta escuchar más que otro, pero pagas por las dos. Me planteo si las segundas oportunidades son buenas o es solo una excusa para alargar el final. Nadie puede quitarnos los recuerdos malos y, por desgracia, hacen más ruido que los buenos.

—¿Hasta dónde te gustaría viajar con la furgoneta? —me pregunta mientras se atusa el pelo delante de un pequeño espejo que tengo en el baño.

—Tenía la idea de ir a Baja California, en México. Antes de tener a Sunset preparada vi por casualidad vídeos sobre gente que viaja por allí y me pareció un sitio precioso para recorrerlo en furgo.

—Cuando podamos ir te acompaño. Pediré una excedencia.

—Sí, claro —le digo zanjando la conversación a sabiendas de que sus promesas siempre quedan en el aire. Además, que ni a ella le gusta vivir aquí ni yo sé si quiero cumplir ese sueño con su compañía.

Se acerca y me besa, enseñándome su lado bonito.

Ojalá siempre hubiera sido así, solo con este lado.

La casa está preciosa. Ha sido todo un acierto mudarme aquí. Puede que me haya pasado con mi nuevo afán de minimalismo, o eso dice Carla, pero ver la estancia tan despejada y no tener que estar toda la tarde para buscar un vestido entre todos los cientos que tenía es una pasada. Hasta en mi Iphone hice limpieza y ahora solo tengo las aplicaciones totalmente necesarias, como Youtube, donde estoy a punto de entrar para ver un tutorial llamado: «La mejor manera de planchar para torpes». Un valiosísimo vídeo protagonizado por una mujer llamada Dolores que me va a servir para tachar otro punto de mi lista. O sea, ¿quién es la ama de las tareas del hogar? Yo, claro. Aunque admito que no me gustan nada, pero me distraen la mente de otras cosas que ya no son de mi incumbencia, como mi antiguo negocio.

De vez en cuando me meto en las redes sociales de la cadena hotelera, que ha pasado de ser ZH hoteles a llamarse Cadena Jaes Hoteles, por la cosa de la fusión entre Japón y España. Vamos, una cutrez, pero me divierte. Mi hermana me ha escrito algún *email* pidiéndome consejo porque en cuanto la ocupación ha vuelto a niveles casi normales a ella se le ha ido de las manos el tema de la organización del personal, la única tarea que creo que hace. Yo lo único que la contesto es: «Ahora es tu hotel, allá tú.»

El timbre de la casa me distrae de mi videotutorial y tengo que pausar la clase en pleno planchado de cuellos. Voy hacia el jardín. Hay una paloma blanca que veo mucho últimamente. Se está comiendo las miguitas de pan que me dejé esta mañana y como aún no he tachado de la lista lo de tener una mascota decido que va a ser ella. Una paloma de mascota es lo más cuqui que puede haber. El insistente timbre sigue sonando y abro con ganas de cortar el dedo a quien sea que esté ahí.

—Ya puede ser algo importante —exclamo mientras abro la puerta. La chica que hay al otro lado es una total desconocida con cara de malas pulgas. Su pelo es corto y rubio y tiene un carmín rojo en los labios que me llama la atención

—¿Dónde están?

—¿Quién? ¿Qué dices, bonita?

—No te hagas la tonta. Seguro que Carolina y la otra están aquí.

—No sé de qué me hablas. —Mi cara de extrañeza la convence y cambia su lenguaje corporal, porque parecía que me iba a cruzar la cara de un manotazo.

—Me suenas mucho de algo. Tú... tú eres Zoe, la dueña de ZH Hoteles, ¿no? Carolina y su ex novia, Keira, ¿están aquí? Soy Olivia, la pareja actual de Carol, o eso creo. La llamo y me tiene bloqueada.

—Conozco a Keira, ella y yo tuvimos una historia. O sea, más bien tenemos una historia sin resolver. Pero no está aquí. Cálmate y deja de montar un dramita porque no sé a qué narices has venido. ¿Cómo sabes la dirección de esta casa? —Olivia empieza a llorar y observo cómo un vecino nos mira por la ventana—. Pasa y me cuentas, que no quiero números. —Agarro su brazo

y tiro de ella hacia dentro.

Durante la siguiente media hora, Olivia permanece sentada en el sofá de casa contándome su vida amorosa de forma apresurada y nerviosa. Es una chica muy celosa, por lo que me dice, y lleva desde que Carolina se fue dando tumbos de un lado para otro buscándola. Es un alma en pena mendigando explicaciones.

—Tengo pinchado su teléfono, ¿sabes? Y ahora mismo se mete bastante en tus redes sociales, por eso sé quién eres. Ahora lo entiendo, seguro que quiere ver con quién está compitiendo.

—No me digas —resoplo—. De todas maneras, hace mucho que me desconecté de eso, así que lo único que verá son publicaciones antiguas. No puedes ir pinchando por ahí los teléfonos de la gente. ¿Qué clase de persona hace eso? —contesto con los ojos como platos de todo lo que estoy escuchando.

—Una desesperada. —Se acerca para hablarme más bajito, como si nos estuviera escuchando la policía. Está paranoica—. Antes de todo esto, en plena pandemia, me di cuenta de que miraba demasiado el perfil de Instagram de su ex novia, así que ya tenía la mosca detrás de la oreja y cogí su móvil para instalarle una aplicación con la que vigilo todo lo que hace. Sabía que pasaba algo con ella. ¡Lo sabía! Y no me equivocaba.

—¿Y vas con esos celos por la vida? Pero ¿qué le veis a esa mujer? Jesús, estáis todas que se os va la cabeza con Carolina y yo la he visto en persona y es una cualquiera.

—Para mí lo es todo. Soy celosa por algo. Celosa con motivos. ¿Qué crees que estarán haciendo ahora?

—Y yo qué voy a saber. Solo espero que Keira esté bien, estoy alucinando de que se fugara con ella de esta manera.

—Más bien fue Carolina la que se fugó con su ex, lo que vi por la ventana parecía un secuestro para que la sacara de allí como fuera. —Hace una pausa dramática, porque esta chica es doña dramas—. Keira se fue de la casa nada más verme. No me esperaban, llegué antes a propósito. ¡Estaba en camiseta y se había dejado las bragas encima de la cama!

—Por Dios, que escándalo. —Imagino la figura de Keira con camiseta y sin bragas y me entra tanto calor que me abanico con un cojín que tengo en el sofá.

Con todos los detalles de Olivia, tengo claro que el beso que vi entre las dos aquel día no fue un simple cariño de despedida. Se me acelera el pulso y tengo ganas de gritar, pero no quiero ser una «señora numeritos» como la persona que tengo delante. Todo me resulta demasiado confuso. Yo he visto fragmentos del diario de Keira donde contaba lo mucho que necesitaba sacarse a esa persona de la cabeza y los pasos que estaba dando. Maravilloso, Keira, estás caminando hacia atrás como los cangrejos. No me lo puedo creer. Se me vienen a la mente los atardeceres mágicos que vimos juntas, las charlas sobre lo diferentes que eran nuestras vidas, su risa cuando tuve que hacer mis necesidades por primera vez en ese cubo horroroso y su cara de satisfacción al ver cómo empezaba a gustarme todo aquello. A mí me dijo «quiero estar contigo». Me lo dijo. Y la creí. Y después me dio rabia cuando a la mínima que vio a esa mujer se tiró a sus brazos. Sin embargo, nos debemos una conversación porque ya ha pasado un tiempo prudencial como para que las dos sepamos lo que queremos. Antes hubiera pasado de ella y me hubiera refugiado en alguna chica de compañía, pero ahora quiero ser diferente.

—¿De verdad quieres recuperar a Carolina?

—Lo que quiero es que me dé una explicación a la cara y que me diga que se ha equivocado y que me echa de menos —dice Olivia hablando muy rápido. En general es una mujer que habla a la velocidad de la luz. Su boca va más deprisa que su cabeza.

—Pero, bonita, eso quizá no pase nunca. La expectativa y la realidad puede ser demoledora.

—Necesito verla. Mierda. ¿Te crees que he dejado a mi perro Bruno con mis padres y he hecho un trabajo de investigación hasta llegar aquí para irme con las manos vacías? Zoe, no lo entiendo. ¿Cómo ha podido? Tengo que verla. Lo necesito. Lo necesito.

—Vale, vale. Me queda claro. —Empieza a cansarme—. Voy a hacerte un favor. ¿Puedes esperar un poco? Tengo un plan maravilloso.

Olivia se recuesta en el sofá y asiente con la cabeza. Parece la mala de cualquier película cutre. Por mi bien y el de Keira, esta chica debería recuperar a Carolina, pero con esa actitud es complicado que alguien quiera estar con ella.

Mañana justo es el día en el que tengo que tachar el último punto de la lista.

Tengo veinticuatro horas para hacer de esta mujer una chica con la que cualquiera querría volver.

—¿Qué vas a hacer cuando veas a Carolina?

—Ponerle un GPS en el zapato.

—Madre mía —suspiro y me levanto para ir a tomar aire al jardín—. Así no vamos bien. No vamos nada bien. Llevamos toda la tarde.

—Vale, es broma. Voy a hablar con ella de forma civilizada para que me cuente qué ha pasado —dice mientras me persigue por la casa.

—¿Y qué más?

—Voy a demostrarle que no soy una celosa patológica.

—Aunque sabes que lo eres. O sea, tienes que trabajar en ello.

—Le diré que voy a trabajar en ello y buscaré ayuda terapéutica. ¿Así mejor?

—Así puede que tengas alguna oportunidad. Y tienes que hacerlo de verdad, no solo palabras. Ahí te he dejado el teléfono de una buena psicóloga que ayuda en estos temas.

—Gracias —dice mientras da vueltas entre sus dedos el papel con el número que le he dejado sobre la mesa del jardín.

—De nada. Pero también debes saber que existe otra estupenda posibilidad.

—¿Cuál?

—Que no quiera nada contigo porque haya vuelto con Keira. O que no quiera seguir con vuestra relación porque simplemente se ha cansado. Y si es así, por favor, no te arrastres de nuevo. Déjala ir.

—¿Dejarla ir?

—Sí, déjala ir rápido. Sácala de tu cabeza. No quiero que tú también tengas que escribir un diario contando la agonía que te está siendo olvidarla. No te estés doce años con ella si no funciona.

—¿Un diario?

—Olvídalo. Solo prométeme que no le darás el gusto de pasarlo mal demasiado tiempo. No merece la pena.

—Bueno, haré lo que pueda. ¿Por qué me intentas ayudar?

—Una vez, alguien a la que apenas conocía me ayudó a reconducir mi vida sin pedir nada a cambio. Además, has venido a mi casa como un perrito abandonado y yo necesito una mascota —río mientras cojo el móvil y busco mi lista. Olivia se acerca y la ve.

—Ostia, tienes una lista de cosas para hacer.

—Deberías de hacer una, te vendrá bien —contesto mientras leo de nuevo cada punto del listado—. ¿Te apetece lasaña?

Keira

He vendido varias pinturas estando aquí. Estoy muy agradecida porque el dinero se me va acabando y va a llegar un momento en que tenga que planteármelo en serio como mi única fuente de ingresos. Algunas de las personas que están de paso me han reconocido por ser «la chica que vive en una furgoneta y pinta obras de arte», según ellos. Este mundo es muy curioso, no eres nadie, no tienes ni trabajo porque te han despedido y, de repente, la gente viene a buscarte a ti solo porque han visto unas fotos en una red social. Zoe hizo un buen trabajo con eso, se nota que es empresaria. No me gustan estas cosas, pero reconozco que ayudan a darte un nombre.

Pienso en ella muy a menudo. ¿Qué hubiera pasado si Carolina no se me hubiera abalanzado ese día en la furgoneta y ante sus ojos? Puede que la vida sea esto: un cúmulo de circunstancias malas y buenas que se van tejiendo y mezclando hasta formar lo que eres y lo que tienes. Si ese día no hubiera ido andando desde el gimnasio a casa no me habría encontrado a Carol con una rubia en actitud cariñosa, quizá la mentira seguiría, quizá no tendría esta furgoneta ni hubiera conocido a nadie. Puede que la pandemia me hubiera pillado en casa con Carolina, que acercáramos nuestras posturas y nuestros polos en un obligado confinamiento y que ahora no estuviéramos aquí. Hay cosas que no se pueden saber y cuanto antes las afrontemos mejor. El presente es este. Y por mucho que piense en Zoe ella no hace lo mismo, porque es como si el universo se la hubiera tragado. Ojalá haya encontrado su propia ruta, una donde salga a la luz el bonito interior que había escondido en una fachada de apariencias y éxito.

Carol está trabajando dentro de la furgoneta con su portátil y yo sigo divagando en el exterior con una infusión de cúrcuma en las manos. Veo a Zarpas entre el hilo de humo que sale de la taza, juega con una pelota de tenis que se ha encontrado en un árbol. La vibración de mi móvil me asusta, dejo la bebida hirviendo con cuidado sobre el suelo y miro la pantalla.

Vaya, no me esperaba esta llamada. Ojalá sea lo que espero. Esto... esto puede cambiarlo todo.

—¡Carol, tenemos que irnos! —grito con emoción cuando cuelgo.

Keira

Estoy nerviosa, por fin acaba del todo una etapa. No había vuelto aquí desde que terminé la furgoneta y me deshice de todo lo que ya no necesitaba.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta Carol cuando estamos a punto de llegar. Un gesto bonito de su parte porque ella sabe más que nadie lo que para mí supone regresar a este sitio.

—Estaría bien.

Aún no ha llegado nadie y, aunque he quedado fuera, puedo ver que están encendidas varias luces en el interior, así que en un impulso de valentía llamo al timbre, ese timbre agudo y único que ha formado parte de tantos años de mi vida. Carolina espera dos pasos por detrás de mí con las manos entrelazadas sobre su abdomen. Una postura muy habitual en ella cuando está nerviosa. El sonido de unos pasos acercándose me dispara varios latidos del corazón. «Qué tontería», pienso, al fin y al cabo, esto solo va a ser un mero trámite y no tardaremos mucho. El chirriar del cerrojo, el crujido de la puerta al abrirse, todo es un concierto de sonidos familiares. Mis pupilas se dilatan cuando veo a la persona que hay al otro lado.

—Zoe —pronuncio su nombre pensando que debe de ser un sueño. Zarpas me pega un tirón de la correa y se tira a sus brazos.

—Mi pequeño Zarpas, estás enorme. —Lo acaricia y besa como nunca antes la vi hacerlo —. ¿Y tú? Parece que hubieras visto un fantasma. Estás superguapa. Dame un abrazo también.

Su contacto me devuelve a nuestros días vividos en la furgoneta, nuestro confinamiento juntas y las anécdotas que surgían mientras ella se adaptaba a esa vida y yo me maravillaba con cada detalle que iba aflorando en su interior.

—¿Por qué no me cogías el teléfono? ¿Trabajas en la inmobiliaria? Joder, Zoe, estás tan cambiada. Tan... tú.

¿Puede estar distinta y ser lo más «ella» que haya visto nunca? Cara lavada luciendo sin vergüenza sus preciosas arrugas a un lado de los ojos, ropa de estar por casa y sonrisa de oreja a oreja. Hasta su expresión ha cambiado por otra mucho más relajada. Ni rastro de la chica que se tocaba compulsivamente el puente de la nariz.

—Tenemos mucho que contarnos. No soy de ninguna inmobiliaria. O sea, soy la nueva dueña de esta casa tan bonita. ¿Te gusta? —me pregunta con ironía y mira de reojo a Carolina, que está detrás de mí y aún no ha articulado palabra.

Zoe, la chica de los «o sea» de caricatura de pija antigua. Ella, la empresaria todoterreno llena de miedos, es la nueva propietaria de la casa de mis padres. No me lo puedo creer. En nuestras miles de conversaciones yo le di muchos datos de dónde estaba esta casa y de la falta que me haría el dinero, pero nunca imaginé esto. Tal y como quedé con la inmobiliaria, solo quería que me llamasen cuando estuviera vendida y les di todos los poderes para actuar en mi nombre. Me contaron que ya estaba pagada y que llevaba varios días viviendo aquí; además, por

expreso deseo del comprador, tenía que ser hoy cuando nos reuniéramos para que yo firmara unos últimos papeles. Un mero trámite final. El mejor.

Al entrar, veo a una paloma blanca que anda por el jardín de la casa. Esto también era habitual cuando me quedé sola en este lugar tan lleno de recuerdos.

—Carolina, puedes quedarte en la furgoneta, está todo bien —le indico ante la atenta mirada de Zoe, que apenas le ha dicho un «hola» con la cabeza en todo este tiempo.

—Entra, seguro que la chica de la inmobiliaria está por llegar. —Zoe abre más la puerta para que pueda pasar.

—¿Por qué hoy? —pregunto.

—Porque hoy es la fecha que tenía que ser y las cosas no son casualidad, Keira. ¿Recuerdas que me lo dijiste una vez?

—No pensaba que hicieras caso a los sermones que te metía.

—Si supieras todo lo que me ayudaste no pensarías que eran sermones. Caramba, Keira, no voy a negar que cuando te vi con esa... con Carolina, se me vino todo abajo. Pensaba que tú y yo. Ya sabes. Al menos yo sí, yo empezaba a sentir algo. No me explico, ¿verdad? Dios, no imaginé que me pondría tan nerviosa al tenerte delante, llevo un tiempo visualizando este momento.

Me quedo parada, no sé qué contestar. Mejor dicho, sí lo sé, porque yo también pensaba que ella y yo..., pero luego vino Carol y parece que se ha ido metiendo con calzador en mi vida y tengo claro que volver con ella es un «no», mejor dicho, lo tenía, porque a veces está ahí un pequeño «sí» que no sé ni de dónde sale. Joder, el brillo que tiene Zoe en los ojos me deslumbra como si fuera ese sol que entra por la ventana al despertarte. Ese que es bonito, que deseas que entre, pero que necesitas un tiempo para que tu retina se acostumbre después de tanta oscuridad.

—Dices que hoy es la fecha que tiene que ser. ¿Qué fecha es? —le pregunto obviando así el resto de cosas que me ha confesado sobre sus sentimientos.

Se oye el ruido del timbre que nos saca de la conversación y Zoe se disculpa para ir a abrir. Me quedo mirando la casa, está muy distinta y tiene muchas menos cosas de las que Zoe tenía en su hogar de Santander. En una de las paredes veo el dibujo de Zarpas que un día ella me compró, tiene un bonito marco y está junto a otros que también le regalé durante nuestra convivencia juntas, como el del atardecer con la silueta de los tres. Siempre ha confiado tanto en mi talento que por eso no dudó en abrirme un perfil en una red social sin mi consentimiento. Sonríe al pensarlo, aunque en su momento me enfadé, pero con el tiempo me ha acabado pareciendo un gesto bonito de alguien que veía más belleza en lo que hacía que yo misma.

De repente, entran por la puerta Miranda y Cleo, las dos chicas de la inmobiliaria que me ha llevado toda esta tramitación. Su gesto de felicidad es tan grande como la comisión por venta que hoy van a llevarse. Con ellas viene un hombre que se presenta como Raúl Midas, el notario. Nos damos todos la mano en un saludo cordial y nos sentamos alrededor de una mesa redonda y blanca que hay en medio del salón.

—Bueno, Keira, supongo que estás contenta. Enhorabuena —me dice Miranda—. Solo queda que firmes este documento, es un mero trámite para que nosotras cobremos la comisión y a ti se te haga el ingreso de la cantidad que Zoe ya ha pagado. El notario dará fe de todo ello y listo.

—Está bien —contesto.

Por un momento se me viene a la mente que el lugar donde he crecido va a dejar de pertenecerme de forma definitiva. Se me pone un nudo en la garganta, uno pequeñito que me dificulta tragar

—Empecemos. Estamos a lunes día 23 y son las 8 y...

—Espere justo un minuto —corta Zoe al notario.

—¿Qué pasa? —le susurro.

—Nada, solo quiero que sea especial —me dice y yo no sé a qué se refiere—. Puede continuar —señala mirando su reloj.

—Vale. Estamos a lunes 23 de septiembre y son las ocho y treinta y cinco minutos de la mañana. Dispongo a leer el documento para la firma de... —el notario continúa, pero a mí ya se me queda lejos su voz. Solo pienso en la fecha y hora que ha dicho.

Y entonces lo entiendo todo. Miro a Zoe y tengo ganas de besarla. ¿Cómo es posible que se haya acordado de algo así?

Por suerte, todo el trámite dura poco y con un par de autógrafos míos esta casa queda oficialmente en manos de otra persona. Nunca imaginé un comprador mejor. Después de media hora nos despedimos de Miranda, Cleo y el notario y me quedo a solas con Zoe.

—«Lunes 23, 8:35h». La fecha que puse en el papel donde después escribó mi padre. La fecha que no me acuerdo por qué escribí. Le has dado un sentido.

—No puedes tener una frase tan bonita con una fecha que no sabes ni qué es. Ahora puedes decir que pertenece a cuando vendiste la casa porque tu padre, seguramente, es lo que hubiera hecho al final. Irse a vivir a su furgoneta, viajar por todo el mundo y dejarlo todo. Como tú. A lo mejor es una tontería, no sé.

—¿Tontería? Es lo más increíble que me ha pasado en mucho tiempo. Gracias, Zoe, nunca imaginé que tú serías la compradora de este hogar.

—Yo también quería dejar cosas atrás. O sea, tengo que contarte muchas cosas —dice mientras me coge de la mano y vamos al sofá.

Hablamos sobre lo que ha sido su vida durante este tiempo. Me alegro muchísimo por ella al saber que por fin ha dejado el hotel. Siempre supe que eso le estaba matando por dentro. Demasiado estrés por no saber delegar, demasiados problemas con su hermana y demasiada fachada de mujer que todo lo puede cuando, en realidad, todo le estaba pudiendo a ella. Su hermana ya no tiene nada que echarle en cara porque ya ha conseguido lo que quería y ella está reconstruyendo su vida de una forma más ordenada y tranquila. El precio de esta casa le ha resultado un auténtico chollo y aún tiene dinero para vivir holgadamente, aunque me confiesa que ahora prefiere vivir con lo mínimo porque se ha dado cuenta de que cuantas menos cosas materiales tiene más feliz es. ¿Puede ocurrir un cambio tan radical en una persona? La pandemia, el confinamiento, conocernos, sus problemas con la ansiedad y el tocar fondo. Zoe me cuenta con los ojos llenos de brillo que todo eso le llevó a querer cambiar a una vida más sencilla.

De repente, oímos un ruido que nos saca de la conversación y de una de las habitaciones del fondo aparece otro rostro conocido: Olivia.

—Zoe, ya sé que me has dicho que no saliera, pero es que llevo ahí horas. He hecho hasta una lista como me dijiste. —Va mirando un papel que tiene en las manos, pero de repente alza la vista y me ve—. Vaya, ¿hoy te has puesto bragas? —me dice la muy estúpida.

—¿Qué hace ella aquí? Joder, Zoe. ¿Estás liada con esta chica?

—¿Qué? —Me mira sorprendida.

—Ha salido de la habitación —digo señalando a Olivia.

—Bueno, bueno, guapa, no te pongas celosa. Así ya sabes lo que se siente —me suelta Olivia en un tono chulesco y con los brazos cruzados.

—¿Qué dices Olivia?! —exclama Zoe.

Parece que estoy predestinada a que esta mujer se cruce con todas las chicas que me

gustan. En este mismo instante me acuerdo de que Carolina lleva metida en la furgoneta toda la mañana. No sé si sigue esperándome o a estas alturas ya se ha ido a algún sitio. Salgo de la casa mientras Zoe me dice de fondo que ella no está con nadie, pero, sinceramente, yo ahora mismo no estoy como para escucharla ni creerla. Cuando abro el vehículo mi ex novia está tumbada en la cama.

—Veo que no te has ido —le digo.

—No pienso irme de tu lado nunca más, parece que no te ha quedado claro. ¿Qué tal ha ido? ¿Zoe ha comprado tu casa?

Antes de que pueda contestarla oigo cómo empiezan a dar golpes en la chapa de la furgoneta y salgo hecha una furia. Es Olivia. Otra vez.

—¡Carol, sal a hablar conmigo!

Después de intentar ayudar a Olivia y va y me lo paga así. Vino a esta casa pensando que aún era la de Keira y que estaría aquí escondida con Carol y yo, que podía haberla echado a la calle porque ahora soy la dueña de esta propiedad, voy y le doy consejos por pura compasión. Creo que no ha escuchado ni una palabra de lo que le he dicho porque a la primera que ha visto la oportunidad ha montado un numerito. En el suelo veo tirada la lista que ha hecho como le aconsejé. Cojo el papel y, entre otras cosas, leo: «Ser más paciente» «Controlar mi carácter» «No ser tan posesiva con Carolina».

Caramba, Olivia, te has lucido con la lista.

Salgo para intentar cruzarme con Keira antes de que se vaya y así poder explicarle que ha confundido todo. ¿Cómo voy a estar yo con esa mujer? Por Dios.

La psicópata celosa está gritando tanto que la oigo desde el jardín. Cuando llego a la furgoneta me dan ganas hasta de llamar a la policía de tanto escándalo que hay. Carolina y Olivia están a punto de llegar a las manos y Keira lo único que quiere es que ambas se vayan del vehículo para arrancar e irse.

Keira

—Arranca, Keira, esta mujer está desquiciada —grita Carolina mientras yo lo que quiero es que salgan todas de mi furgoneta.

—Ven aquí y da la cara para hablar conmigo —dice Olivia, que tiene los ojos llenos de ira e intenta coger a mi ex por la chaqueta para sacarla a la fuerza.

Yo no entiendo nada en este momento. ¿Qué hace esta chica en la que era mi casa? Y, sobre todo, ¿qué hace con Zoe?

Miro por la ventanilla y veo a la que ahora es dueña de este hogar presenciando la función que estas dos mujeres están dando mientras cada vez son más vecinos los que se asoman para ver qué pasa.

—Keira, arranca la furgoneta o le arranco yo los pelos a esta chica porque me tiene ya harta. ¡Está loca! —vuelve a decirme Carol.

—Habla conmigo, por favor. Te prometo que todo va a cambiar. Y deja a esa zorra ya. ¿Qué la ves?

—Olivia, ¿es que no has aprendido nada? O sea, no solo mientes ahí dentro para que parezca que tú y yo tenemos algo, sino que te comportas de forma absurda —oigo decir a Zoe.

—No me quiere escuchar. ¡No quiere! Solo necesito hablar con ella. Se fue de casa sin explicarme qué pasaba.

La sangre me hierve, algo que hacía mucho que no me ocurría, y salgo de la cabina de la furgoneta.

—Escúchame tú a mí, Olivia. Carol te dejó, ¿vale? Te dijo que se acabó varias veces. Admito que lo de irse así no estuvo bien. Solo esperaba a que te calmaras y te marcharas de su casa para ella poder volver y hablar contigo más tranquila. ¡Y contigo es imposible hablar! Da igual lo que te diga porque no vas a aceptar la realidad —digo y soy consciente de que me estoy poniendo dura con ella.

—Carolina, ¿eso es verdad? —dice Olivia mirándola fijamente—. A mí nunca me has explicado que esto se había acabado. Si me dices por un puto mensaje que deberíamos de hablar y cuando vuelvo a casa te veo con esta a mí eso no me parece un «lo dejamos».

—Bueno..., se supone —dice Carol a la que empieza a ponerle la cara blanca.

—Si de verdad quieres dejarlo yo solo quiero una explicación para quedarme en paz. ¡Una explicación a la cara!

—Carol, a mí me dijiste que lo habías dejado con ella —le recrimino.

—A ver —dice mi ex nerviosa—. Se supone que si le digo que tenemos que hablar es que algo no va bien y si me pillas contigo en casa es que no quiero estar con ella.

Su cara de mentirosa me la conozco. Carolina lo ha vuelto a hacer. Ella no va a cambiar por mucho que yo lo desee. Su «yo» egoísta lo tiene tatuado en la piel y no está por la labor de borrarlo. Ahora entiendo lo que esta chica pide. Lo único que quiere es una explicación. Un «ya

no estoy enamorada», «te dejo» o un «no me encuentro bien con la relación que llevamos». Un «adiós», un «algo». Porque una de las cosas que hacen que la mente de una persona no esté en paz es el no entender, el no tener una explicación.

—¿Se supone? —le dice Zoe que está tan alucinada con todo esto como yo—. Ella solo espera que des la cara. ¿Que es un poco celosilla? Pues sí. ¿Que es un poco insoportable? Pues también.

—Oye, guapa —contesta Olivia.

—Perdona, pero es verdad —continúa Zoe—. Aun así, es la chica con la que decidiste tener una relación y si por lo que sea ya no quieres estar con ella sé valiente y díselo.

—Vale, no te lo dije así de claro porque no me atrevía —dice Carol dirigiéndose a Olivia—. Necesitaba volver a ver a Keira para comprobar si ella sentía lo mismo que yo y fui una cobarde porque no sabía cómo explicarte todo esto.

—Una explicación. Solo eso. Se merecía una explicación —le interrumpo porque el enfado me puede—. Como yo antes de que te viera acariciar sus manos a través del ventanal de aquella cafetería. No puedes ir así por la vida. Sal de mi furgoneta.

—Pero..., cariño —se atreve a decirme.

—¿Cariño? Que salgas de mi fur-go-ne-ta —lo digo sílaba a sílaba por si no me está entendiendo.

Estoy enfadada, muy enfadada. Casi vuelvo a caer con esta mujer. Casi vuelve a meterse en mi cabeza como antes y yo incluso me he llegado a ilusionar por momentos preguntándome si lo nuestro podría volver a funcionar. Me ha alejado de Zoe y ¿para qué? Por su propio interés. Como siempre. Nunca tendrá empatía por nadie. La gente que no quiere cambiar nunca cambia, solo lo camufla hasta que vuelve a hacer lo mismo. Me meto de nuevo en la zona del conductor y, después de ver que Carolina y Olivia están fuera de la furgoneta, arranco. No quiero volver a mirar por el retrovisor por si me encuentro con los ojos de Zoe, ahora mismo solo busco estar sola.

Keira

Conduzco hasta la playa de San Lorenzo buscando de nuevo la paz del Cantábrico. No he vuelto aquí desde que me fui de casa después de encontrar a Carolina engañándome. Las olas están grandes hoy y hay viento que silba en mi ventanilla medio abierta. Respiro. Pongo una emisora de radio con música suave y cojo de la guantera el diario.

Me paro a pensar, quiero que esta sea la última página del cuaderno que llevo escribiendo durante tanto tiempo. He tropezado dos veces con la misma piedra, tres ya no sería un error humano, sino que se convertiría en un error personal y no estoy dispuesta.

«Ya está bien, Keira», pienso. Cojo el bolígrafo y escribo siendo consciente de la dosis de realidad que se me ha caído encima. Yo no quiero a una persona así a mi lado, ni en mi mente ni en ninguna parte de mi cuerpo. Estoy muy segura.

Diario de Keira XII

Carolina, me has hecho dudar de si hacía bien desgarrándote del todo de mi mente porque has intentado meterte de nuevo, a la fuerza, resbalando por cada cicatriz que aún tenía en proceso de curación.

No quieres mi bien ni quieres el bienestar de nadie, tan solo el tuyo.

Quizá en el futuro podamos encontrarnos de nuevo y lograr ser amigas, pero no es algo que me vaya a quitar el sueño. No siempre se puede y menos si tú no pones de tu parte y solo me manejas a tu antojo.

Ya te perdoné, pero lo vuelvo a dejar aquí plasmado por si cabe duda.

No te odio.

Te perdono. Por mi propia paz interior. No por la tuya.

Yo, a diferencia de ti, sí deseo que puedas llegar a encontrar tu equilibrio.

Cuando cierre esta página habrás desaparecido del todo.

Que seas feliz.

Adiós.

Las olas rompen con fuerza y tengo ganas de bajar a la playa para verlas más de cerca. Un poco de meditación y de yoga en la arena estaría bien para calmarme. Por hoy ha sido demasiado.

Zarpas está a mi lado, en el asiento del copiloto. Ahí a viajado hasta llegar aquí y lo único que ha hecho en todo el trayecto ha sido mirarme. Acaricio su cabeza y me chupa la mano en agradecimiento. Bendito animal.

Abro la puerta para salir y, de repente, escucho un fuerte ruido dentro de la zona de atrás de la furgoneta. Vuelvo a cerrar la puerta. Es como si algo se hubiera caído. Mierda, quizá han entrado a robar. Miro a los lados y no hay nadie a mi alrededor. Un pellizco de miedo se me pone en el estómago. ¿Será que las dos que casi se pegan aquí hace un momento no han tenido la decencia ni de cerrar bien la puerta? Rebusco por los asientos y encuentro el hierro del seguro que a veces pongo en el volante. Lo agarro bien, con los dos puños, a modo de bate de béisbol.

Solo me faltaba esto en el día de hoy.

Salgo a la calle. Lo mejor será abrir el portón lateral de un tirón y encontrarme lo que sea que haya ahí. Me tiemblan las manos, así que no estoy yo como para dar un golpe seco a nadie. Joder.

Cuento uno, cuento dos y cuento tres. Abro de golpe y pego un grito. Un grito de miedo, de rabia, de desahogo, de apártate o te abro la cabeza con mi palo. Un grito de hartazgo.

—Para, para, para. ¿Qué haces? ¡Que me das! ¡Soy yo! —Reconozco esa voz.

Oigo otro golpe y dejo de dar palazos al aire con los ojos cerrados como si estuviera rompiendo una piñata.

—¡Zoe! Joder, casi te mato. ¿Qué haces aquí? Me va a dar un infarto.

El corazón me galopa. Zoe se ha caído del susto que también le he dado y está en el suelo, entre el asiento y el baño.

Me he hecho daño. Una herida en el tobillo al caer. Keira se sienta en el escalón de la furgoneta y Zarpas nos mira a las dos moviendo el rabo como si aquí no hubiera estado a punto de morir alguien de un palazo. Me incorporo y me pongo al lado de la casi asesina.

—Keira, me metí en la furgoneta justo antes de que arrancaras porque no quería que te fueras así. Ya he esperado mucho tiempo para que las dos arregláramos nuestra vida antes de volvernos a ver y no quiero esperar más.

—Menos mal que esta vez has sido tú la que te has secuestrado sola, que sino ya tendríamos que preocuparnos —sonríe—. Tienes sangre. Vamos dentro y te curo. ¿Qué tienes en la mano?

Me doy cuenta de que no he soltado este papel ni para levantarme.

—Es tuyo. Lo encontré tirado ahí en una rendija que hay detrás del asiento y al agacharme me resbalé y me caí. Y luego cuando has venido con el palo me he vuelto a caer del susto. O sea, esto ha sido un desastre. —Me toco la herida del tobillo. Duele—. ¿Qué hace ese cuadro ahí con una foto y esto en el suelo? —Me indigno porque sé que esto no es cosa de Keira.

Le doy el trozo de papel arrugado y ella lo reconoce al instante. Es la nota que tenía enmarcada. Su cara se ilumina, como si hubiera encontrado un tesoro.

—Cosas de la simpática de mi ex novia. Lo he buscado por todos los sitios.

—Y justo lo encuentro un lunes 23. Si quería que esa fecha significara algo para ti lo he conseguido.

—Me reencuentro contigo, firmo los últimos papeles de la venta y recupero la nota. Al final va a ser una buena fecha —me dice mientras toca suavemente mi cara en un gesto de cariño y se me eriza la piel.

Keira estira el papel todo lo que puede y lo vuelve a enmarcar donde estaba. Quitla la foto que había puesto Carolina y la rompe. Los trozos caen por el suelo de la furgoneta.

—Ahora todo está donde debería de estar —digo—. ¿A quién se le ocurre quitarte esto?

—Solo a alguien que no me tiene en cuenta.

—Superegoista —contesto—. Keira, Olivia solo estaba en mi casa porque vino buscando a Carol. Bueno, ella pensaba que seguía siendo tu casa y se encontró conmigo. Estaba muy afectada e intenté ayudarla. Mi intención era que pudiera recuperarla de una forma sana. Yo no he tenido nada con ella, te lo ha dicho por rabia al verte.

—No hace falta que digas más. Cuando las vi discutiendo a las dos ya supuse que ella y tú no...

—O sea, no. Ni por asomo —la interrumpo.

—No te pega nada —contesta riendo.

—Pero nada. Además, me arrepiento de haber intentado ayudarla. No tiene remedio. Si no quiere cambiar sus celos, nadie va a poder hacerlo por ella. Aunque, sabiendo cómo se portó

Carol, ahora entiendo que buscara una explicación con tanta agonía.

Miro a Keira mientras me cura el pie con alcohol y una tirita. Zarpas sigue tumbado en su cama y vigila todo el proceso.

Me siento como en casa.

Keira

Me siento en casa. Hacía mucho que no estaba así. Zoe ha tenido mucha paciencia conmigo.

—Lo siento —digo mientras la voz se me corta—. Nunca debí haber besado a Carolina. Tendría que haber gestionado esto de otra manera. No pienses que lo que te dije en nuestro tiempo juntas era mentira. Quiero estar contigo. Me encantas. Soy estúpida porque se me nublara de nuevo la mente con esta mujer. No puedo ser así de débil.

—¿Te acuerdas de cuando me hiciste gritar como si estuviera loca? —me pregunta.

—Fue épico.

—Ahora tú.

—¿Qué? —contesto negando con la cabeza.

—Venga, no des consejos que luego para ti no valen. Eres increíble, Keira, la perroflauta más bonita que he conocido nunca —se ríe—. Libérate.

Me quedo en silencio unos segundos y cojo aire para soltar lo que llevo dentro.

—¡Adiós, Carolina! ¡Hasta nunca! —grito.

—¡A la mierda, Carolina! —grita ella imitándome.

—Creo que eres la primera persona desde hace mucho tiempo que se preocupa de verdad por mí.

—Bueno, tú lo hiciste por mí, no debería de sorprenderte.

Por la tarde, nos contamos más cosas de lo que ha sido nuestra vida en este tiempo. Escuchamos música, tomamos un café de esos que ella hace y que tanto he echado de menos y vemos el sol caer hasta cruzar del todo la línea del horizonte. Otro atardecer mágico que disfrutamos. Me anima a que coja la guitarra y cante la misma canción que le mostré un día.

Nos abrazamos.

—Quiero estar contigo —vuelvo a repetirle.

—Keira, yo también. Sin embargo, me he dado cuenta de lo necesario que es estar un tiempo sola y ordenar la vida. Yo lo he hecho. Cariño —dice mientras me coge de las manos. No sé si me va a gustar lo que está a punto de pasar—, para mí esos días también fueron increíbles. O sea, más que eso. Para mí significó conocer el amor. Conocerte. También me di cuenta de que esa fachada que tenía no era yo. He dejado atrás muchas cosas para que puedan venir otras mejores. Otras que me llenen de verdad.

—Te he convertido en toda una loca del tirar cosas que no necesitas —le digo para quitar hierro al asunto.

—Me has convertido en una persona mejor. Toda una *open mind*. —Se le ilumina la cara mientras me sigue hablando—. Y ahora que has eliminado a Carolina de tu mente creo que necesitas estar un tiempo a solas, hacer tu ruta a México, vivir, experimentar y terminar de sacar todo ese dolor que has tenido dentro. El dinero del piso te va a ayudar a todo esto, y no te olvides de tu don para la pintura. Deberías de explotarlo más. —Levanta las manos y mira al cielo—.

Dios, eres superbuen pintando.

—Gracias —susurro con cierta timidez porque no estoy acostumbrada a tanto halago.

—Keira, lo que me has contado de tu vida son cosas superduras y no te has permitido llorarlo bien. Además, acabas de cerrar tu última página con Carolina. Date tiempo.

—Zoe...

No me salen más palabras porque mi garganta se convierte en un nudo y empiezo a llorar de la emoción de ver a esta persona tan especial pensando en mí. No hay ni una pizca de egoísmo en ella. Es bonita. Ella es bonita por todos los lados. Además, tiene razón y esa razón se me viene de golpe como una tormenta de verano, que molesta, pero gusta.

—Ya has hecho tu ruta sin ella. Ahora haz tu ruta contigo. Confía en mí. Yo te espero aquí cuando vuelvas. Os espero a Zarpas y a ti en mi casa. Bueno, en nuestra casa. ¡Ah! y, por supuesto, en Sunset, que he cogido cariño a esa furgoneta.

—Nuestra furgoneta —contesto.

Una paloma blanca nos revolotea alrededor y se posa en el techo de Sunset. Zoe me abraza y yo digiero lo que me acaba de decir.

«Confía en mí» y «nuestra casa» se me dibujan en la mente como un plan perfecto mientras cierro los ojos, huelo su aroma y me dejo llevar antes de empezar el camino.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Justin, mi compañero peludo, mi familia, que nos dejó el día seis de enero para irse como lo que era: un rey.

Él me acompañó en la escritura de este libro, siempre fiel tumbado al lado de la mesa donde tecleo cada una de estas palabras. Justin me inspiró para Zarpas, igual que lo hizo para Jako, el perro de la protagonista de *PideUnDeseo* y donde plasmé su carácter.

Él siempre daba la pata de una forma muy graciosa, como pegando zarpazos torpes, con esa actitud de cachorro eterno que mantuvo hasta sus trece años de edad. Mi mejor amigo, mi compañero inseparable, mi perrito de ojos color CocaCola, de simpatía única y amor incondicional. Mi niño, mi sombra, mi todo.

Espero que estés donde estés tengas miles de pelotas y chucherías, el amor te seguirá llegando a raudales desde este otro lado del mundo donde me quedaré hasta encontrarnos de nuevo.

Aquí dejo tu frase favorita: Justin, ¿quieres un palito?

Te quiero.

ACERCA DEL AUTOR

Yolanda Mariscal



Licenciada en periodismo y escritora de vocación. Es madrileña, aunque actualmente vive en Cádiz, ciudad de la que está enamorada y donde la podrás encontrar haciendo surf o paseando descalza por la playa.

Escribe novela romántica lésbica y le gusta narrar las historias con un estilo fresco y actual, de forma que la lectura enganche de principio a fin. Su primer trabajo, *PideUnDeseo*, fue un éxito que ayudó a que siguiera su camino en la escritura y con el último, *Cómo me enamoré de la chica de las gallinas*, consiguió estar semanas entre los más vendidos y mejor valorados dentro del género de romance.

Si quieres saber más sobre ella síguela en Instagram donde publica, entre otras cosas, microrrelatos y textos de su día a día. Además, tiene una web donde podrás suscribirte para ser parte de su comunidad de lectoras.

También puedes verla en su faceta de youtuber en "La finquita de la escritora", un canal donde muestra su vida en una finca abandonada que quiere ir transformando poco a poco y sin experiencia hasta convertirla en su paraíso particular.

Instagram: @Yomariscal.escritora

X: @YoMariscal_

Youtube, Instagram y TikTok de La finquita de la escritora: @Lafinquitadelaescritora

www.yolandamariscal.com

LIBROS DE ESTE AUTOR

Cómo Me Enamoré De La Chica De Las Gallinas

Un baile lento, un chispazo inmediato, y la mayor historia de amor que jamás hubieran imaginado. ¿Y si tuvieras que comer muchos huevos para ver a la chica que te gusta? Premio KDP Select All Start por ser una de las más leídas y mejor valoradas. Descubre la novela que ha enganchado a tantas lectoras.

PideUnDeseo

Es posible encontrar el amor a través de un chat? Me gusta ponerme un nick que sorprenda. Últimamente soy PideUnDeseo, un nombre que da mucho de sí.

Yo Las Entradas, Tú Las Palomitas

Conoce la historia de Patri, una apasionada de las comedias románticas que solo quería encontrar el amor.
¿Será capaz de dar con su chica perfecta?
¿O esas cosas solo pasan en las películas?
Una comedia erótico-romántica que te sorprenderá.

Mi Chica De Diciembre

Si no te enamoras no dolerá, pero ¿y si todo cambiara al mirarlo a través del objetivo de tu cámara de fotos?
Un relato romántico que te llevará desde enero hasta diciembre en un recorrido lleno de sentimientos.